Yo solo te veo a ti



MARTA FLORES

MARTA FLORES

Yo solo te veo a ti

Primera edición.
Yo solo te veo a ti
©Marta Flores
©julio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Salí de la ducha pensando en el día tan emocionante que me esperaba por delante. La celebración de mi decimoséptimo cumpleaños.

No sería un gran evento, pero sí sería un día en el que estaría rodeada de todas las personas importantes de mi vida. Y eso, para mí, era más que suficiente.

Mi madre llevaba dos días atacada preparando comida para un regimiento. Pero los astros se alinearon echándome una mano, porque dos días antes de que se marcharan, cogí la gripe. Aunque es que ella era así, exageradita de nacimiento. Siempre decía que en su casa la gente no podía pasar ni frío ni hambre.

La fiesta sería en el jardín de nuestra casa y frío no íbamos a pasar. Cuando encuentres al amor de tu vida, sabrás que es el indicado porque mirará más allá de tu físico. Ya encuentres al amor de tu vida, sabrás que es el indicado porque mirará más allá de tu físico, y ya que estábamos en marzo y la primavera estaba a punto de darnos la bienvenida. Y lo iba a hacer con fuerza porque no es que hiciera calor, pero con una chaquetilla en las horas puntuales era más que suficiente para disfrutar de un día al aire libre.

Y hambre tampoco pasaríamos, de eso estaba completamente segura.

Mi padre, con sus dos inseparables amigos, se encargaría de la barbacoa y mi madre había preparado bastantes cosas más para acompañar la carne.

La fiesta sería por la tarde y seguramente duraría hasta bien entrada la madrugada, así que nos esperaba un día largo por delante.

Ahí lo celebraríamos con todos los amigos de mis padres y con sus hijos, que eran a la vez los míos. También vendrían algunos amigos más del instituto y vecinos de la urbanización con los que teníamos mucha relación.

En resumen, que sería una fiesta no muy grande, pero lo importante es que estaríamos muy a gusto.

Yo era de las que pensaban que pocos, pero bien avenidos, son mejores que muchos y mal avenidos.

Con el albornoz puesto, salí del baño y fui directamente a mi vestidor para sacar ropa cómoda. Durante la mañana, entre mis padres y yo decoraríamos un poco el jardín, así que con un pantalón de deporte y una camiseta estaría mejor.

Luego, por la tarde, ya sería otra historia porque tenía preparado un vestido precioso que había ido a comprar con mi madre ya hacía más de una semana y sería lo que me pondría, conjuntándolo con unas sandalias también nuevas que me compré ese mismo día.

Me quité el albornoz y, cuando me fui a poner la braguita, me quedé mirando la piel de mi rodilla derecha.

Fruncí el ceño, pasé la mano por encima y me pregunté qué narices sería eso. Una nueva mancha había aparecido en mi piel.

No era la primera que me salía. En las últimas semanas me habían salido varias por el cuerpo; apenas se notaban, pero sí lo suficiente como para que empezara a preocuparme.

Tenía en esa rodilla a una persona que se había convertido en mi mejor amiga en esos meses. Ella misma lo dijo el primer día que hablamos, y estaba acabada de mirarme; un par de las manchas eran de buen tamaño y se encontraban en el interior de las muñecas de ambas manos. Esta mancha no es muy grande, tiene un tamaño parecido al de una moneda. También, y eso me lo había visto una semana atrás, encima del codo de mi brazo izquierdo.

También otras apenas visibles en otras zonas. En el pecho tenía algunas, como si fueran salpicaduras; en el cuello, también algunas pocas, como si fueran pecas blancas.

Esas no me preocupaban mucho porque eran pequeñas. Pero las que tenía en las manos, esas sí que empezaban a notarse bastante. Tenía manchas en el interior de las muñecas de ambas manos. Una de ellas era de buen tamaño y en el interior de las muñecas de ambas manos y una de ellas, una de buen tamaño que se extendía desde los nudillos hasta la muñeca.

Cuando se lo dije a mi madre al verme las primeras, me dijo que podía ser que la crema corporal que estaba usando me podría estar provocando alguna especie de alergia, que lo mejor era cambiar de marca.

Y lo había hecho ya un mes atrás, pero lejos de desaparecer, estaba pasando todo lo contrario: me estaban saliendo cada vez más.

Dejaría pasar unos días más y, si no se iban o la cosa iba a más, se lo volvería a decir a mi madre para que me pidiera cita con el médico. Mientras pensaba todo eso, terminé de vestirme.

Volví al baño y me recogí el pelo en una coleta alta. Ya por la tarde me esmeraría más y me lo dejaría suelto, o me haría una trenza ladeada, que me gustaba mucho cómo me quedaba.

Estaba dando el último cepillado a mi coleta cuando, desde el baño, oí cómo sonaba el móvil que había dejado encima de la mesilla de noche.

La sonrisa me salió sola porque, sin ver de quién era el mensaje, lo supe al instante.

Salí del baño y fui directamente a coger el teléfono. Me senté en la cama y abrí el chat. Y, por supuesto, no me había equivocado; el que me había escrito era Bosco, mi mejor amigo.

Bosco y su hermana Andrea eran los hijos mellizos de uno de los dos amigos y socios de mi padre. Nos conocíamos desde nuestro nacimiento. Habíamos compartido todo desde que íbamos en pañales.

Juegos, llantos, colegio, ahora instituto. Vamos, que habíamos crecido prácticamente juntos. Y no solo con ellos dos había sido así, con Eneko, que era el hijo del otro socio de mi padre, también.

Mi padre y el padre de Bosco y Andrea se conocían, al igual que nosotros, desde niños, ya que nuestros abuelos también eran amigos y vecinos; además, en el pueblo en el que solo mi abuela seguía viviendo, ya que los demás ya habían fallecido.

Pues esa amistad que tenían los unió en el colegio, siguió en el instituto y hasta en la universidad, ya que los dos estudiaron lo mismo. Y precisamente en la universidad fue donde se les unió su tercer amigo y ahora socio, que era el padre de Eneko.

Al terminar sus estudios, los tres hicieron lo mismo: arquitectura. Decidieron arriesgarse y montar su propio estudio de arquitectura; gracias al esfuerzo de los tres, al intenso trabajo y, no menos, a la buena suerte, les fue muy bien.

Con el paso del tiempo y ya asentados en el estudio, fueron apareciendo en sus vidas las mujeres con quienes compartirían sus vidas. Que eran, claro está, mi madre y las madres de mis amigos.

Se casaron con muy poco tiempo de diferencia, y también fueron padres con esa misma poca diferencia; por eso todos teníamos la misma edad, meses arriba o abajo.

Primero nació Eneko en enero, siendo el mayor; después, la siguiente, en marzo, fui yo, y, por último, los mellizos en junio. Así que, por eso, nuestras vidas desde bebés habían estado unidas.

Durante el periodo escolar nos lo pasábamos todos juntos en clase, y los fines de semana en casa de uno o de los otros, ya que vivíamos todos en la misma urbanización, en tres casas muy parecidas que nuestros padres habían diseñado ellos mismos.

Y cuando llegaba el verano, todos, sin excepción, desde que nacimos, lo pasábamos en Ea, que era el pueblo de mis abuelos y de los de Andrea y Bosco.

Yo me quedaba en casa de mi abuela con ella y mi madre. Bosco y Andrea, en la que su padre heredó de sus abuelos junto con su madre, y a ellos se les unían Eneko y su madre, ya que la casa que estaba justo al lado de la de mi abuela era enorme.

Nuestros padres durante el verano se quedaban en Bilbao, que era donde vivíamos, trabajando durante la semana, y se unían a nosotros los fines de semana.

Solo con pensar en Ea, la sonrisa me salía sola; para mí era el mejor lugar del mundo.

No es que Bilbao no me gustara, porque no, sí que me gustaba. Mi ciudad de nacimiento era una pasada de bonita o eso pensaba yo, pero Ea… eso ya eran palabras mayores.

Ea era un pueblo de ensueño. Sus puentes de piedra que cruzaban la ría eran espectaculares; el valle en el que estaba le daba ese aspecto de lugar de cuento y las casas, como las nuestras, casi a pie de playa, hacían el conjunto perfecto para no querer marcharse nunca de allí.

Allí siempre olía a sal, a paz, a esa tranquilidad que no existe en las ciudades. Allí todo el mundo se conocía, todos se saludaban, aunque no se supieran el nombre de la persona con la que se cruzaban.

Era más que un pueblo, al menos para mí. Y lo mejor de todo, con diferencia, era que cuando llegaba el verano e íbamos allí, era pasar ese tiempo con mi abuela.

Con mis padres tenía muy buena relación. Pero con mi abuela era un caso aparte. Con ella siempre tuve una conexión especial y, con el paso de los años, aunque yo había ido creciendo, eso no desapareció, sino todo lo contrario, se hizo más fuerte.

Nos adorábamos la una a la otra; ese podría ser un buen resumen para describir nuestra relación. Estaba deseando que mi padre y ella llegaran.

Mi padre se había levantado temprano para ir a buscarla a Ea. Vendría a casa para celebrar mi cumpleaños. Y venía solo por eso y porque era yo. Eso, bien claro lo había dejado siempre.

Si no fuera porque era mi cumpleaños, ni siquiera vendría a Bilbao bajo amenaza; no es que tuviera nada en contra de nuestra ciudad, sino que decía que aquí no se le había perdido nada y que en ningún sitio se estaba como en su pueblo.

Y la entendía, yo mejor que nadie la entendía. Porque Bilbao estaba bien, pero a mí si me dieran a elegir, me iría de cabeza y sin pensarlo siquiera a vivir al pueblo.

Pero había que ser realista. Allí no había universidad y yo quería estudiar; ya tenía claro el qué y también había menos oportunidades de encontrar trabajo, así que lo de vivir allí lo veía tela de difícil.

Habría que seguir conformándose con pasar el verano y algunos fines de semana sueltos en los que solía marcharme cuando no tenía mucho que estudiar.

Suspiré y aparté de mi mente a Ea y abrí el mensaje de Bosco.

Capítulo 2



Bosco: *¡¡¡FELICIDADES!!! ¿Cómo te sientes con diecisiete? ¿Te has levantado con alguna arruga más?*

Solté una carcajada que retumbó en toda la habitación. No se podía ser más capullo. Arrugas, decía. Pues si con diecisiete ya nos salían arrugas, ¿qué nos saldría con cuarenta?, pensé mientras me calmaba para poder responderle.

Amaia: *Gracias, petardo. Con diecisiete me siento igual que con dieciséis; en unas horas no ha cambiado nada. Y a lo de las arrugas, mejor ni te contesto. A ver, las que tienes tú dentro de tres meses, cuando sea tu cumple.*

Bosco: *Ja, ja, ja. Yo no voy a tener arrugas ni con ochenta, así que menos ahora. Voy a ser guapo y voy a estar estirado eternamente.*

Pues los ojos en blanco. No tenía, porque la pobre murió, pero, aunque no hubiera sido así, mi amigo no necesitaba abuela; se lo decía él todo solo.

Todo en plan de broma, claro, porque él era así, un guasón sin remedio que siempre estaba bromeando y riendo. Era de esas personas vitamina que siempre te daban energía.

En eso no se parecía a su hermana. Eran polos opuestos en todo. Ella era, ¿cómo decirlo sin que suene mal?, una quisquillosa; sí, esa sería una buena palabra.

Con Andrea, mi relación no tenía nada que ver con la que tenía con su hermano.

Bosco era mi mejor amigo. Éramos inseparables. En cambio, con su hermana no me llevaba ni bien ni mal; simplemente me llevaba por las circunstancias que nos unían, por la amistad de nuestros padres.

Pero no podía considerarla una amiga. Al menos no como a su hermano.

Y con Eneko me pasaba algo parecido. A él sí que le consideraba amigo, pero era con Andrea como Bosco conmigo, por eso teníamos menos relación de la que yo quisiera.

Y eso era porque Eneko era… pues el chico que me hacía suspirar en silencio. Estaba pilladísima por él, pero eso ni Bosco lo sabía.

Dejé el tema de Eneko de lado porque ni siquiera me miraba, me ponía un pelín triste y me centré en hablar con Bosco.

Amaia: *Lo tuyo no tiene nombre, tío, te tiras flores tú solo.*

Bosco: *Anda, coño, pues claro. Hasta que no encuentre una churri que me las tire, lo haré yo solo.*

Amaia: *Pues en el insti tienes donde elegir. Tú y Eneko levantáis pasiones.*

Bosco: *Bueno, tanto como pasiones, la que te has columpiado has sido tú, ¿eh?*

No me había columpiado ni un poco. Los dos eran, con diferencia, los chicos más guapos e interesantes del insti, o al menos de nuestra clase.

Los suspiros y las miraditas que muchas de nuestras compañeras daban y les dedicaban cuando estaban cerca eran buena prueba de ello. Cada uno tenía una guapura distinta, pero la tenía.

Bosco tenía el pelo castaño claro, pero tenía algunos mechones más claros que, sobre todo en el verano, cuando estaba mucho al sol, parecían rubios. Sus ojos eran negros como el carbón. Y tenía una cara aniñada con una sonrisa pícara que le hacía parecer un pillín encantador.

En cambio, Eneko era moreno y no solo de pelo, sino también de piel. Era darle cuatro rayos de sol al principio del verano y ya estaba moreno.

Sus ojos eran azules. Pero no un azul cualquiera. Era un azul precioso que tenía motitas verdes, y encima tenía unas pestañas larguísimas que las hacían todavía más especiales. Era guapo hasta decir basta.

Yo, cuando estaba a mi lado, tenía que tragarme para disimular esos suspiros que a mí también me sacaba igual que a todas las demás.

Los dos en lo que sí se parecían era en el cuerpazo que tenían; estaban fabulosos, y eso era gracias al mucho deporte que hacían.

En eso los tres coincidíamos en que a mí también me gustaba mucho.

En invierno los dos practicaban boxeo; yo a tanto no llegaba. Pero en verano, los tres, sin falta, en Ea salíamos a correr al menos una hora todos los días a primera hora de la mañana, si no habíamos salido la noche anterior y nos habíamos acostado muy tarde, claro.

Ese día lo perdonábamos, pero luego nadábamos para compensarlo en el mar o en la piscina de la casa de mi abuela o en la suya.

Amaia: *Sabes que no, ja, ja, ja. Si no tenéis novia ninguno, es porque no queréis.*

Bosco: *¿Novia? Ni de broma, que estoy yo muy a gustito solo. Eneko, que haga lo que quiera, pero yo todavía tengo que disfrutar mucho de la vida.*

Amaia: *Vamos, que tienes que ser un picaflor antes de elegir con quién quedarte.*

Bosco: *Exacto. Ves qué bien me entiendes. Tengo que ver mundo antes de elegir en qué lugar quedarme.*

Amaia: *Pues no veas mucho, no sea que, por tanto mirar, al final te quedes debajo de un puente.*

Me encantaba picarle igual que él a mí. Me estaba partiendo de risa mientras le escribía, porque no era la primera vez que hablábamos de ese tema y siempre decía lo mismo.

No quería novia, pero eso lo decía con la boca pequeña porque estaba segura de que, como se le cruzara una que le hiciera suspirar como me pasaba a mí con Eneko, perdería el culo detrás de ella.

Y Eneko, por lo que decía algunas veces, pensaba parecido a Bosco, aunque en los últimos meses a él y a Andrea se les veía más cercanos y cruzaban unas miraditas que decían mucho más de lo que lo hacían sus bocas.

A Andrea le gustaba Eneko desde hacía tiempo y, a diferencia de mí, ella no disimulaba muy bien, porque si te fijabas un poco, se veía a leguas que quería tener algo más que una amistad con él.

Si eso llegara a pasar, que no lo descartaba, me fastidiaría bastante, pero tendría que callarme y tragar.

Tenía asumido que yo, con él, nunca tendría la más mínima posibilidad, así que no me quedaría más remedio que aceptar lo que viniera y, si se diera el caso, llorar en silencio y en la soledad de mi habitación.

Y es que era entendible que él acabara con Andrea, porque había que ser realista: yo a su lado, bueno, y al lado de la mayoría de mis compañeras, no tenía nada que hacer.

Andrea era preciosa, no tanto por dentro como por fuera, pero lo era. Y no lo decía porque la tuviera envidia por la estrecha relación que tenía con Eneko, no, eso no era así, lo decía porque era la pura realidad.

Desde siempre había sido una niña caprichosa y dominante que hacía lo que hiciera falta para salirse con la suya, además de que tenía un carácter fuerte con el que manipulaba a la gente, que daba gusto.

Pero todo eso, al parecer, quedaba en segundo plano y los demás no le daban importancia porque su belleza lo opacaba.

Era rubia con reflejos dorados; su melena, esa que cuidaba como si fuera un imprescindible tenerla perfecta para existir, le llegaba casi hasta el trasero. Sus ojos eran del color de la miel y de forma almendrada; parecían los de una gata.

Era guapísima; eso lo sabía yo y el resto del mundo. Y encima tenía un cuerpo de infarto, con unas curvas donde había que tenerlas y además tenía una buena delantera que lucía bien con los escotes exagerados que se ponía a diario.

Si Bosco y Eneko hacían suspirar a las chicas, ella a los chicos de clase o a los que conocíamos cuando salíamos por ahí les hacía babear directamente.

Yo era la que no encajaba en nuestro grupo de cuatro porque no tenía nada que ver con ellos. Era, como se suele decir, una chica del montón. Aunque cuando lo había dicho alguna vez, sobre todo mi abuela se enfadaba al oírme hacerme de menos.

Ella me decía que la belleza solo está en los ojos de quien te mire, no en cómo tú te veas, y puede que tuviera razón, pero eso no hacía que, cuando estábamos los cuatro juntos, me sintiera inferior y bastante insegura.

Yo era morena, mucho, tenía el pelo de ese negro que le dicen azabache y no era ni liso ni rizado, ya que me salían varias ondas sin hacer nada.

Lo llevaba a la altura de los hombros; más largo nunca me había gustado, ya que solía recogérmelo en una coleta, sobre todo cuando salía a correr, y si lo llevaba más largo, luego el peso hacía que me doliera la cabeza.

Mis ojos eran lo único que podía destacar en mí, o al menos eso era lo que pensaba, ya que no tenía un color muy común.

Eran grises, un gris como el que se ponía en el cielo cuando había tormenta; eso era herencia de mi abuela, que mi padre también había heredado, ya que los tres los teníamos iguales.

Mi teléfono volvió a sonar y me sacó de golpe de los pensamientos en los que me había quedado inmersa.

Bosco: *Para quedarme debajo de un puente, mejor me quedo solo. Oye, ¿ya ha llegado tu abuela?*

Amaia: *No, mi padre se marchó muy temprano a buscarla, así que estarán al caer.*

Bosco: *Tengo ganas de verla. Adoro a esa mujer.*

Amaia: *No seas geta. Lo que adoras es su comida. Te pones fino, sobre todo con los que adoras; es su comida, que te pones fino, sobre todo con los dulces, cuando vamos a Ea.*

Bosco: *Culpable de todos los cargos. Voy a ducharme y en un rato voy para echaros una mano con la decoración de la fiesta, ¿vale?*

Amaia: *Ya te dije que no hacía falta. Pero haz lo que quieras.*

Bosco: *Lo sé. Pero prefiero estar contigo que aquí, oyendo toda la mañana y parte de la tarde: ¿Cuál es la mejor manera de que un tirabuzón quede mejor?*

Me eché a reír porque sabía, sin verle, que estaba poniendo los ojos en blanco. Y no me extrañaba nada; yo también lo hacía cuando Andrea se ponía pesadita explicándonos métodos de belleza que no nos interesaban lo más mínimo, pero que oíamos por educación o por no mandarla a la mierda.

Amaia: *Vale, entonces en un rato nos vemos; yo voy a bajar a desayunar ya, que me ruge el estómago.*

Bosco: *Yo haré lo mismo en cuanto me duche y me vista. En menos de una hora estoy ahí, cumpleañera.*

Amaia: *¿Te quedarás a comer?*

Bosco: *Si no es mucha molestia…*

Amaia: *¿Eres idiota? Sabes que molestia ninguna. Además, mi madre ha hecho comida para medio Bilbao; necesitamos bocas extra para acabar con todo o estaremos comiendo sobras.*

Cruzamos dos mensajes más y nos despedimos con un beso como hacíamos siempre.

Capítulo 3



Bajé las escaleras de dos en dos, como siempre hacía cuando estaba sola; claro, si estuviera acompañada, mi madre, al verme, pondría el grito en el cielo y, como siempre, me diría que tuviera cuidado, que cualquier día me partiría la cabeza.

Yo siempre le contestaba lo mismo. Le decía que si cuando era una bebé no me había partido los dientes en la escalera, tendría mucha guasa que lo hiciera siendo ya mayor.

Nuestra casa era una pasada, al igual que lo era la de mis amigos. Pero claro, es que eran prácticamente iguales.

Las tres estaban en una urbanización junto con veintisiete viviendas más, haciendo un total de treinta en total.

Todas fueron diseñadas por nuestros padres al principio de su andadura como arquitectos y, cuando les encargaron ese trabajo, que fue el primero, más grande e importante, llegaron a un acuerdo en el que tres de las casas serían para ellos.

Y desde que se terminaron, que eso fue justo después de que los tres matrimonios se casaran allí, vivían, siendo además de amigos y socios, vecinos.

Las casas eran de dos plantas. En la planta baja estaba la cocina. Era enorme y no le faltaba detalle alguno. Tenía una isla central en la que bien a gusto se podían sentar ocho personas y no molestarse mientras comían.

Además de estar provista de todos los electrodomésticos necesarios y de una mesa con seis sillas junto al gran ventanal que daba al jardín.

En esa planta también había un salón enorme que tenía hasta chimenea. Un aseo completo y un despacho que era donde mi padre trabajaba algún día.

En la segunda planta teníamos cinco habitaciones. Más que de sobra para nosotros. Pero claro, a mis padres les hubiera gustado tener más hijos, pero no quisieron venir y tuvieron que conformarse conmigo.

Así que, de esas habitaciones, una era la suya, otra la mía. La tercera la usaba mi abuela en las raras ocasiones en que venía. Otra era la de Bosco cuando se quedaba a dormir. Mi abuela usaba la tercera en las raras ocasiones en que venía. La otra era la de Bosco cuando se quedaba a dormir. En las raras ocasiones en que venía, otra era la de Bosco, cuando se quedaba a dormir, y en la última había dos camas por si alguna vez tenía que quedarse alguien.

Pero creo que en toda mi vida no la había visto ocupada nunca, pero ahí estaba por si acaso. Aunque, desde luego, lo mejor de toda la casa era el jardín que tenía. O al menos para mí lo era. Allí, si el tiempo lo permitía, era donde pasaba más tiempo. Allí hasta estudiaba.

En el jardín lo que no teníamos era piscina. En la urbanización había dos que eran comunitarias. Una descubierta que se usaba de junio a septiembre y una cubierta que estaba disponible todo el año.

En esa piscina, yo no perdonaba ir a nadar al menos cuatro días a la semana, y Bosco y Eneko solían unirse a mí.

Andrea, no, claro. Ella si era en la descubierta para lucirse; sí que se nos unía, pero en la otra a la que íbamos a nadar y ejercitarnos, no. Porque, según ella, era una pérdida de tiempo.

Cuando entré en la cocina, no pude evitar poner los ojos en blanco y que se me escapara un resoplido, bajito, eso sí, porque si no, mi señora madre estaba segura de que me habría fulminado con la mirada por protestar.

Pero es que no solo era para protestar, era para llevarse las manos a la cabeza al ver el despliegue que tenía allí montado.

La mesa de la cocina, que pequeña precisamente no era, estaba llena de fuentes con varias cosas preparadas, de las que no necesitan refrigeración, claro, para la fiesta de por la tarde.

La isla estaba parecida. Y sin mirar supe que dentro del frigorífico, que era de esos grandes de dos puertas, el panorama era el mismo.

Exagerada, la señora Aroa, que así se llamaba mi madre, era un rato, pero ella decía que no era exageración, sino previsión.

Levantó la cabeza de los canapés que estaba decorando y, nada más verme, dejó todo y vino corriendo hacia mí.

—¡Felicidades, txiki!

Ni tiempo a moverme me dio, me envolvió entre sus brazos y me abrazó muy fuerte contra su pecho.

—¿Hasta cuándo vas a seguir llamándome txiki? Recuerdas que hoy cumplo diecisiete, no cinco, ¿verdad? —dije riéndome contra ella.

Txiki era algo que en Bilbao se usaba para referirse a los niños, a los pequeños, no ya a los que éramos adolescentes, pero, al parecer, mi madre seguiría llamándome así hasta que me salieran esas arrugas a las que Bosco había hecho referencia en su mensaje.

—Para mí serás mi txiki hasta cuando yo esté en el otro mundo y tú seas una viejita adorable.

Me retiré poniendo los ojos en blanco y riéndome. Tenía que reírme con ella, no podía ser de otra manera.

Se me quedó mirando unos segundos y su sonrisa de cariño lo decía todo; me quería al igual que yo a ella. Señalé con la cabeza la mesa y solté una risita antes de hablar.

—Ama, creo que la gente se quedará con hambre; deberíamos hacer diez o doce fuentes más.

Resopló antes de negar con la cabeza y volverse a la isla a seguir decorando canapés.

—Amaia, no te cachondees. Sabes mis normas en la casa cuando viene gente.

—Nadie pasa frío ni hambre.

—Exacto.

—Hambre no van a pasar seguro. Y frío, pues ni aunque nevara, pasaría eso, porque solo de ver toda la comida que vas a poner les dará hasta sudores. Levantó la cabeza para mirarme y, dos segundos después, estábamos las dos riéndonos a carcajadas.

Y así nos encontraron mi aita Jon y mi amona Gadea. Solo con oír la risita de mi abuela, se me fueron las piernas solas y corrí a tirarme a sus brazos.

—¡Amona! Cómo te he echado de menos.

—Felicidades, mi ratita —me susurró.

Sonreí contra su pecho al oírla llamarme así. El mismo mote cariñoso con el que me llamaba desde que era una niña pequeña. Mote que solo me lo decía en nuestra intimidad, sin que nadie la oyera.

Según ella, era algo nuestro y a nadie le interesaba saberlo. Me dio varios besos en la cabeza y yo, a ella, en la cara antes de separarnos.

—Aroa, ¿y todo esto? —le preguntó a mi madre al ver la cocina, que parecía un restaurante en la hora punta de las comidas.

—Para la fiesta de esta tarde.

—Pero cuánta gente viene, ¿España entera y parte del extranjero o qué? —dijo conteniéndose la risa.

—En mi casa…

—Sí, si lo sé. En tu casa nadie pasa hambre ni frío, pero de las indigestiones no dices nada.

Los cuatro nos echamos a reír. Mi padre se acercó a mí y también me abrazó.

—Felicidades, cariño, diecisiete ya… qué viejo me haces sentir —dijo riendo.

—Anda ya, si estás hecho un chaval, aita —le contesté protestando.

Mi padre se marchó a su despacho para terminar unas cosas que había dejado pendientes mientras yo desayunaba en la cocina, acompañada de mi madre y mi abuela.

Una hora después, estábamos las dos ya en el jardín, sacando de las cajas los farolillos con luz que colgaríamos, cuando llamaron al timbre.

—¿Quién será a estas horas?

—Ama, es Bosco; se empeñó en venir a ayudar. Ah, y se quedará a comer; se me olvidó decírtelo.

—Menos mal que hice un poco de más, que si no nos tocaría pedir algo a domicilio.

La carcajada de mi abuela llenó el jardín y la mía la acompañó solo un segundo después.

Es que ni pude contestar a mi madre, de verdad que no; ¿cómo podía decir que había hecho un poco de más si con lo que había en la cocina comería toda la urbanización durante varios días?

Yo misma fui a abrir la puerta y Bosco, nada más verme, me levantó en volandas y dio varias vueltas conmigo en brazos mientras me cantaba el cumpleaños feliz.

Los dos juntos, riéndonos y agarrados, entramos en el jardín, donde seguían mi madre y mi abuela, y también se les había unido mi padre.

—Gadea, cada día estás más joven y más guapa. Si fuera mayor de edad, te pediría matrimonio.

El saludo de mi amigo a mi abuela, acompañado de un abrazo, la hizo reír y a mí poner los ojos en blanco; era un pelota de mucho cuidado.

—No seas zalamero, si cuando vayas a Ea te voy a alimentar igual y te daré todos los dulces que quieras, no hace falta que me regales los oídos.

—Vaya fama que tengo —dijo llevándose las manos al pecho de forma dramática.

—La que tú te creas, chaval —le contestó mi padre, haciéndonos reír a todos.

El resto de la mañana lo pasamos entre risas. Farolillos que nos costó un triunfo colgar. Los globos casi nos hacen salir volando. Mi madre, fiel a su exageración, no se conformó con cincuenta; con cincuenta no pudo conformarse; por ser pocos, tuvimos que poner cerca de doscientos.

La comida fue más de lo mismo: risas, anécdotas contadas por parte de mi abuela de nuestros días en Ea, con las que nos sacó los colores a mí y a Bosco, haciéndonos reír a todos.

—Me voy a casa a cambiarme.

—Yo también voy a subir a darme una ducha. Tendré que estar preparada la primera; si empiezan a llegar los invitados y sigo con estas pintas, a mi madre le dará un siroco.

Bosco se echó a reír y negó con la cabeza, dándome la razón, antes de salir por la puerta.

Subí a mi habitación y lo primero que hice fue ir de cabeza a la ducha.

Capítulo 4



Una hora después, estaba poniéndome unos pendientes que mi abuela me regaló las últimas Navidades para completar mi look cuando llamaron a la puerta de mi habitación.

Ya estaba totalmente vestida, maquillada de forma muy sutil, ya que solo me había puesto máscara de pestañas y brillo de labios, y, como pensé por la mañana, me había recogido el pelo en una trenza lateral que me encantaba.

—Adelante.

Mi abuela entró y, nada más verme, sonrió.

—Estás preciosa, ratita.

—Son tus ojos los que me ven así, amona.

—Amaia, no digas bobadas, estás preciosa y el que no lo vea es que lo mismo no merece la pena que te mire.

Fruncí el ceño sin saber qué quería decir con eso.

—¿Qué quieres decir?

Soltó una risita.

—Que Eneko es idiota si no ve lo bonita que eres, tanto por fuera como por dentro.

Abrí los ojos como platos, sorprendida.

—No te sorprendas tanto. Los demás quizá no se hayan dado cuenta de que suspiras por ese chico desde hace años, pero yo no soy como ellos: yo veo todo en ti.

—Amona… Él nunca me mirará de manera especial.

—Pues eso que es idiota —dijo haciéndome reír.

—Además, Andrea está detrás de él como un perro buscando a su presa; hasta que no lo consiga, no parará, y yo, con ella, no puedo competir de ninguna manera.

—Por ahí sí que no vayas, Amaia. Nunca jamás te hagas de menos. Esa chica es guapa, sí, pero en la vida no tendrá la hermosura que tú tienes en tu interior. El tuyo es luz y el suyo es oscuridad.

No era un secreto para mí que mi abuela sentía antipatía por Andrea. No solo porque nunca la trató con el cariño que le daban Bosco y Eneko, sino porque no le agradaba en absoluto, como me había dicho en más de una ocasión con respecto a mi trato hacia ella.

Siempre gastándome bromas pesadas, ridiculizándome si se presentaba la ocasión e intentándome hacer quedar mal, sobre todo delante de Eneko.

No es que lo hiciera delante de la gente y mi abuela lo hubiera visto. No, eso no era así, porque Andrea era muy cuca y lo hacía cuando no había nadie de nuestra familia delante. Pero mi abuela tenía una intuición fuera de lo común y me lo había preguntado directamente alguna que otra vez.

Yo solo le había contado algunas cosas. Tenía mucha confianza con ella y, cuando tenía un problema, estaba triste o agobiada; aparte de Bosco, era a la primera a la que le contaba mis problemas y penas.

—Hoy no es día de pensar ni de dejar que la niña caprichosa te chafe el día, así que, si es necesario, ni la mires. Tú solo disfruta.

Asentí sonriendo.

—Antes me fijé en tu mano y ahora, con el vestido de escote, veo que tienes manchas en la piel. ¿Qué te ocurre? ¿Algo te dio alergia? —Me preguntó preocupada.

—No lo sé. Me salieron algunas manchas hace ya semanas. Al principio no le di importancia, pero cuando aumentaron en otros sitios, se lo dije a mi madre y me dijo que podía ser una alergia a la crema que uso.

—¿Dejaste de echártela?

—Sí, cambié de marca, pero no han desaparecido; parece que cada día que pasa van en aumento.

—Enséñame cuántas tienes y dónde —me pidió acercándose más a mí.

Me levanté el vestido y le enseñé las que ese mismo día me había visto en la rodilla.

La de las manos no hizo falta porque se veían a simple vista y la del escote me la bajé un poco para que las viera bien.

—¿Tienes en algún sitio más?

—No lo sé. En la espalda creo que no. O al menos yo, mirándome en el espejo, no me las he visto.

Asintió.

—¿Y en tus partes tienes?

—¡¿Qué?!

—Hija, no te escandalices, es una pregunta normal.

—No me escandalizo, sabes que no tengo problemas en hablar contigo de ningún tema. Es que me ha sorprendido la pregunta, nada más.

—¿Eso quiere decir que no tienes o que no te has mirado?

—Los segundos. Bueno, realmente no es así, porque me veo mi zona en el espejo cuando estoy desnuda y sabes que estoy depilada; lo habría visto. Pero si te refieres a más adentro, no lo sé; ahí no me ha dado por mirarme.

—Pasa al baño y hazlo, por favor.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Pero antes levanta los brazos y enséñame las axilas.

La miré extrañada porque mi abuela estaba muy seria y pidiéndome que me mirara en sitios en los que a mí en la vida se me hubiera ocurrido mirar.

Era como si supiera o sospechara qué era lo que podía pasarme en la piel y por eso me pedía que me mirara. Levanté los brazos como me había pedido y frunció el ceño nada más verme.

—¿Tengo más?

—Alguna pequeña —contestó—. Entra al baño y mírate.

Pasé al baño y, como me había pedido, me miré en mis partes.

Al parecer, o mi abuela era bruja o, como había pensado unos minutos antes, sabía lo que me pasaba. Al mirarme bien, abriendo un poco mis pliegues, vi enseguida cómo un par de manchas empezaban a asomar. Tenían pinta, como las otras, de que se irían extendiendo hasta hacerse más grandes.

Por la mañana ya me había preocupado un poco, pero en esos momentos ya lo estaba mucho más.

Salí del baño y mi abuela seguía esperándome sentada en mi cama. Su cara seguía seria y en sus ojos podía verse la preocupación que tenía.

Solo con mirarme no le hizo falta preguntarme, supo que había estado en lo cierto y que en mis partes sí que tenía manchas también.

Me senté a su lado con un nudo en la garganta y, cuando la miré a los ojos, los míos se me llenaron de lágrimas.

—Amona… ¿Qué me pasa? Tú lo sabes, ¿verdad?

Antes de contestarme, me abrazó contra ella, agarrándome del hombro con su brazo.

—No lo sé seguro, pero tengo una ligera sospecha. Pero si es lo que creo, no quiero que estés preocupada; no es grave.

Me sonrió, pero no fue una sonrisa sincera, porque la preocupación en sus ojos la opacó.

—¿Qué crees que tengo?

—Como te he dicho, no estoy segura; es mejor que un médico te vea. Pero eso será el lunes. Hoy es sábado y es un día muy importante para ti. Así que dejaremos esto estar por ahora.

—Pero…

—Nada de peros. Ahora se lo diremos a tus padres, así te quedas más tranquila, para que te pidan cita cuanto antes.

—Vale.

—Ahora vamos abajo, los invitados estarán a punto de llegar y tienen que ver primero a la más bonita de la fiesta —dijo agarrándome de la mano para que me levantara.

—Pues si ahora no me mira nadie, como las manchas sigan aumentando…

No me dejó acabar la frase; me cortó de manera radical, parándose en seco a medio camino entre la cama y la puerta.

—Amaia, te lo he dicho antes: donde tienen que mirar es aquí dentro —dijo tocándome en el pecho, a la altura del corazón—. El que no lo haga no te mira bien.

—Es que…

—No. Ahora eres muy joven y no lo entiendes, pero un día te darás cuenta, cuando encuentres al amor de tu vida, de que es el indicado porque mirará más allá de tu físico y verá lo importante que es cómo eres por dentro.

En ese momento las palabras de mi abuela me parecieron un consejo vacío que me dijo para que me quedara tranquila y no pensara en tonterías.

Pero con el paso de los años comprobaría que esas palabras serían totalmente ciertas y que tendría que agarrarme a ellas como si fueran un clavo ardiente para poder ser feliz.

Bajamos a la planta de abajo y mis padres ya estaban allí esperándonos. Los dos, nada más vernos, sonrieron, con una sonrisa amplia, a la vez que sus ojos brillaron de emoción.

—Estás preciosa, cariño —dijo mi padre mientras me dejaba un beso en la frente.

—Tu padre tiene razón, estás guapísima. Desde luego que tienes mejor gusto que yo por la ropa; elegiste un vestido ideal. La próxima vez elegirás el mío también.

Las sonrisas de mis padres se apagaron al ver que en mi cara no salía ninguna.

—Amaia, hija, ¿qué te pasa? —Me preguntó mi padre.

Miré de reojo a mi abuela y ella asintió.

—Gadea, ¿qué ocurre? ¿Tú sabes qué le pasa?

Mi abuela asintió.

—Esas manchas que tiene hay que mirarlas.

—¿Tienes más? ¿Es eso?

—Sí —le contesté a mi madre.

—¿Y cómo no nos has dicho nada?

—Yo pensé que, como dijo la ama, era alergia a la crema y que se me quitaría, pero hoy me he visto dos más en la rodilla, y la amona me ha dicho que me mirara en otros sitios, y tengo más.

—¿Otros sitios?

Me ruboricé. No pude evitarlo.

—¿Tiene manchas ahí?

—Sí —contesté a mi madre.

—Pero ahí crema no te echabas, entonces no puede ser una alergia.

—Porque no lo es —le respondió mi abuela.

—¿Tú sabes lo que es ama?

—No lo sé seguro, hijo, pero lo sospecho. Es mejor que la llevéis al médico; si es lo que creo, no es nada grave, pero es mejor que se lo digan cuanto antes.

—¿Qué crees que tiene?

—Como le he dicho a ella, prefiero esperar y no decir nada por si me equivoco.

Estaba segura de que mi abuela tenía razón en sus sospechas, pero, para curarse en salud, prefirió apelar a la prudencia y calló.

—El lunes a primera hora iremos al médico —sentenció mi madre.

—¿Te quedarás? —Le pregunté a mi abuela.

Ella nunca se quedaba en Bilbao más de un par de días. Y en esa ocasión solo había venido para mi cumpleaños, y sus planes eran irse a Ea al día siguiente, en cuanto mi padre pudiera llevarla.

—Me quedaré e iré con vosotros al médico si es lo que quieres.

—Sí.

—Pues ya está todo claro. Ahora, como le he dicho a ella, vamos a disfrutar del cumpleaños. Y quedaros tranquilos, de verdad que no es nada grave.

Las palabras de mi abuela, a la que los tres la considerábamos una mujer muy sabia y con mucha experiencia en la vida, hicieron que los tres nos relajáramos un poco y dejáramos, al menos por unas horas, de pensar en las dichosas manchas.

Los cuatro nos fuimos a la cocina y empezamos a sacar fuentes y platos para ponerlos en las dos mesas enormes que mi aita había puesto en el jardín, mientras hablábamos de cualquier cosa y reíamos de la exageración de cosas que había hecho mi madre.

Capítulo 5



A la gente le encantó la decoración del jardín, y no era por nada, pero es que nos lo habíamos currado muchísimo entre los cinco y era cierto que había quedado precioso.

Los farolillos que habíamos colgado con luces de colores le daban al jardín un aspecto de cuento y los globos con formas imposibles de definir le daban un toque divertido.

La música sonaba a un volumen perfecto para que quienes quisieran pudieran bailar.

Pero a la vez también podías hablar sin tener que desgañitarte para tener una conversación y que el otro te oyera perfectamente.

Miré desde la puerta de acceso del salón al jardín, donde me había quedado parada después de ir al baño, a todos los que estaban allí y sonreí.

Mis padres, con sus inseparables amigos, reían y bromeaban. Daba gusto verlos juntos.

Desde siempre, y según nos habían contado, mi abuela había apoyado esas historias porque había sido testigo de ello; nos habían dicho que su amistad había sido así de buena.

Y lo mejor de todo es que cuando llegaron sus tres mujeres, hicieron la misma piña que habían hecho ellos tres, así que ahí estaban los seis como siempre, dando ejemplo de lo que era la verdadera amistad.

En otra parte del jardín estaba mi abuela hablando con un matrimonio vecino con el que todos nos llevábamos estupendamente.

Eran mayores, más que mis padres, casi de la misma quinta que mi abuela y habían sido nuestros niñeros, los de los cuatro en alguna ocasión en la que por algún motivo habíamos tenido que quedarnos al cargo de alguien siendo niños.

En una parte apartada del jardín se oían risas escandalosas. Compañeros del instituto con los que me llevaba bien también habían venido, aunque no habían venido por mí; eso lo tenía claro.

Habían venido porque Bosco, Andrea y Eneko, que eran los populares del instituto, también estaban; si no, estaba segura de que me habrían puesto alguna excusa y no habrían venido.

Pero bueno, eso era algo que llevaba pasando como algo normal casi toda mi vida y ya estaba acostumbrada.

Yo no era Amaia para nadie.

Era la que iba con Bosco o la que se juntaba por la amistad de nuestros padres con Eneko y Andrea. Eso era lo que decía la gente. Aunque alguna vez se lo había dicho a Bosco, siempre me decía que eran tonterías mías y que no hiciera caso de nada.

Y caso no le hacía, porque intentaba pasar, pero eso no quitaba que doliera un poquito ser siempre la que parecía que se pegaba a ellos o con la que iban porque no le quedaba más remedio.

Entre todos esos compañeros están mis tres amigos.

Bosco seguramente estaba contando algún chiste porque, sobre todo, las dos chicas a su lado se reían a carcajadas. A su lado también estaba Andrea. Negué con la cabeza mientras volvía a fijarme en el vestido que llevaba, ese por el que nadie en la fiesta se había fijado, no porque fuera bonito, sino porque dejaba muy poco a la imaginación.

Llevaba un escote tan pronunciado que, si se inclinaba un poco, hasta gente que no había venido podría verle el ombligo. Y la largura era ya imposible de ignorar; a ras de su culo lo llevaba. Imposible que se sentara en ningún sitio sin que los demás no la viéramos hasta las amígdalas.

A su lado, no por elección sino porque no se había separado de él, estaba Eneko. Decir que estaba guapo era quedarse corta. Se había puesto muy elegante, al igual que Bosco.

Ambos llevaban camisas que habían acabado arremangándose en los brazos y pantalones vaqueros. Bosco llevaba pantalones oscuros que contrastaban con su camisa blanca, mientras que Eneko llevaba pantalones claros que contrastaban con su camisa negra.

En un momento dado giró la cabeza y vio que le estaba mirando desde donde estaba. Retiré la mira corriendo cuando vi que me sonreía.

—Amaia, cariño, ¿puedes sacar una bolsa de hielo?

—Sí, ama, ahora mismo.

Me di la vuelta y entré en la cocina.

Abrí la puerta de la despensa que estaba pegando a la cocina y entré. Allí dentro teníamos un arcón en el que mi madre, para no variar, siempre tenía provisiones de todo lo imaginable congeladas.

Removí varias cosas hasta que di con los hielos y justo cuando me di la vuelta con ellos en la mano, casi me dio un infarto de la impresión. Eneko estaba detrás de mí.

—Dios, qué susto.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—Tranquilo, no pasa nada, es que no me esperaba que hubiera nadie detrás.

—Eso ya lo he visto —dijo soltando una risita.

—¿Necesitas algo? Las bebidas están en el frigorífico; ahora, al salir, te daré lo que quieras.

—No quiero nada, gracias.

Fruncí el ceño.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Quería hablar un momento contigo.

Suspiré. Ahí se me encendió la bombilla y caí en la cuenta de lo que vendría a decirme. Hacía dos días que me había pedido mis apuntes de literatura. A mí era la asignatura que mejor se me daba y Eneko siempre la llevaba a rastras, por eso le solía pasar mis apuntes.

—Los tengo preparados; antes de que te vayas, te los doy.

Frunció el ceño y me miró como si no supiera de qué hablaba.

—¿De qué hablas?

—De los apuntes de literatura que me pediste. Es eso lo que vienes a pedirme, ¿no?

—No.

—¿No?

—¿En serio piensas que he venido hasta aquí para pedirte los apuntes?

—Pues sí, no podría haber otro motivo.

—Pues lo hay.

Alcé una ceja y me quedé mirándole sin saber qué decir porque no tenía ni idea de qué era lo que podría querer.

—Amaia quería felicitarte; creo que soy el único que no lo ha hecho.

Anda, mi madre, era eso. Pues sí, tenía razón, o casi, en lo que había dicho.

Sí que era verdad que, cuando llegó con Andrea, ninguno de los dos me había felicitado. Ella porque no le dio la gana y él porque cuando vi que iba a hacerlo, ella se encargó de que eso no pasara porque tiró de su mano cuando vio que iba a hablarme y lo arrastró hasta el jardín.

—No importa, me he dado por felicitada. Con venir a la fiesta es suficiente.

—A mí sí me importa. Quería felicitarte cuando hemos llegado, pero…

Dio un paso hacia mí y se pegó a mi cuerpo más de lo que nunca había estado.

Mi corazón, al tenerlo tan cerca, empezó a latir a toda velocidad y una gota de sudor por los nervios que me estaban entrando resbaló por mi espalda.

—No pasa nada, de verdad.

—Sí pasa, eres la cumpleañera, así que no me pienso quedar sin decírtelo.

Asentí, y mientras me decía eso, se acercó un poco más a mí y me acarició la mejilla con su mano.

Me tensé de inmediato, no porque me tocara, sino por cómo me estaba mirando. Bajó la mirada hasta mis labios y, un segundo después, volvió a subirla a mis ojos.

—Felicidades —dijo, acercándose más para decírmelo, susurrándolo contra mis labios.

—Gra… gracias.

El aire cambió y la habitación pareció hacerse más pequeña; fue como si todo lo que había allí en ese pequeño cuarto hubiera desaparecido y solo estuviéramos él y yo.

Alargó la mano y me agarró de la cintura para pegarme a su cuerpo. Incliné la cabeza y yo contuve el aire.

La leche… que iba a besarme. A mí. Que no me lo estaba imaginando, que iba a pasar de verdad.

Pero justo cuando quedaba un centímetro para que nuestros labios se juntaran, una voz chillona y demasiado alta nos interrumpió.

—¿Eneko? ¿Dónde estás? Vamos, tío, sal ya. Vamos a tomarnos la última y nos vamos de esta mierda de fiesta.

Cerré los ojos y suspiré.

—Ve, no la hagas esperar —dije intentando separarme hacia atrás sin mucho éxito, ya que la cámara estaba a mi espalda y no podía dar un paso atrás.

—Yo no pienso igual. Me gusta la fiesta.

Sonreí, una sonrisa que no llegó a mis ojos. Porque él podría decir lo que fuera, pero los dos sabíamos que, como Andrea le acababa de decir, en menos de media hora los dos se marcharían y ella se acabaría saliendo con la suya como siempre.

—Sal ya. Yo iré después.

—¿No sales conmigo?

Solté una risita amarga.

—Es mejor que no. No quiero enfadar a nadie.

—No…

—Eneko, sal, por favor. Los dos sabemos lo que hay. Es mejor así.

Asintió, pero vi en sus ojos que no se quedaba conforme con nada.

—Amaia…

—¿Qué?

—Estás preciosa hoy.

Le miré con los ojos abiertos como platos.

—No deberías beber más.

Soltó una risita.

—Solo he bebido una copa y, aunque hubiera bebido diez, seguiría pensando lo mismo.

¿Se estaría burlando de mí? Pensé frunciendo el ceño.

—¿No me crees?

—Pues no. Jamás habías dicho una cosa así y nunca me has mirado más de dos segundos seguidos, así que no es que sea difícil de creer, sino que me es imposible.

—Que no lo diga no significa que no lo piense. Y sí que te he mirado, más de lo que crees.

—¡Eneko!

Resopló al oír a Andrea volver a llamarlo; no se la oía cerca, así que no estaba en la cocina, pero sí cerca en algún lugar de la casa.

—Me voy o tirará la casa abajo con sus gritos.

Asentí.

Se fue a girar para marcharse, pero en el último momento se paró en seco, me miró, acercó su cara a la mía y, sin pensárselo siquiera, me dio un beso rápido en los labios, dejándome clavada en el sitio.

Se acercó a la puerta y, sin mirarme y antes de salir, dijo algo que sí que me hizo alucinar.

—Rectifico mis palabras de antes. No estás preciosa. Lo eres.

Cuando cerró la puerta, tuve que apoyarme en el congelador, aunque seguramente habría sido mejor que me hubiera metido dentro para que se me pasaran los calores que me recorrieron por todo el cuerpo.

El resto de la noche pasó demasiado rápido. La fiesta continuó.

Como Andrea había dicho u ordenado, tres cuartos de hora después no solo ellos dos se fueron, sino que también lo hicieron el resto de los compañeros que habían venido. Todos, menos Bosco, que no quiso ni oír ni hablar de ello y se quedó conmigo.

Esa noche, cuando me metí en la cama, no fui consciente de lo mucho que cambiaría mi vida en los próximos meses.

Capítulo 6



Apoyé la cabeza en la ventanilla mientras miraba pasar el paisaje, aunque realmente no veía nada; mis pensamientos estaban en otra parte, justamente en lo que había pasado en los tres últimos meses.

Desde el día de mi cumpleaños todo se había descontrolado.

El lunes siguiente a la fiesta, como habíamos quedado, mi madre pidió cita en el médico. Allí, acompañándome, no solo estuvo ella, sino también mi padre y mi abuela, como prometió que haría.

Durante toda esa semana, hubo pruebas, análisis y una derivación a la consulta de dermatología, donde me dieron el diagnóstico definitivo que, como pronosticó mi abuela, no era grave.

No, no lo era. Lo que sí sería era algo que me acompañaría el resto de mi vida, ya que no tenía cura.

Vitíligo. Ese fue el diagnóstico y la cruz que me acompañaría durante el resto de mi vida.

Las palabras del dermatólogo, que, por cierto, fue muy profesional y me trató, al verme tan hundida, de forma cariñosa, fueron sinceras, aunque un gran mazazo para mí.

Me dijo que no tenía cura, que no era contagioso y que solo estaba en el principio del desarrollo de mi enfermedad. Eso quería decir: en poco tiempo las manchas se harían más grandes y aparecerían más, sin posibilidad de frenar su avance.

Nos explicó, con palabras que nosotros pudiéramos entender, que lo que tenía era una enfermedad autoinmune que afectaba a mi piel, haciendo que algunas zonas perdieran la pigmentación; de ahí que esas manchas que tenía fueran de un color blanquecino y se notaran mucho con el resto de la piel que sí tenía.

Lloré. Lloré muchísimo. Pero, por supuesto, lo hice en la soledad de mi habitación porque había estado investigando en internet, mal hecho por mi parte, el aspecto final que tendría cuando las manchas se hicieran más grandes y visibles.

Sería un monstruo. Eso fue lo que pensé.

El dermatólogo me dio varias recomendaciones. Debía aplicar crema solar en abundancia y con mucha frecuencia si me exponía al sol, por ejemplo, al ir a la piscina o a la playa.

En esos momentos me dieron ganas de llorar y de reír al mismo tiempo. ¿A la playa y la piscina? Esos sitios serían los últimos a los que iría.

Y no porque no quisiera exponerme al sol, sino porque ni de broma dejaría que nadie viera el resto de mi cuerpo si podía evitarlo. No quería ver cómo la gente me miraría raro ni cómo algunos, los más descarados, vendrían a preguntarme qué era lo que me pasaba.

También me recomendó, o más bien se lo dijo a mis padres, que sería buena idea ir a un psicólogo para que me ayudara a gestionar el cambio que mi cuerpo estaba sufriendo.

Decliné la oferta, aunque mis padres, que estaban más preocupados por mi estado anímico que por la enfermedad en sí, insistieron mucho.

Y no porque pensara que no lo necesitara, sino porque ya tenía bastante pensando en lo que iba a decir la gente al verme, como para que también pensaran que iba al psicólogo porque estaba chalada.

Los días siguientes a su diagnóstico pasaron sin más.

Tardé casi un mes en contarles a Bosco, a Andrea y a Eneko lo que pasaba y lo hice por la insistencia del primero. Sus reacciones fueron distintas.

Cerré los ojos contra el cristal y reproduje la conversación en mi cabeza mientras me aguantaba las lágrimas.

Estábamos en casa de los mellizos, donde íbamos a tener una sesión de cine como tantas veces habíamos hecho.

—Amaia, te estoy preguntando si quieres un refresco.

—Perdona, estaba distraída. No quiero nada. Gracias, Bosco.

—¿Qué coño te pasa? Parece que te has perdido en tu propio mundo últimamente.

Andrea, siempre tan comprensiva, no me lo preguntó de buenas maneras.

—Nada.

—Amaia, no digas nada. Todos nos hemos dado cuenta de que te pasa algo. Estás rara. Sí, hasta has cambiado tus rutinas.

Claro que había cambiado mis rutinas, como bien decía Bosco. Y la primera que cambié fue la de ir a nadar a la piscina cubierta con él y con Eneko. Pasaba de tener que ver las miradas que me dedicarían.

—Hija, qué mal te han sentado los diecisiete. Eres más rara que un perro verde.

Las palabras de Andrea hicieron que se me humedecieran los ojos. Bosco se sentó a mi lado y me agarró la mano.

—Joder, Amaia, di qué te pasa; no te he presionado para que me lo contaras, pero estoy preocupado.

Al final acabarían enterándose. Bien, porque las manchas se extendieran más y me las vieran en cualquier momento, o porque pudieran oír algún comentario de sus padres o de los míos, así que cogí aire y lo solté sin más.

—Tengo vitíligo.

—¿Que tienes qué? —preguntó Eneko también preocupado.

Agarré la camiseta de manga larga que llevaba y me la levanté para que vieran cómo se extendía la mancha más grande que tenía desde un poco más arriba de los nudillos hasta la muñeca.

—¿Qué es eso?

—¿Estás bien?

—Joder, pareces un lagarto al que se le está cayendo la piel. Qué asco. ¿Eso es contagioso?

Bosco y Eneko, que habían sido los primeros en preguntarme preocupados, fulminaron a Andrea cuando habló por última vez por tener tan poco tacto.

Tragué saliva y le expliqué en cinco minutos todo lo que había pasado. Les conté cómo empezó todo, cómo mi abuela, sospechando lo que tenía, habló con mis padres para que me llevaran al médico el mismo día de mi cumpleaños y cómo la siguiente semana me dieron el diagnóstico.

—Vaya, ¿entonces no tiene cura?

—No. Además, irá a más hasta que llegue un punto en el que ya no me salgan más —le contesté a Bosco.

—Bueno, si no es grave y con crema estás protegida, solo tienes que aceptarlo y aprender a vivir con ello.

Asentí, agradeciéndole a Eneko sus palabras, sonriéndole. Sonrisa que me duró menos que nada. Lo justo en cuanto Andrea abrió la boca.

—Pues yo no podría aceptar vivir con algo así. Vas a parecer una cebra a rayas. Más te vale que renueves tu armario y te compres bastante ropa de manga larga porque no es plato de gusto tener que ver la piel de lagarto que se te está poniendo.

Bosco la miró como si quisiera matarla y Eneko negó con la cabeza, pero ninguno de los dos dijo nada.

—Gracias por tus consejos, Andrea. Ahora, si no os importa, me voy a casa. No me encuentro muy bien.

—Sí, será mejor que te vayas, porque no es que estés en tu mejor momento y aquí estamos para pasarlo bien, no para amargarnos.

Ni siquiera le contesté nada a su comentario dañino. Me levanté del sofá y salí del salón sin mirar atrás. Pero antes de llegar a la puerta, pude oír cómo Bosco, en voz alta, discutía con su hermana por el poco tacto que tenía, diciéndome esas cosas sin pensar si me harían daño.

Fui a abrir la puerta de la calle, pero una mano que yo conocía muy bien se posó sobre ella, impidiéndome abrirla.

—Amaia espera.

—Eneko vuelve dentro a ver la película; no les hagas esperar.

—Que esperen.

—¿Qué quieres?

—Saber si estás bien. Aunque después del numerito de Andrea, es una pregunta tonta por mi parte.

—Da igual, tampoco ha dicho nada que no sea verdad.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es.

—No. A mí me da igual cómo tengas la piel; me sigues pareciendo preciosa.

Solté una risa amarga.

—Pues deberías pedir hora para que te revisen la vista.

—No necesito que me revisen nada.

—Eneko…

No me dejó ni decir lo que quería; me agarró de la cintura y, sin que lo viera venir, se lanzó a mis labios.

Ese beso ya no fue como el de mi cumpleaños; ese beso ya no fue un simple roce de labios. Fue un beso de verdad. Uno que me dice que cuando los dos nos separamos, hasta el aire nos faltaba.

—Espero que con esto te hayan quedado más claras mis palabras de que me da igual cómo estés o lo que tengas. A mí me gustas de todas maneras.

Después de esa frase que me dejó loca, salí de la casa sintiéndome un poco mejor y con una sonrisa en la cara.

Pero una sonrisa de las de verdad, no como las fingidas que llevaba poniendo desde que me enteré de lo que me pasaba.

Los siguientes dos meses a eso las cosas cambiaron.

Andrea me miraba todo el tiempo como si fuera un bicho raro y me evitaba todo lo que podía, arrastrando a Eneko a hacer otros planes, a los que Bosco y yo no nos uníamos.

Bosco, mi amigo, mi hermano de corazón, estuvo para mí como siempre lo había hecho en todo momento.

Y Eneko… Pues lo de Eneko era algo que todavía no entendía.

Delante de la gente se seguía comportando conmigo como siempre había hecho, como un amigo, pero no muy estrecho. Pero luego, cuando coincidíamos a solas o, más bien, él forzaba esos encuentros, era un Eneko totalmente distinto.

Era comprensivo y cariñoso, y me trataba fenomenal. En todos esos encuentros no había habido uno solo en el que no acabáramos besándonos o, incluso, acariciándonos íntimamente sin llegar a acostarnos.

Y esos encuentros estaban muy bien y me sacaban una sonrisa, pero… como siempre, en todo parece que tiene que haber uno. Al llegar a casa y pensarlo en frío, me sentía fatal porque parecía que éramos dos fugitivos que hacían las cosas a escondidas.

Y no solo era una sensación mía. Es que era la realidad. Porque era algo que solo los dos sabíamos y que, por petición suya, ocultábamos al resto.

Según su argumento, lo mejor era mantenerlo en secreto y reservarlo solo para nosotros hasta que viéramos que seguía adelante y estuviéramos seguros de contárselo al resto. Eso era lo que él pensaba, claro.

Mis pensamientos iban por otro lado. Porque estaba convencida de que lo que le pasaba era que se avergonzaba de que le vieran conmigo por mi aspecto.

—Amaia, cariño, hemos llegado.

Las palabras de mi padre me hicieron volver al presente. Abrí la puerta del coche y me bajé.

Y por fin, después de tres meses en los que parecía que hasta el aire me faltaba, pude respirar de verdad. Porque estaba en Ea. Porque estaba en mi lugar seguro y lo mejor de todo es que estaba con mi abuela, la que mejor me entendía en el mundo.

Capítulo 7



Mi abuela abrió la puerta de casa incluso antes de que mi padre terminara de sacar las dos maletas que llevaba para quedarme allí todo el verano.

Nada más verla se me aguaron los ojos. Negó con la cabeza a toda prisa y me envolvió en sus brazos; allí, apoyada en ella, ya no lo pude resistir más y dejé que las lágrimas salieran de los ojos.

—Tranquila, ratita, ya está, cariño mío, ya está.

—Amona…

Mi padre se nos quedó mirando y negó con la cabeza, pero no dijo nada. Tanto él como mi madre estaban disgustados por la decisión que había tomado de irme todo el verano con mi abuela y no con mis amigos de vacaciones.

Desde que éramos niños, todos los veranos, sin excepción, los habíamos pasado en Ea, pero este sería el primero que, para todos, sería diferente.

Andrea había propuesto hacer algo diferente. Había estado buscando mucho hasta que encontró un campamento, si es que se le podía llamar así, para jóvenes en el que, aparte de hacer muchas actividades, las personas que estaban al cargo de él hablarían todo el tiempo con los chicos en inglés.

A nuestros padres les pareció una idea estupenda, ya que a todos nos vendría muy bien para mejorar el nivel.

La duración era de dos meses, julio y agosto. Hasta ahí, todo muy bien. Lo peor llegó cuando nos mostró las actividades que se hacían en dicho curso; todas ellas eran acuáticas, ya que las instalaciones estaban a pie de playa en la isla de Ibiza.

Cuando nos los contó a todos, su sonrisa al ver mi cara de desolación se hizo tan amplia que supe al instante que había buscado eso para, sabiendo cómo lo estaba pasando con mi problema en la piel, negarme a ir.

Que había sido justamente lo que había pasado.

Bosco y Eneko habían intentado convencerme para que fuera. Pero ella, cada vez que me decían algo y estaba presente, soltaba cosas como que era mejor para mi salud que no estuviera. Que si iba, procurara no estar mucho con ellos para no avergonzarles. Así, más o menos, todo el tiempo soltaba pullas parecidas.

Así que, para pasarlo mal, primero por tener que dar explicaciones a los otros jóvenes que asistían, por estar todo el tiempo viendo miradas de asco o de pena y por tener que aguantar sus comentarios constantes, decidí no ir.

Mis padres no sabían el verdadero motivo por el que no había querido ir y era mejor que así siguiera siendo. Preferí callar y no crear malestar entre ellos y los padres de los mellizos si se enteraban de cómo me estaba tratando su hija.

A Bosco le dio mucha pena cuando le dije que no iba e incluso me llegó a decir que se quedaba conmigo, pero le dije que ni hablar, que él tenía que ir a disfrutar.

Además de que yo sabía que a ese campamento también iba una chica de nuestra clase con la que llevaba viéndose el último mes y parecía que la cosa iba muy bien entre ellos, y no quería que por mi culpa eso se rompiera.

Y Eneko… Pues él también, cuando habíamos estado a solas, me había pedido, por favor, que fuera. Pero eso era justo cuando estábamos sin compañía. Claro, eso era justo cuando estábamos sin compañía, claro, porque cuando estaba su amiguita Andrea delante, había momentos, no muchos, la verdad, en los que se unía a sus comentarios dañinos para dejar claro de qué parte estaba.

Y eso me hacía daño, mucho daño. De ahí mi decisión de irme sola con mi abuela, sabiendo que esos más de dos meses sin ellos, porque no pensaba volver hasta que no empezaran las clases, me vendrían muy bien.

Y no solo por estar con mi abuela y en un sitio que me daba tanta paz, sino también porque descansaría de ellos.

Mi padre subió las maletas a la que siempre había sido mi habitación y volvió a bajar para reunirse con nosotras en la cocina, donde mi abuela ya había preparado un café para él y dos vasos de cacao frío para nosotras.

—Amaia, ¿de verdad que estás segura de esto?

—De verdad, aita.

—Si en cualquier momento quieres volver a Bilbao o incluso unirte a los chicos en Ibiza, solo tienes que decirlo y vendré a buscarte.

Pensando que me arrepentiría de no haber ido con los demás a Ibiza, mi madre se había puesto en contacto con las personas que organizaban el campamento para preguntar si algún joven podía unirse en cualquier momento.

Le contestaron que, habiendo plazas libres, sin problema alguno. Y sabíamos que las había, ya que no cualquier chico podía ir a ese campamento. Ya que costaba un dineral y no todos los padres podían costearles a sus hijos un verano así.

Que, por otra parte, era normal, ya que eran sesenta días a pensión completa, más todas las actividades, las excursiones que también tenía y todas las comodidades que tenía en las instalaciones en las que se dormía y comía.

Resumiendo, que Andrea no había buscado un campamento cualquiera, sino uno de lujo al que irían chicos de familias pudientes.

—No voy a ir a Ibiza, ya te lo he dicho.

—Es que, de verdad, tu madre y yo no entendemos el porqué. Te gusta el inglés, también las actividades acuáticas y estarías con tus amigos.

—Jon, no insistas más, creo que ella tiene sus motivos —le dijo mi abuela.

—Ya, supongo que los tiene y eso es precisamente lo que nos preocupa, que no sabemos por qué no nos ha querido decir cuáles son esos motivos.

—No hay ningún motivo en especial, simplemente necesitaba venir aquí como he hecho siempre en verano.

Mi abuela me miró alzando una ceja y sin palabras me dijo: «Eso no te lo crees ni tú, ratita, a mí no me la das, hay algo más y me lo contarás sí o sí».

—Bueno, siendo así, me quedo más tranquilo y tu madre seguro que también. Aunque también había la posibilidad de venir con nosotros y tampoco te ha gustado mucho.

Mi abuela soltó una carcajada.

—Hijo, ¿en serio queréis que vaya con vosotros?

—Anda, ¿por qué no?

—Aita, ¿qué pinto yo con vosotros seis en un crucero de matrimonios? —dije poniendo los ojos en blanco.

El año anterior, mis padres y los padres de los chicos se fueron de viaje. Nosotros nos quedamos con mi abuela en Ea y ellos lo pasaron tan bien que decidieron repetir la experiencia.

Además, el viaje anterior duró diez días y este sería de un mes entero.

—Podíamos haber cogido otro en el que no fueran matrimonios.

—Aita, que no, que no me iba a ir con vosotros de vacaciones y ya está. Ni a un crucero ni a ningún sitio. Aquí estaré bien.

Resopló.

—Joder, eres igual de cabezota que tu madre.

Los tres nos echamos a reír.

—Como te oiga decir eso, te tira por la borda.

—Vaya que sí —dijo sin parar de reírse.

—¿Jon, te quedas a comer?

—No, ama, tengo que volver a Bilbao esta tarde; a primera hora tenemos una reunión con el hombre que quiere que le diseñemos un hotel.

—Pues espera antes de irte, te preparo unos envases y te llevas lo que tengo preparado.

En cinco minutos, mi abuela tenía al menos seis envases hasta arriba de comida que, según ella, había hecho el día anterior sabiendo de nuestra llegada.

—Anda que luego dicen que Gadea es la exagerada, pero tú, ama, no te quedas atrás.

—Aita, creo que esto es cosa de madres, porque, al parecer, todas son iguales.

—Pues lo que ves, esperes. Y teniendo una abuela y una madre así. Tú serás igual.

Cuando dijo eso, la sonrisa que tenía en la cara se me borró en ese mismo momento.

¿Yo, hijos? Pues, como no fuera por obra y gracia del Espíritu Santo, como le pasó a la Virgen María, no sabía de qué otra manera eso podría pasar. Porque si ahora los chicos me miraban mal, cuando las manchas estuvieran extendidas por completo, ni siquiera querrían hablarme, cuanto menos tocarme.

—Quítate esa mierda de pensamientos que estás teniendo ahora mismo de la cabeza —me susurró mi abuela enfadada.

—Yo no…

—Tú sí. No me mientas. Y prepárate, porque en cuanto se vaya, tú y yo vamos a tener una charla, una de la que no te vas a librar.

Sabía, antes de ir, que esa charla de la que mi abuela hablaba llegaría tarde o temprano, porque ella me conocía mejor que nadie y sabía que detrás de no querer ir al campamento había algo que yo no había dicho.

Pero pensé que me daría un poco más de tiempo para hablar de ello, pues estaba equivocada, ya que sería ese mismo día.

Capítulo 8



Después de comer, mi abuela me pidió que fuéramos a dar un paseo por la playa. Pero le dije que prefería colocar el equipaje y que me diera media hora para hacerlo.

Para la edad que tenía, que eran sesenta y tres años, estaba mejor que muchas personas con la mitad de edad y eso seguramente era por la vida activa que tenía.

Ella no era de las que se quedaban en casa sin salir. Su paseo diario por la playa no lo perdona en ninguna época del año.

Además, en la piscina que tenía en su casa nadaba también en verano y el resto del tiempo tampoco paraba. Siempre estaba trajinando con algo.

Estábamos a primeros de julio y el calor ya apretaba, pero a ella le daba igual. Se untaba bien de protector, se ponía ropa fresca y con su sombrero de paja se tiraba a la calle a disfrutar de su pueblo y de sus gentes.

—Amaia, ¿estás preparada?

—Sí, ya bajo —le contesté mientras colocaba la última camiseta en el armario.

Cuando me vio aparecer, frunció el ceño.

—Sube ahora mismo y cámbiate de ropa; vamos a la playa, no a un funeral.

Resoplé aun sabiendo que en cuanto me viera con los que me había puesto, me diría algo como lo que me acababa de decir.

—Estoy bien así, abuela, no tengo calor.

—Pero yo sí lo tengo con solo verte. Y no me mientas, no lo has hecho nunca y no vas a empezar ahora.

Negué con la cabeza.

—Amona…

—Ratita, ¿crees que soy tonta? ¿Crees que no sé que te pones esa mierda de ropa para que nadie te vea?

Pues había dado en el clavo porque precisamente llevaba poniéndome ropa parecida, siguiendo el consejo de Andrea de que me tapara la piel lo más posible.

En esos momentos llevaba unos leggins negros largos hasta los tobillos y una camiseta de manga larga también negra.

Y en lo del calor sí que había mentido, porque el sol apretaba bien y me estaba cociendo, pero pensé que sería algo a lo que tendría que acostumbrarme si quería ir siempre tapada y que nadie me viera.

—Es que han crecido y…

—Y nada, Ainara. Han crecido y seguramente crecerán más y te saldrán por otros sitios también; ya te lo dijo el médico. Así que cuanto antes lo asumas, mejor.

—Amora, es que no quiero que me pregunten ni que me digan cosas…

—¿Cosas como las que te ha estado diciendo el bicho de Andrea para alejarte?

La miré con los ojos como platos, preguntándome cómo narices sabría ella eso, si yo no le había dicho nada.

—No te sorprendas tanto. Esa niña es mala de nacimiento y me puedo imaginar las palabras hirientes que lleva diciéndote estos meses. Y también creo saber la razón de ello.

Me rendí. Porque con mi abuela no podía ser de otra manera.

—Pues entonces ya sabes más que yo, porque no tengo ni idea de por qué me trata así y me dice ciertas cosas.

—Pues porque es una caprichosa que siempre quiere ser el centro de atención y, si tú estás al lado, pierde parte de él, y también pierde la atención de Eneko, al que quiere tener atado en corto. Y la de su hermano. Siempre le ha repateado que seáis tan amigos.

—¿Tú crees que es por eso?

—No solo lo creo, es que lo sé. Os he visto crecer y sé de qué pie cojeáis cada uno.

—Creo que ha elegido ese campamento para alejarme, sabiendo de antemano que no iría si todo era acuático.

—Mira, Amaia, no puedes dejar que nada ni nadie maneje tu vida. Tu enfermedad te acompañará el resto de tu vida. ¿Quieres que te maneje y te prive de hacer cosas, de disfrutar y, en conclusión, de vivir?

No, no quería eso. Desde luego que no lo quería.

—No.

—Pues entonces no la dejes que lo haga. Tienes manchas, ¿y qué? Otros son feos y no por eso se ponen un saco en la cabeza para que no los vean —dijo haciéndome reír.

—¿Entonces si me miran?

—Pues que miren.

—¿Y si preguntan?

—Pues al que quieras le contestas y al que no, que estudie si quiere saber.

—¿Y si se ríen?

—Si se ríen, el problema lo tienen ellos, no tú. Porque ahí demuestran que son tontos del culo al no respetar a una persona que no les ha hecho nada.

—¿Y con Andrea qué hago?

—Pues pasar de ella. Esa niña no te aporta nada. Tú solo quédate con la gente que suma. A los que te resten, cuanto más lejos, mejor.

—Me va a costar aceptarme.

—Yo no he dicho que lo hagas hoy. He dicho que lo hagas, pero a tu ritmo.

—Ama y Aita no me han mirado raro ni una vez, ni tú tampoco.

—Porque unas manchas no te definen. Porque sabemos que están ahí, pero ya está. Nosotros seguimos viendo a la Amaia de siempre, no vemos el vitíligo, te vemos a ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Porque ojalá todos me vieran como lo hacían mis padres y mi abuela y no como a un bicho raro.

—Respóndeme a una cosa.

—Dime.

—Si a Eneko le pasara algo parecido, te dejaría de gustar.

Ni tuve que pensar; la respuesta me salió sola.

—No. Porque su físico me gusta, claro está. Pero lo que realmente me gusta es cómo es él.

—Pues en eso es en lo que tienes que pensar.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que las personas que te quieren y el hombre que esté destinado a ti no verán mancha alguna. Solo te verá a ti y le gustarás por cómo eres, no por lo que tengas en la piel.

—Y ahora, por favor, sube y ponte una camiseta de manga corta. Empezaremos la aceptación poco a poco.

Cogí aire y asentí.

Subí a la habitación mientras pensaba en todo lo que mi abuela me acababa de decir. Aunque fue duro escucharlo, tenía que reconocer que me había venido bien para abrir los ojos y decidir que tenía que aceptarme yo la primera si quería que los demás también lo hicieran.

El paseo por la playa fue estupendo. Reímos y saludamos a muchos conocidos que también paseaban o pasaban la tarde en la playa con sus familias; muchos de ellos, como yo, habían venido de la ciudad.

Algunos me miraron, pero no mal, sino con curiosidad. Los que más confianza tenían se atrevieron a preguntar, pero de muy buenas formas al ver mis brazos. Y como lo hicieron bien y sin hacerme sentir incómoda, se lo dije sin hundirme.

Me sorprendieron mucho las respuestas de muchos de ellos.

«Da igual las manchas que tengas, sigues igual de bonita», dijeron unos. «Anda, pues yo conozco a fulano o a mengano que también lo tiene y lo llevan bien; eso sí, te vas a gastar un pastón en protector solar con lo que a ti te gusta la playa, niña», dijeron otros bromeando.

—¿Te has sentido incómoda? —me preguntó mi abuela al terminar el paseo.

—Lo cierto es que no. Todos me han preguntado de forma educada, y los que no lo han hecho me han mirado con curiosidad, pero no mal.

—Entonces ya has dado un paso más hacia la aceptación. Y por eso te has ganado un helado gigante en la nueva cafetería que han abierto.

—¿Han abierto una cafetería nueva? ¿Cuándo?

—Hace un mes. Es preciosa. Estoy segura de que te va a encantar. Y verás qué buenas migas haces con Nerea, es majísima.

—¿Nerea?

—Es la chica que la ha abierto. Lo mismo no te suena porque es cuatro años mayor que tú, pero ha vivido en el pueblo toda su vida con sus padres y su hermano.

—Por el nombre no sé quién es. Lo mismo, cuando la vea, la ubico mejor.

—Pues vamos a por ese helado y a ver a Nerea.

Quince minutos después, llegamos al centro del pueblo y mi abuela tenía razón, como siempre. Nada más ver la cafetería, me enamoró por completo.

Y es que no era una simple cafetería. Era una cafetería en la que Nerea había puesto estanterías por todas las paredes llenas de libros y, mientras te tomabas algo, podías coger el que querías para disfrutar de la lectura a la vez que de tu consumición.

Incluso te prestaba el libro si querías seguir leyéndolo en casa o te lo guardaba allí aparte para que cuando volviera no lo hubiera cogido otra persona y lo pudiera terminar.

Los libros eran mi pasión y ser escritora, mi sueño y meta de futuro, así que estar en un sitio como ese para mí era como estar en el paraíso.

—Amona es una maravilla, me encanta.

—Ya sabía yo que te iba a encantar. Este sitio se va a convertir en uno de tus favoritos de Ea.

—Ya lo ha hecho —contesté mientras nos acercábamos a la barra, haciéndola reír.

—Buenas tardes, Gadea. Qué bien acompañada te veo hoy.

—Hola, Nerea. Ella es mi nieta, Amaia.

—Lo sé —dijo riéndose—. La conozco desde que nació, además de que esos ojos grises la delatan como que es de tu sangre. Así que no hay probabilidad de error.

Me quedé mirándola y sí que era verdad que su cara me sonaba de verla por el pueblo, pero al sacarme cuatro años, nunca habíamos coincidido en las fiestas a las que nos juntábamos con más chicos de nuestra edad.

—A mí también me suenas. Pero creo que nunca hemos hablado.

—Así es. Nunca hemos cruzado palabra. Pero creo que eso va a cambiar.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo riéndose—. Has mirado la cafetería al entrar como si fuera el mejor de los lugares, así que vas a venir mucho, lo sé. Y eso hará que acabemos siendo amigas.

Y ninguna de las dos, en ese momento, sabía que ciertas se volverían sus palabras. Porque Nerea se volvería no solo mi amiga, sino también una persona totalmente imprescindible en mi vida.

—Pues me encantaría. Y sí, tienes razón, podría quedarme a vivir aquí.

A las tres nos echamos a reír.

Ni siquiera nos sentamos en una mesa. Nos quedamos en la barra comiendo el delicioso helado que Nerea nos puso, mientras en las dos horas que estuvimos allí no dejamos de hablar en ningún momento, sobre todo de libros.

Capítulo 9



Cuando abrí los ojos esa mañana, lo primero que hice fue resoplar y desear estar en otro sitio. Concretamente, donde había estado durante todo el verano. En Ea con mi abuela.

Pero eso ya no era posible.

Las clases de mi último año de bachillerato empezaban ese día y no tenía otra opción que ir al instituto. Que eso no era lo que me daba miedo, era reencontrarme con mis amigos o con lo que supuestamente lo eran.

Y digo supuestamente porque apenas había sabido nada de ellos en todo el verano.

De Andrea ni una sola noticia, ni un triste mensaje habíamos cruzado, nada que no esperara, la verdad.

Con Eneko había cruzado varios mensajes en todo el verano, pero pocos.

Y en ellos me había mandado varias fotos de los sitios tan chulos en los que habían estado, pero en ninguna me había dicho que ojalá hubiera estado yo allí con ellos ni tampoco en ninguna me había preguntado cómo estaba.

Con el que más contacto había tenido había sido con Bosco. Me había llamado un par de veces, igual que yo a él. Así como también bastantes mensajes. No diarios, pero al menos no se había olvidado de mí durante todo el verano.

Aunque ya iba con la idea hecha en mi cabeza de que ese curso no sería como los anteriores, al igual que nuestra relación no sería la de amigos inseparables que habíamos tenido siempre. Con la chica que empezó a verse antes del verano ya era su novia oficial y, como debía de ser, su tiempo tendría que dedicárselo a ella y no a mí.

Así que se avecinaba un curso diferente. Solo esperaba que no fuera muy duro y que no me lo hicieran pasar muy mal. Con eso me conformaba.

Retiré la sábana hacia un lado y me senté en la cama. Resoplé una vez, por las pocas ganas que tenía de empezar la rutina antes de levantarme para darme una ducha.

Antes de entrar en la ducha, hice lo mismo que hacía cada mañana. Mirarme todo el cuerpo en el espejo cuando estaba desnuda.

Las manchas se habían extendido. Algunas, como las de los brazos y las manos, se habían extendido bastante. Así como también lo habían hecho las del pecho y varias en las piernas. Pero ya no me miraba y veía en mi reflejo el monstruo que había pensado que era al principio.

Ya me había aceptado como era o estaba en proceso de hacerlo del todo y eso se lo tenía que agradecer a mi abuela y a Nerea, que me habían ayudado muchísimo durante el verano.

Desde la ducha oí cómo sonaba mi móvil, avisándome de un mensaje. Sonreí porque estaba segura de quién era sin siquiera mirarlo.

Salí de la ducha, me puse el albornoz y fui directamente a coger el teléfono.

Como me esperaba, era la que, en esos meses, se había convertido en la que, como ella dijo el primer día que hablamos, no solo en mi amiga, sino en la mejor que tenía en esos momentos y en la que estaba segura al cien por cien de que eso no cambiaría nunca.

Mi abuela dijo que la cafetería de Nerea se convertiría en uno de mis sitios favoritos de Ea y así había sido.

Ni uno solo de los días de todos los que había pasado en Ea había perdonado mi visita a Nerea en su cafetería, excepto los lunes, que era el día en que cerraba por descanso.

Pero no porque cerrara nos habíamos dejado de ver, no, de eso nada. Todos los lunes los habíamos pasado juntas, en la playa, en la piscina, en casa de mi abuela o haciendo alguna excursión a sitios cercanos.

Ella tenía su grupo de amigos, a quienes me presentó.

Al principio fui un poco reticente, pensando que, al ser más mayores, no me aceptarían; nada más lejos de la realidad.

Me recibieron en su grupo con los brazos abiertos y me hicieron sentir muy a gusto desde el primer momento.

Los recuerdos de los veranos anteriores eran muy buenos, pero desde luego que este último se quedaría en mi memoria para siempre, poniéndose encabezando la lista como el mejor de todos.

Y lo sería por lo especial que había sido y por lo en paz que me había sentido. Había hecho muchas cosas a la vez, y entre todos me ayudaron a aceptar el cambio que mi cuerpo había sufrido.

Las charlas con mi abuela habían sido duras en muchas ocasiones, pero necesarias. Los paseos con ella recorriendo la playa y el pueblo estuvieron llenos de conversaciones profundas, de risas, de confesiones, y también hablamos mucho de mis planes para el futuro.

Con Nerea también hubo muchas charlas, pero sobre todo risas. Me había reído con ella en dos meses más que en todo el año junto con los demás.

Nerea y mi abuela eran, para mí, mis personas vitamina. Las que sabía que estarían para mí y que, si flojeaba, estarían para cogerme la mano y tirar de mí hacia arriba.

Al igual que le había dicho a Nerea mil veces, yo también estaría para ella cuando me necesitara.

Para ella el año anterior había sido muy duro. Había perdido a su madre después de meses horribles viendo cómo, sin posibilidad de que hubiera una solución, un cáncer la consumió.

Ella no tenía padre, ya que él también murió en un accidente cuando ella era apenas una niña de cuatro años. Y la única familia que le quedaba era un hermano cinco años mayor que ella que se había marchado de Ea a la universidad para estudiar medicina y, por desgracia, se veían poco.

No porque tuvieran mala relación, eso no. Sino porque él estaba muy liado con los estudios y, además, según me había contado un año atrás, se había echado una novia un poquito absorbente que no le dejaba ni a sol ni a sombra y acaparaba todo el tiempo libre que el chico tenía.

Así que estaba ella sola en el pueblo; bueno, sola no, porque mi abuela la había acogido bajo su ala y la trataba como si fuera una nieta igual que a mí, con broncas incluidas.

Me senté en la cama y abrí el chat.

Nerea: *Buenos días, potxola. ¿Lista para empezar el primer día de tu último año de insti?*

Amaia: *Pufff, pues no tengo ninguna gana, la verdad.*

Nerea: *Ya sabes lo que hemos hablado, recuérdalo.*

Amaia: *Sí. La cabeza alta porque no tengo que avergonzarme de nada. Y al que no le guste, que no me mire y que le den bien dado.*

Nerea: *Perfecto, la teoría te la sabes genial. Ahora ponla en práctica.*

Amaia: *Nerea, tengo un poco de miedo.*

Nerea: *Lo sé, cariño. Pero no puedes dejar que ese miedo pueda contigo. Eres fuerte, ¿recuerdas? Además, Bosco estará allí, y esperemos que sea el buen amigo que ha sido siempre y que esté contigo.*

Amaia: *Eso espero yo también.*

Nerea: *Y al otro no le dejes que te besuqueé por los rincones; si quiere hacerlo a la luz del día, que no sois vampiros para tener que estar escondidos en la oscuridad.*

Amaia: *No sé qué pasará con él. Como te dije, es otra de las cosas que me tienen la cabeza loca, porque no tengo ni idea de en qué punto estamos.*

Nerea: *En breve saldrás de dudas.*

Amaia: *Sí, hoy será como un nuevo comienzo y no solo de curso.*

Nerea: *Tú intenta no agobiarte, ¿vale? Y ni falta hace que te diga que estoy aquí para lo que necesites, cualquier día y a cualquier hora. Estoy a una llamada de distancia.*

Amaia: *Lo sé. Tú también sabes que estoy aquí para lo que necesites.*

Nerea: *Y si se ponen farrucos, tú me llamas, que lo dejo todo y voy para allá a patear todos los culos que haga falta y a repartir collejas a dos manos sin medida ni control.*

Solté una carcajada al imaginármela en esa situación, y no sería nada raro porque Nerea era todo corazón, pero cuando se enfadaba tenía una mala hostia increíble. Era de las que, cuando veías su mirada matadora, o te meabas encima del miedo o salías por patas corriendo sin mirar atrás.

Amaia: *Yo te aviso, tranquila. Que sé que estás deseando venir a repartir. Ahora te dejo que ni me he vestido y, por ser el primer día, no quiero llegar tarde.*

Nerea: *Ni te imaginas cómo me gustaría ir a repartir, sobre todo a cierta niñata. Ni se te ocurra ponerte la ropa de funeral, o me enfadaré, y sabes que tu abuela también. Llámame luego, Ptoxola. Te quiero.*

Amaia: *No me la pondré, prometido. Luego te llamo. Yo también te quiero.*

Sonreí mientras cerraba el chat y me levantaba para vestirme.

Como había prometido, no me puse ropa de funeral. Aunque tampoco me puse ropa con la que dejara toda mi piel al descubierto. Y eso no lo hacía por la vergüenza de que me vieran las manchas, sino porque ese no había sido nunca mi estilo. Yo era más de ropa cómoda que de ir embutida para lucirme.

Me puse unos vaqueros azules, una camiseta blanca de manga corta, mis deportivas del mismo color y, porque a primera hora ya empezaba a refrescar, cogí una cazadora vaquera.

Al bajar a la cocina, la única que estaba allí era mi madre. Al ver el desayuno que me había preparado, me puse los ojos en blanco, preguntándome si eso sería solo para ese día o para toda la semana. Aun así, mientras charlábamos, por no hacerle el feo, comí lo que pude.

Capítulo 10



Cogí mi mochila, la cazadora y el móvil para marcharme a buscar a Bosco en su casa.

Desde que tuvimos edad para ir al colegio solos, que estaba a quince minutos de la urbanización en la que vivíamos, lo habíamos hecho juntos.

Algunas veces Andrea se nos unía, aunque, como la señorita tenía que arreglarse como si fuera a una boda todos los días, no solíamos esperarla porque lo de llegar tarde era rutina en ella, además de que Eneko, al ser inseparables, era el que siempre, llegara tarde o no, la acompañaba.

Me estaba colgando la mochila al hombro cuando sonó mi móvil. Sonreí porque pensé que sería Nerea otra vez, para darme un consejo de última hora o quizás para pedirme una foto de la ropa que me había puesto.

Pero mi sonrisa se borró por completo al ver quién era y lo que ponía.

Bosco: *Amaia, perdona, se me olvidó escribirte antes. No pases a buscarme; me he marchado ya. Quedé en ir a buscar a Edurne para ir juntos al insti. Nos vemos allí.*

Genial, simplemente genial. Los cambios ya empiezan antes incluso de salir de casa. Pues perfecto que así sea, pensé mientras abría la puerta de casa para largarme.

Ni me molesté en contestarle. No hacía falta decir nada. Él lo había dicho todo.

En el camino hasta el instituto, no pude evitar pensar en Ea, en mi abuela, en Nerea, en lo bien que había estado allí y en las ganas que tenía de que acabara el curso para poder volver.

Aunque ya tenía pensado irme en autobús muchos fines de semana si mi padre no podía llevarme.

La llegada al instituto fue como había supuesto que sería. Incómoda.

Las miradas de reojo y las que no lo fueron tanto fue lo primero con lo que me encontré nada más llegar y sin que me diera tiempo ni a entrar dentro.

A eso le siguieron los cuchicheos a mi paso por el pasillo, las risas y los comentarios. Unos fueron preguntándose qué me habría pasado, otros confusos, otros de burla y otros con mala intención.

Pasé de todos, como les había dicho a mi abuela y a Nerea que haría.

No bajé la cabeza como muchos pensaron que haría; la llevé en mi sitio con la mirada al frente e hice como que ni veía ni oía nada.

Al entrar en la clase que me correspondía, en la que estaban también mis amigos, me encontré con el segundo cambio que me hizo contener las lágrimas y, por qué no decirlo, cabrearme un poco.

Desde que teníamos tres años y entramos en el colegio, nos sentaron juntos a Bosco y a mí aquel primer día tan lejano. Así había seguido siendo en los cursos siguientes.

Pero este ya no. Edurne estaba sentada a su lado.

—Amaia, yo…

A Bosco se le veía apurado al ver cómo me había quedado mirando el que, supuestamente, debería ser mi sitio, pero ni le dejé terminar lo que fuera a decir.

Seguramente un amago de disculpa que no sentía o una excusa que ni quería ni tenía ganas de oír.

—Tranquilo, todo está bien.

—Amaia… me alegro de verte. Te he echado de menos.

Sí, seguro que sí, quise contestarle, pero me callé.

Si me hubiera echado de menos, habría hecho que nos hubiéramos visto en algún momento de los dos días anteriores, que bien sabía, por boca de su madre, que yo ya había vuelto. Pero, al parecer, estaba muy liado y no había tenido tiempo, o esa fue la excusa que me puso cuando le mandé un mensaje para decirle que había vuelto y que estaba deseando verle.

—Sí, yo también —contesté forzando una sonrisa.

Seguí por el pasillo, adelante, mirando dónde sentarme.

Cabezas negando. Mochilas puestas a toda prisa en los pupitres vacíos. Frases como «Ya está ocupado, llegará ahora» y miradas de «Ni se te ocurra sentarte a mi lado».

Eso fue lo que me encontré a mi paso. Y lo mejor, el saludo de Andrea antes de sentarme yo sola en la última fila en un pupitre que estaba solo al final de la clase.

—Vaya, Amaia, ni sé cómo te atreves a venir en manga corta. Joder, tápate, eso es asqueroso.

Eneko, que estaba sentado a su lado, no abrió la boca y retiró la mirada hacia un lado. Eso dolió más que las palabras malintencionadas de Andrea.

—Si te molesta, no mires.

—Oye, no te vayas a poner chulita.

—No me pongo de ninguna manera. A ti te da asco verme, pues es fácil; no me mires.

—¿Es contagioso? Si es así, deberías quedarte en tu casa y no ponernos en riesgo a todos.

La pregunta fue por parte de una de las amiguitas de Andrea y Edurne.

—No es contagioso, puedes quedarte tranquila. Aunque yo, que tú, debería preocuparme por otras cosas que sí lo son.

—¿Qué cosas? —preguntó frunciendo el ceño.

—La gilipollez.

Varios se echaron a reír y yo, por no calentar más el ambiente, me contuve para no hacer lo mismo.

—Me parece que los meses en Ea con tu abuela no te han sentado nada bien; vienes con los humos muy subidos.

Andrea estaba enfadada, muy enfadada, al ver que no había conseguido su propósito. Que no era otro más que conseguir quedar como la reina que se creía que era, haciendo lo que mejor se le daba, amilanando a la gente.

—Al contrario, me han sentado de maravilla. Ha sido un verano de aprendizaje y también en el que he abierto los ojos con muchas cosas.

—Buenos días, chicos. Sentaos, por favor. Sé que es el primer día, pero este año es el último antes de la PAU y tendréis que currar mucho ya desde el primer día. Así venga a sacar los libros.

El profesor de matemáticas, con quien tuvimos esa primera clase, fue quien cortó nuestra conversación al entrar, dando caña contra la puerta.

Andrea se giró en su silla para mirarme a la cara mientras el profesor empezó a explicar y me sonrió. Pero fue una sonrisa que no auguraba nada bueno, ya que venía acompañada de una frase que no dijo con su boca, pero sí con sus ojos.

«Te has sentenciado».

Y sí, eso fue precisamente lo que pasó, pero no fue por las palabras que dije aquel primer día en clase para no dejarme pisar. La sentencia en mi persona para separarme de todos, Andrea ya me la había echado hacía mucho. Lo de mi enfermedad fue solo la excusa perfecta para ella para terminar de conseguirlo.

Ese día no solo hubo los cambios en los que Bosco y yo ni fuimos juntos ni nos sentamos juntos; hubo muchos más.

En todas las clases me senté sola. Apenas hablé con nadie. Unos no se acercaron a mí por miedo a que les contagiara mis manchas, otros aleccionados por Andrea simplemente con mirarlos y otros por seguir la corriente a los demás.

En el recreo me vi sentada sola debajo de un árbol haciendo lo que, para mí, era como una terapia, aparte de que era lo que más me gustaba hacer en el mundo y a lo que me quería dedicar, escribir.

Escribir relatos o cuentos infantiles, ese era mi sueño. Y allí, debajo de ese árbol, mientras oía a todos reírse, bromear e incluso burlarse de mí, me juré que, por mucho que me hicieran, por mucho que quisieran destruirme, quitarme la ilusión de ese sueño, eso sí que no les permitiría quitármelo.

Otro cambio más fue que, igual que la ida al instituto, la hice sola; la vuelta también lo fue.

En la misma puerta de casa me encontré con mi madre, que se bajaba del coche, el que traía cargado hasta los topes de compra. Seguramente teníamos la despensa vacía, pensé mientras me acercaba para ayudarla a la vez que resoplaba.

—¿Has vuelto tú sola?

—Sí.

—¿Dónde está Bosco? —preguntó extrañada—. Siempre vienes con él.

—Pues ya no.

—¿Por qué? ¿Estáis enfadados? —preguntó preocupada.

—No, nada de eso. Está con su chica, ama.

—¿Y eso qué? Podéis venir los tres, ¿no? Ella también vive en esta urbanización.

Ahí fue cuando dije la primera mentira de las muchísimas que vinieron después para no preocupar o dejar ver a mis padres, a mi abuela y a Nerea lo mal que estaban las cosas y en la mierda que se había convertido mi vida.

—Ama… no quiero estar de sujetavelas. Y lo estaría en el camino a casa.

Asintió.

—¿Y en el insti qué tal?

—Bien. Ha sido genial volver a ver a todos.

—Y… lo de tu…

Mi madre no se atrevía a preguntar, por si mi respuesta no fuera buena. No sería yo la que permitiera que los míos lo pasaran porque yo lo estuviera pasando así; volví a mentir.

—Todo está bien, ama, nadie me ha dicho nada. Algunos me han mirado curiosos nada más. El resto han actuado con normalidad.

Mi madre sonrió antes de darme un abrazo.

—Me alegro mucho, cielo. Estaba preocupada. Los jóvenes a veces pueden ser un poco…

—Gilipollas, lo sé. Pero no es el caso. Así que quédate tranquila, ¿vale? Todo va bien.

Volvió a asentir y, entre las dos, metimos toda la compra en la casa.

Lo del primer día de instituto fue solo el primer paso del largo camino que me tocó recorrer. Porque durante los siguientes meses las cosas fueron muy parecidas.

Con Bosco y con Eneko fueron los únicos con los que seguí manteniendo contacto. Con el primero, mucho menos del que habíamos tenido siempre, ya que en clase me hablaba lo justo. Aunque fuera así, seguimos manteniendo más el contacto, aunque muy diferente al que habíamos tenido siempre.

Ya no venía a mi casa por las tardes a diario para estudiar juntos; solo lo hacía si ese día no había quedado con su chica o si su hermana, al ver que eso pasaba, no le enredaba con alguna excusa para que no pudiera venir conmigo.

Y, por supuesto, lo de quedar todos juntos los fines de semana, eso se acabó radicalmente.

Yo en casa ponía la excusa de que o no habían quedado, o que tenía que estudiar, o me marchaba a Ea con mi abuela y Nerea, a las que siempre les decía que todo iba bien. Aunque sospechaba que no me creían del todo, lo dejaban pasar al ver mi insistencia en que sí.

Y con Eneko, como no podía resistirme a él, desde que empezó el instituto, también volvió lo nuestro. Siempre a escondidas, claro.

Nos veíamos en la piscina climatizada cuando yo iba a nadar casi al anochecer y él se escapaba para vernos. En los baños del insti, en la urbanización, en las zonas más apartadas, o en mi casa o en la suya, cuando no había nadie. Éramos una pareja en las sombras. Una pareja, sí, porque con él tuve todas mis primeras veces.

Capítulo 11



Los meses fueron pasando y, por fin, el curso estaba a punto de llegar a su fin. Tan solo quedaban quince días para que terminara.

Todos nos habíamos presentado ya a la PAU y la habíamos aprobado sin problemas, aunque mis notas fueron las mejores, con bastante diferencia respecto a las de todos los demás.

No haber salido de casa más que los fines de semana que fui a Ea y las muchas horas que pasé sola, en vez de perder el tiempo o compadecerme, las empleé en estudiar y escribir.

El panorama con los chicos siguió exactamente igual. Y otras cosas también fueron diferentes a las de otros años. ¿Cómo no celebrar mi cumpleaños en marzo con una gran fiesta con todos en el jardín de casa, como siempre habíamos hecho?

Ese año, mi cumpleaños coincidió con las vacaciones de Semana Santa y, una vez más, Andrea se las ingenió para organizar un viaje al que, por supuesto, yo no fui.

En esa ocasión fue un viaje a la nieve. Ahí me costó buscar una excusa para decir que no iba, pero los astros se alinearon echándome una mano porque dos días antes de que se marcharan cogí la gripe y, aunque estuve malísima, me dio la oportunidad de no tener que mentir a mi familia una vez más.

El distanciamiento con Bosco también fue en aumento; que su novia fuera la mejor amiga de Andrea ayudó a que eso pasara.

No fue así con Eneko, con el que seguí viéndome en secreto. Aunque, gracias a que Nerea estuvo por mensajes y llamadas, y junto a mí los fines de semana que fui, y a mi abuela también, esos meses los pasé mucho mejor y no me sentí tan sola.

Cogí aire antes de salir de mi habitación para ir con mis padres a casa de Andrea y Bosco a comer.

No había podido inventarme ninguna excusa para librarme de la comida que sus padres darían por el cumpleaños de los mellizos, así que me tocaría sacar mi vena de actriz y pasar el día lo mejor posible.

—Amaia, es hora de irse. ¿Estás lista, cielo?

—Sí, solo me queda coger el bolso y ya estoy.

Bajé y mis padres ya me estaban esperando.

Nada más llegar, vimos el despliegue que seguramente había sido idea de Andrea y que tenían montado en la casa. La casa parecía decorada como si fuera a haber una recepción real.

Después de las felicitaciones oportunas y los cumplidos de lo guapos y mayores estábamos los cuatro que volaron en todas las direcciones, nos sentamos a comer.

—Bueno, chicos, ¿estáis preparados para empezar la universidad después del verano? —nos preguntó la madre de Eneko.

—Por supuesto. Tengo muchas ganas de empezar. La nueva generación de arquitectos está en camino. Seremos vuestros sucesores.

Las palabras de Bosco hicieron que mi madre frunciera el ceño porque yo no iba a estudiar arquitectura como ellos tres y, si nuestra relación seguía siendo igual de buena como yo les había hecho creer, era rarísimo que dijera eso.

Agaché la cabeza porque no supe qué decir en ese momento.

—No todos tendremos sucesor; Amaia no va a hacer arquitectura —dijo mi padre, que estaba igual de extrañado que mi madre.

Las cabezas de todos se giraron como si estuvieran sincronizadas para mirarme.

—¿No vas a estudiar lo mismo que nosotros? —Me preguntó Bosco.

—No.

—¿Por qué no nos lo has dicho?

Porque apenas hablamos más allá de cuatro frases a diario, quise decirle, pero como sabía que me lo preguntaría en cuanto tuviera ocasión y estuviéramos solos, así que callé.

—Pensé que sí lo había hecho —contesté encogiéndome de hombros.

—Si no vas a hacer arquitectura, ¿qué vas a estudiar, Amaia? Con tus notas puedes elegir la carrera que quieras, incluso la de medicina.

—¿Medicina? No, gracias —contesté al padre de Bosco, haciéndole reír por la cara rara que puse.

—Entonces, ¿cuál?

—Lengua y literatura.

—Es una buena carrera también. Con ella tendrás muchas salidas —dijo la madre de Eneko.

—Sí, eso pensamos nosotros también cuando nos lo dijo. Lo bueno es que la facultad donde se estudia ese grado está al lado de la de arquitectura y podrán ir desde aquí todos juntos en un solo coche.

Las palabras de mi madre casi me hacen echarme a reír a carcajadas allí mismo. ¿Todos juntos? Sí, claro, en eso mismo estaba pensando yo, en ir con ellos y ellos conmigo, claro.

Con la cebra o la vaquita, como me llamaba Andrea a todas horas, ni a la vuelta de la esquina irían, no fuera a ser que alguien les relacionara conmigo y ocurriera una catástrofe mundial por tal acto.

—Claro, será genial seguir todos juntos —dijo Andrea sonriendo.

Tuve que morderme los labios para montar allí una escena. No se podía ser más cínica. Pero claro, delante de los padres de todos hizo lo que siempre hacía. Decir lo que esperaban que dijera la buena niña que todos pensaban que era para quedar de puta madre.

Ya habíamos terminado de comer, así que busqué una de las excusas más usadas para levantarme e ir a respirar a otro sitio, yo sola, por unos minutos.

—Voy al baño un momento.

Me levanté de la mesa y mi madre y la de los chicos se pusieron de pie también para empezar a recogerla.

Entré en el baño que estaba en la planta baja y me agarré al lavabo con las dos manos, cerré los ojos y, mientras hacía respiraciones profundas, fui contando para calmarme.

—¿Estás bien?

Me llevé la mano al pecho y pegué tal bote del susto que, si Bosco no me hubiera agarrado, me habría caído contra la pared.

—Joder, Bosco, casi me matas de un infarto.

—Lo siento, no quería asustarte.

—¿Qué haces aquí?

—Hablar contigo.

Levanté una ceja y le miré con cara de: «¿En serio? No hablamos casi nunca y te cuelas en el baño de tu casa, detrás de mí, para tener una conversación».

—¿Qué quieres, Bosco? No creo que tengamos nada de qué hablar.

—Joder, claro que sí. Te echo de menos, Amaia. Y me jode muchísimo enterarme así de que vas a hacer literatura. ¿Cuándo hemos dejado de ser nosotros?

Se me puso tal nudo en la garganta que tuve que tragar saliva dos veces antes de poder contestarle.

—Yo sigo siendo la misma. Con manchas, pero la misma. Y sigo estando en el mismo sitio.

Agachó la cabeza, avergonzado, porque sabía que mis palabras eran ciertas. Él había sido el que cambió. Él ya no estaba y apenas hablábamos porque así lo había querido.

—Lo siento… perdóname por no estar.

—Yo también lo siento. Pero no te preocupes, no estoy enfadada. Antes del verano ya sabía lo que me esperaba este curso, así que tuve meses para prepararme.

—¿Lo sabías? —me preguntó asombrado.

Solté una risa amarga.

—Lo supe en cuanto os conté lo que me pasaba. Y lo corroboré cuando tu hermana propuso un campamento al que sabía que yo no iría para no exponerse.

—Joder, Amaia…

—Bosco, no importa, ¿vale? Siempre serás mi mejor amigo, aunque estás cerca, pero a la vez lejos. Me alegro muchísimo de que hayas conseguido entrar en Arquitectura como siempre has querido y también me alegro mucho de que las cosas con Edurne te vayan muy bien.

—¡Chicos, es hora de preparar la fiesta!

La voz de su madre desde alguna parte de la casa cortó nuestra conversación.

—Venga, vamos a salir; tenéis que preparar la fiesta de esta noche.

—¿Tenemos? ¿O es que no piensas quedarte?

Le miré unos segundos sin decir nada.

¿A la fiesta? Ni de coña iba a quedarme en una fiesta en la que no era bien recibida y a la que ni siquiera me habían invitado.

Andrea había convencido a sus padres para que les dejaran a ella y a su hermano la casa para celebrar la fiesta de su decimoctavo cumpleaños. Iba a venir, que yo supiera, toda nuestra clase y muchísimos más chicos del instituto. Vamos, que iba a ser la fiesta del año.

Una fiesta en la que yo no pintaba nada.

—Sí, claro. Me quedaré a ayudaros a decorar y preparar todo.

—Y a la fiesta de después también.

—No. Sabes que no es buena idea que tu hermana no me quiera aquí.

—Pero yo sí y también es mi cumpleaños. Invito a quien quiero. Y mi mejor amiga no puede faltar en mi celebración de mi mayoría de edad.

Por un momento en ese baño, parecíamos los mismos Bosco y Amaia de siempre. Parecía que nada hubiera pasado en esos meses.

—Lo pensaré.

—No. Te quedas. Por favor, Amaia… dime que te quedarás. Quiero que hablemos. Quiero que me cuentes tus planes y por qué vas a estudiar literatura. Quiero y necesito a mi amiga.

Joder, ¿quién podría negarse después de cómo me lo estaba pidiendo y la cara de pena que me estaba poniendo?, porque yo no pude hacerlo. Pese a todo, era mi mejor amigo y le seguía queriendo, aunque hubiera sido un capullo de marca mayor.

Asentí sonriendo.

No hubo más palabras, solo un abrazo entre nosotros. Un abrazo que ni sabía cuánto necesitaba hasta que me lo dio.

El resto de la tarde, mientras decorábamos, no puedo decir que fuera como en otros tiempos porque estaría mintiendo, pero sí que se parecía un poco.

Entre nuestros padres, todo fue bromas y risas, como siempre había sido, y entre Bosco y yo también las hubo, además de una conversación extensa en la que le conté mis planes de estudiar literatura porque me gustaría acabar escribiendo libros, y él me habló de Edurne, con la que las cosas no parecían tan ideales como parecían.

Me quedé en la fiesta. Y maldita la hora en la que tomé esa decisión.

No podría decir que fue divertida. Solo hablé con Bosco y con algunos compañeros de vez en cuando mientras bebíamos. Yo nunca había hecho eso, pero ellos parecían estar más que acostumbrados al ritmo que tuvieron durante toda la noche.

Yo, a la tercera copa que me tomé por insistencia de Bosco, empecé a encontrarme fatal y al final acabé tumbada en la cama de la habitación de invitados donde me había quedado cientos de veces.

Allí amanecí en ropa interior; ni recordaba cómo me quité mi ropa para poder meterme en la cama y dormir toda la noche. Pagué bien caro las copas que me había tomado; eso me lo recordó el dolor de cabeza que tuve al día siguiente.

Pero lo que no supe esa mañana cuando me levanté en aquella cama es que quedarme en aquella fiesta haría que mi vida, tal cual la conocía, diera un cambio radical.

Capítulo 12



Una semana después del cumpleaños de los mellizos, en el instituto prepararon, como cada año, una fiesta de graduación para los alumnos de segundo que terminaban esa etapa.

A la fiesta acudirían todos los alumnos y los padres de los graduados y, después del discurso que, como no podía ser de otra manera, daría Andrea, habría en el gimnasio una postfiesta en la que servirían un aperitivo para todos.

—Estás preciosa, cariño. Estoy muy orgullosa de ti, eres la que mejores notas ha tenido de todos los alumnos. Tenías que haber sido tú la que diera el discurso —dijo mi madre, emocionada, susurrándome mientras Andrea hablaba.

—Sabes que lo de hablar en público no es lo mío, ama.

—Bueno, pero si se le hubieras escrito tú, seguro que habría estado mejor.

En eso no podía quitarle la razón, porque lo que Andrea estaba hablando en el discurso de graduación tenía poco, ya que lo que más hizo fue hablar de ella misma.

Al acabar, nuestros padres nos reunieron a todos para darnos la enhorabuena.

—Ahora que estamos todos juntos, Eneko y yo queremos contaros algo.

Cuando Andrea dijo eso, fruncí el ceño porque no me gustó el tono con que lo dijo. Busqué la mirada de Eneko, pero en cuanto nuestros ojos se encontraron, me la retiró y ahí me temí que lo que pasaría a continuación sería algo muy malo.

—¿Qué queréis decirnos, hija?

—Que estamos juntos. Somos pareja oficialmente —dijo mientras le agarraba la cara y le plantaba un beso en los labios.

—Cuánto me alegro, cariño. Estaba claro desde siempre que estabais destinados —le dijo su madre, dándole primero un abrazo a ella y después a Eneko.

Apreté los puños tanto que me clavé las uñas en la carne y me contuve todo lo que pude para no derrumbarme allí mismo.

¿Cómo había sido capaz de engañarme así? ¿Cómo era posible que estuvieran juntos, si nosotros también lo estábamos? O eso creía yo.

—¿Y desde cuándo estás con mi hermana, tío? Porque yo esto no me lo he visto venir.

Andre no le dejó contestar; fue ella misma la que nos puso al tanto de todo.

—Tonteando llevamos desde el verano, ya me entiendes. Pero siendo pareja oficial desde nuestro cumpleaños.

¿Cómo se podía ser tan cabrón y llevar desde el verano tonteando con ella y, por lo que había dicho, acostándose también a la vez que lo hacía conmigo? Lo suyo no tenía nombre.

—Enhorabuena, sois tal para cual —dije con sorna.

—Por favor, pueden ir pasando al gimnasio —dijo el director, haciendo que la conversación se cortara ahí.

Todos nos movimos para seguir a la multitud y, en un momento dado, entre tanta gente, noté que alguien me agarraba del brazo.

Al girarme, vi que era Eneko.

—Esta noche te espero en la piscina; tenemos que hablar.

Solté una risita amarga.

—¿En la piscina? ¿Para qué? ¿Para follarme antes o después de que a tu novia y celebrar la graduación?

—Joder, Amaia, las cosas no han sido así. No han pasado como ella ha dicho; me gustaría explicarte…

Ni le dejé terminar.

—Mira, te puedes meter por el culo tu explicación. Esto —dije señalándonos a los dos— ha sido una mierda desde el principio; solo me querías para lo que me querías mientras no tenías a otra con la que revolcarte.

—Joder, que no. No pienses eso, por favor. Yo te quie…

—Ni se te ocurra acabar esa frase, porque sería la mayor mentira que nadie haya dicho nunca.

—Amaia…

—Desde luego que os merecéis el uno al otro. Hacéis una pareja maravillosa. Te deseo toda la suerte del mundo. Porque déjame decirte una cosa, la vas a necesitar.

Frunció el ceño.

—¿Por qué me dices eso?

Reí con amargura.

—Porque Andrea no es capaz de querer a nadie. Solo se quiere a sí misma. Pero ya te darás cuenta.

—Amaia, yo…

—Tú, nada. Maldita la hora en la que me enamoré de ti y maldita la hora en la que consentí que me mantuvieras escondida como si fuera un sucio secreto.

Me miró con los ojos como platos.

—No te sorprendas tanto, sabes de sobra lo que sentía por ti. Pero tranquilo, no te culpo. La única culpable de irme a mi casa con el corazón roto soy yo. Nunca debí permitir esto, así que me lo tengo bien merecido por ser una idiota.

—Joder, no digas eso, no eres idiota ni mucho menos un sucio secreto.

—Por supuesto que lo soy. Al menos se sinceró por una vez. O mejor no digas nada más. No quiero seguir hablando de esto ni de nada contigo nunca más. Que te vaya bonito, Eneko.

Me di la vuelta y caminé entre la gente en busca de mis padres. Y allí llegué con la cabeza alta, sin derrumbarme. Ya lo haría más tarde. Pero allí no. No le daría a Andrea la satisfacción de verme caer.

Cinco minutos después, el director se dirigió a los alumnos para felicitarnos y desearnos todo lo mejor en nuestra siguiente etapa.

—Y ahora veremos un video de todos los alumnos que algunos han preparado a lo largo de toda su etapa en nuestro instituto durante estos años.

El video no fue nada del otro mundo. Fotos y algún video de todos nosotros.

Lo impactante fue la última imagen que salió, con la que la gente, en un principio, se quedó en completo silencio. Pero unos segundos después empezaron a oírse las risas de la mayoría de mis compañeros.

De los profesores y de los padres no hubo ninguna.

La última imagen era la mía en la cama de la habitación de invitados de la casa de Bosco y Andrea, en ropa interior, completamente dormida.

Pero lo peor no era la imagen, sino las palabras que la acompañaban. «La vaquita ronca como una cerda».

Miré a mi alrededor. Andrea se reía a carcajadas. Edurne la acompañaba y decenas de compañeros lo hacían también. Fue el peor momento de mi vida.

Pero lo peor y lo que más me dolió de todo fue que Bosco, mi amigo, mi hermano del alma, también se había unido a esas risas. La traición de Eneko me partió el corazón, pero la de Bosco me partió el alma.

Quise desaparecer, deseé con todas mis fuerzas estar en cualquier otro lugar que no fuera ese, viviendo el momento más humillante de mi vida en el que todos mis compañeros, sus padres y hermanos y los que habían sido mis profesores me estaban viendo casi desnuda y con todas mis manchas al descubierto.

Esas manchas que, al completo, solo me había visto yo.

—Amaia, hija, respira.

La voz de mi madre me llegó distorsionada; aun así, supe que estaba llorando.

Mi corazón empezó a latir rápido, muy rápido, y mi respiración se aceleró tanto que el aire no me llegaba a los pulmones. Después de eso no recuerdo nada más, solo un grito de mi padre y la más completa oscuridad.

Me desperté en una habitación que reconocí como la de un hospital una hora después. Seguía llevando el mismo vestido puesto, el mismo recogido en el pelo, aunque algo despeinado.

Mis padres estaban allí a mi lado. Eran los mismos de siempre, aunque sus miradas estaban llenas de preocupación, consternación y también algo de enfado. La que no era la misma era yo y nunca más lo sería.

—Amaia, hija, menos mal que al fin despiertas, nos has dado un susto de muerte —dijo mi madre mientras me abrazaba fuerte contra su pecho.

Antes de que ninguno dijéramos nada más, entró una enfermera a tomarme las constantes y, a continuación, un médico que nos explicó que había tenido un ataque de ansiedad tan grande que había acabado desmayándome.

El médico, que era joven, mucho y muy guapo, que todo hay que decirlo, se sentó a mi lado en la cama para hablarme directamente.

—Voy a darte el alta. Pero si notas que vuelves a sentirte mal, debes volver a venir de inmediato. Puede que, si estás pasando por un mal momento y esto no ha sido algo puntual, haya que derivarte a psiquiatría.

—No se repetirá. No dejaré que se repita.

—No es algo que tú puedas controlar. Si hay un motivo, puede repetirse en cualquier momento.

—Lo hay, pero ya no lo habrá más.

—Está bien. Pero, por favor, hazme caso; si te notas mal, vuelve. Y si esto ha tenido algo que ver —dijo tocando una de las manchas de mi mano con sus dedos—, debes saber que no es un problema.

Retiré la mirada; no quería que viera la verdad en mis ojos.

Ese fue mi error. Fue justo lo que le hizo darse cuenta de la razón por la que me había dado el ataque. Al menos, mi enfermedad había sido parte de la causa para que hicieran lo que me habían hecho.

Humillarme, hundirme, ridiculizarme y exponer mi cuerpo al mundo para que se rían cruelmente de mí.

Se quedó callado unos segundos y, al ver que no decía nada, volví a mirarle a los ojos. Ahí me sonrió como si estuviera esperando que hiciera precisamente eso, prestarle toda mi atención.

—Quiero que recuerdes algo.

—¿El qué?

—Hay personas que solo verán las manchas.

Tragué saliva y contuve las lágrimas que se me empezaron a formar en los ojos.

—Sí.

—Pero también hay personas que ni siquiera las verán, porque solo te mirarán a ti —dijo echando una mirada de reojo a mis padres para que le entendiera mejor.

Asentí porque no sabía qué contestarle.

—Procura quedarte con las segundas; son las que realmente merecen la pena.

Dos lágrimas me cayeron por las mejillas.

—Gracias… —Susurré.

—No me las des, solo sigue adelante.

—Lo haré.

Se fue a levantar de la cama, pero antes y sin que nadie le oyera, solo yo, me susurró.

—Yo no las he visto en ningún momento. Solo he visto a una chica rota con los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Contuve la respiración hasta que salió de la habitación, seguido por la enfermera.

Mis padres me ayudaron a levantarme de la cama y nos marchamos del hospital en silencio. Silencio que duró hasta que llegamos a casa.

Y pensé que me dejarían descansar y no me preguntarían nada, al menos de momento, pero no hubo suerte. Mi madre me llevó de la mano hasta la cocina y me hizo sentarme en un taburete.

Preparó tres infusiones y cuando puso las tres tazas en la isla de la cocina, entonces fue cuando rompió el silencio.

—Habla.

—No tengo nada que decir; habéis visto lo mismo que yo.

—Amaia, hoy se terminan las mentiras. No vas a decirnos ni una más.

—Yo no…

—Tú sí. En ese gimnasio me he dado cuenta de muchas cosas. Más de la que me gustaría. Pero lo principal es que llevas meses mintiendo, diciéndonos a todos que las cosas iban bien y está claro que no es así.

No puede más; ver cómo mis padres estaban sufriendo hizo que me acabara de romper del todo. Y le conté algunas cosas, solo las más obvias para haber terminado así.

Lo que había pasado con Eneko me lo guardé. Pero si les conté que ese curso lo había pasado muy mal por el vacío que hasta mis amigos, incluido Bosco, me habían hecho.

Les hablé de las risas, de los comentarios, de cómo para protegerme yo me había aislado cada día más y les pedí perdón por haberles mentido, pero les expliqué que lo hice para no preocuparles.

Dijeron muy enfadados que hablarían con los padres de los mellizos y de Eneko y que intentarían descubrir quién había hecho la maldita foto.

Les rogué que no lo hicieran, que no quería sentirme peor porque ellos perdieran su amistad, esa de tantos años con sus amigos. Como también les pedí que dejaran estar lo de la foto, que solo quería olvidarlo.

De todas maneras, a mí no me hacía falta ni investigar, ni preguntar siquiera quién lo había podido hacer; lo sabía de sobra. Había sido Andrea.

—Si quieres, podemos buscar otra universidad. No creo que allí, viendo a la mayoría de los chicos, te sientas bien.

—No.

—¿No? ¿Entonces vas a ir allí a estudiar literatura?

—Sí que voy a estudiar literatura, pero no en la facultad.

—No entiendo —dijo mi padre.

No era una idea que se me acabara de ocurrir. Era algo que me había rondado la cabeza muchas veces, pero no me había atrevido a dar el paso, porque si lo hacía, tendría que dar muchas explicaciones de por qué lo hacía.

Pero como ya había dado las explicaciones, solo me quedaba dar el paso.

—Estudiaré en Ea.

—¿En Ea? Allí no hay facultad.

—Lo sé, aita, lo haré a distancia.

Los dos me miraron guardando silencio unos segundos.

—Esto ya lo tenías pensado, ¿verdad?

Asentí. Se miraron. Me miraron. Y volvieron a mirarse.

—Si es lo que quieres y lo que necesitas, nosotros te apoyaremos en todo —dijo mi padre cogiéndome de la mano.

—Ese siempre ha sido tu lugar preferido en el mundo —añadió mi madre emocionada.

—Y siempre lo será, ama.

—Pues ya está todo dicho.

—Nosotros podemos…

—No —dije cortando a mi padre porque adiviné lo que iba a decir y eso sí que no lo iba a permitir.

—Vuestra vida está aquí. Hablaremos todos los días. Nos veremos todo lo posible cuando podáis ir —dije dejando claro que no iba a volver—, pero allí me voy yo a seguir con mi vida; vosotros tenéis que seguir con la vuestra.

—El hombre que tenga la gran suerte de compartir tu vida ni se imagina lo maravillosa que es la persona que se lleva.

—Pues espero tener suerte yo también, y que el que me toque en gracia también lo sea.

Los tres nos echamos a reír y a llorar a la vez que nos fundíamos en un abrazo, que no fue de despedida, sino de comienzo. Y allí, en esa cocina, fue donde tomé la decisión que cambiaría mi vida, sin saber en ese momento que el pasado siempre vuelve. Pero hay veces que lo hace para mal y otras para bien.

Capítulo 13



Cinco años después…

Con una taza humeante de café en la mano, salí al jardín como cada mañana desde hacía cinco años para ver el amanecer.

Era algo que se había convertido en una rutina en mi vida y que pocas veces había dejado de hacerlo.

Me encantaba esa sensación de paz y de silencio que se respiraba a esas horas. Ver cómo el sol asomaba mientras solo se oía de fondo el canto de algún pájaro, o, algunas veces, ni siquiera eso.

Me tumbé en una de las hamacas que estaban en el jardín y me quedé mirando el cielo mientras bebía pequeños sorbos de café.

Unos pasitos cortos me hicieron sonreír. Como si supieran que ese era mi momento de cargar las pilas para enfrentar un nuevo día, Lucky y Flos, mis dos perros, se acostaron uno al lado del otro a los pies de la hamaca.

Sonreí al recordar cómo dos años atrás la loca de Nerea me convenció para ir a casa de uno de nuestros amigos para ver a los cachorritos que su perra había tenido.

De sobra sabía ella que no solo íbamos allí a ver a los perritos, sino también para engañarme, o más bien, yo me dejé engañar, para quedarme con uno de ellos.

Pero cuando los vi, fue un flechazo: no solo por uno, sino por los dos que quedaban y a los que el chico quería encontrarles un hogar dentro de la camada de cuatro.

No pude decir que no, no me pude resistir a esa mirada tierna y llena de vida que tenían los que en ese momento eran dos cachorritos de dos meses y, sin dudar, dije que me quedaba con ellos.

Y había sido, sin duda, una de las mejores decisiones que había tomado. Sobre todo porque en ese momento estaba atravesando uno de los peores momentos de mi vida.

Dos meses antes de que Flos y Lucky llegaran a mi vida, la persona más importante para mí se había marchado, dejándome desolada y con un vacío en mi interior que no creía posible volver a llenar.

Gadea, mi amona, mi ejemplo a seguir, mi ancla, mi amiga y la mujer que estuvo para mí desde mi nacimiento y en el peor momento de mi vida hasta ese momento, me dejó un día de invierno.

Lo hizo sin hacer ruido, lo hizo feliz, lo hizo en su cama, en la que se acostó esa noche después de darme un beso de buenas noches, y ya no se levantó al día siguiente. Murió mientras dormía.

Los médicos dijeron que no sufrió, que su corazón se detuvo mientras dormía y que se había ido en paz.

Aun dos años después de su marcha, la seguía echando de menos cada día. Pero ya no dolía recordarla. Ahora la recordaba con cariño y sonreía al evocar las muchas cosas que habíamos vivido juntas desde que decidí irme a vivir con ella tras aquel golpe tan fuerte en el instituto.

Después de aquella conversación con mis padres, aquel día que prefería no recordar, solo tardé dos días en hacer las maletas y venirme no solo de visita, sino a vivir definitivamente con mi abuela.

La risa se me sale sola cuando entramos por la puerta aquel día, y mis padres le contaron lo que había pasado, porque yo ni quería ni podía hablar de ello.

Nunca en la vida había visto a mi abuela tan enfadada; por su boca no solo salieron sapos y culebras, sino un zoo entero, vistiendo de limpio a todos mis compañeros, pero sobre todo a mis amigos.

Mis padres también le contaron a ella mis planes de estudiar a distancia y ella estuvo totalmente de acuerdo.

Dijo que ese siempre había sido mi sitio de paz y que estar allí me ayudaría a dejar todo lo feo atrás y que me ayudaría a sanar.

Sané. Sí que lo hice. Y no solo con su ayuda, sino con la de mis padres, que estuvieron pendientes en todo momento, y también con la de Nerea, que después de echarme la bronca del siglo por mentirla, me agarró la mano y me dijo: «Yo te ayudaré a seguir y, si hace falta, te arrastraré hasta que lo consigas».

El primer año fue duro, muy duro. Las pesadillas con aquella dichosa foto y las risas, sobre todo las de mis amigos, me despertaban por las noches, entre chillidos y sollozos.

Las crisis de ansiedad se repitieron durante meses, aunque ninguna fue tan fuerte como la primera, ya que no llegué a desmayarme.

Pero lo peor, sin duda, fue lo muchísimo que les costó ayudarme a aceptarme a mí misma y a mis manchas otra vez. La ropa oscura y de manga larga volvió a mi vida y me acompañó durante ese primer año de noche y de día.

Eso fue hasta que mi abuela y Nerea se hartaron de verme en ese estado, según dijeron, por el daño que me habían hecho cuatro cabrones sin corazón, y me forzaron a dejar esa ropa de manera radical.

Solté una risita, lo que hizo que Flos y Lucky levantaran las orejas al oírme, al recordar la manera en que lo hicieron.

Una mañana, cuando me levanté, mi abuela me hizo salir al jardín. Allí estaba Nerea, con toda mi ropa de funeral, como mi abuela la llamaba, amontonada, formando una pirámide.

—Hoy se acaba esto. Así que o te pones la otra ropa que tienes o sales desnuda a la calle; tú eliges.

Eso fue lo que me dijo mi abuela mientras Nerea tiraba una cerilla sobre la ropa que luego supe que estaba impregnada de gasolina para quemarla por completo.

—¿De qué te ríes?

La voz de Nerea, a la que no había oído llegar, me hizo girar la cabeza para ver que estaba sentándose en la hamaca que estaba junto a la mía, también con un café en la mano.

—Del día en el que tú y mi abuela me quemasteis toda la ropa justo ahí mismo —contesté señalando el lugar.

Nerea soltó una carcajada.

—Eso fue la hostia, tu cara fue un poema. Pero funcionó, y eso es lo importante. Porque dejaste el maldito luto, como decía la amona.

Nerea había terminado queriendo a mi abuela casi tanto como yo y, casi desde que me vine a vivir a su casa, pasaba más horas con nosotras que en la suya, así que terminó llamándola amona también.

Pero que estuviera sentada a mi lado en esos momentos no era una de esas tantas veces en que venía de visita.

La razón por la que estaba allí era que vivía en la casa de mi abuela, ahora la mía, casi desde que ella murió.

No fue algo que decidiéramos ni que yo le pidiera ni que ella sugiriera; simplemente pasó. Un día, viéndome muy mal y llorando por la pérdida de nuestra amona, se quedó a pasar la noche conmigo, y eso pasó muchas veces más en los meses siguientes.

Hasta que un día le dije: «Quédate», y ella me contestó: «Me quedo». Y así fue como, sin planearlo, simplemente por las circunstancias ya llevábamos dos años viviendo juntas.

Ella que vivía en la casa en la que siempre vivió con su madre que era de alquiler porque la mujer nunca tuvo la opción de comprarla por falta de recursos. Así no tuvo problemas en coger sus cosas traerlas a mi casa y dejar el alquiler que ella con esfuerzo seguía pagando además del de el local de la cafetería que pequeño no era.

El primer mes que se quedó definitivamente conmigo, quiso pagarme dinero por vivir en casa, pero la mandé a paseo y le dije que, si volvía a sugerirme algo así, le tiraría todas sus cosas a la piscina y ella iría detrás.

La cafetería iba bien, pero tampoco era que ganara un gran sueldo: lo justo para vivir y darse ciertos caprichos de vez en cuando. Así que no tener que pagar el alquiler de la casa la dejaba respirar económicamente mucho más.

—La sigo echando de menos —dije con un nudo en la garganta.

—Yo también. Y es que Gadea era mucha Gadea y dejaba huella allá donde iba y en toda la gente.

—Era de armas tomar.

Las dos nos miramos y nos echamos a reír porque mis palabras no podían ser más ciertas: mi abuela era única en su especie.

—Cada día doy gracias porque se cruzará en mi vida y también porque llevará a su nieta a mi cafetería.

—Yo también se las doy por llevarme.

Suspiramos las dos a la vez antes de dar el último trago al café que nos quedaba.

—¿Has terminado el libro?

—Sí. Lo terminé anoche. Luego se lo mandaré a la editorial.

—Estoy deseando verlo impreso y poder poner otro de la colección de la Ratita Azul en la cafetería.

—Pues tardará aún alguna semana, ya sabes cómo va el proceso.

—Lo sé, pero aun así estoy ansiosa

No dije nada, pero yo también estaba ansiosa. Como cada vez que llegaba el momento de sacar un libro nuevo.

Con los que ya tenía publicados, era algo que la gente podría pensar que te habías acostumbrado. Pues no, cada nuevo libro te genera incertidumbre y muchos nervios internos cuando sale a la luz.

Piensas todo el tiempo en si gustará, en si los niños disfrutarán leyendo lo que has escrito y en si tendrá buena acogida, y te dará la seguridad de poder seguir dedicándote a ello.

La publicación de mi primer libro solo un año después de llegar a Ea y con solo diecinueve años y teniendo solo el primer año de carrera terminado fue una locura.

Esos primeros meses, en los que, prácticamente por lo que me había pasado, estuve recluida en la casa sin salir más que porque Nerea o mi abuela me obligaban, escribí el primero.

Lo mandé a una editorial infantil sin expectativas de nada solo por probar me dije.

Pues me sorprendí y mucho cuando un mes después me llamaron para decirme que le había parecido buenísimo y que me lo iban a publicar.

Después de ese vinieron más, hasta llegar a un total de veinte que era justo el que mandaría ese día. Todos ellos bajo seudónimo. Uno que me costó elegir pero que con la ayuda de mi abuela pienso que fue un total acierto porque a la gente y a los niños les encantaba.

Ratita Azul. Ese fue el elegido. Ratita porque era la manera en la que me llamaba mi abuela en la intimidad y Azul porque ella me recordó cómo me gustaba de pequeña que me pusiera en el pelo lazos de ese color.

Así que además de sentirme muy orgullosa del nombre porque había tenido desde el principio muy buena acogida, lo hacía porque en cada publicación mi abuela también estaba presente.

—Hora de empezar el día chicos —dijo Nerea levantándose de la hamaca.

—Sí, hora de ponernos en marcha.

Las dos subimos a las habitaciones para cambiarnos. Nerea para irse a abrir la cafetería como cada día y yo para ir a la playa a correr como hacía por las mañanas varios días a la semana.

Nos despedimos en la puerta con un beso y cada una tiró para un lado.

Capítulo 14



El camino hasta la playa lo hicimos andando. Lucky y Flos disfrutaban de esas salidas por la playa casi tanto como yo. Eso de correr por la arena y al terminar darse un chapuzón le encantaba.

Escribir era mi pasión, pero correr por la playa de Ea era mi forma de sentirme libre y en paz.

—Anda que os habéis rebozado bien. En cuanto lleguemos a casa os toca manguerazo en el jardín para quitaros toda esa arena.

Me eché a reír cuando los dos ladraron a la vez como sí me estuvieran dando la razón.

Al llegar a la calle en la que vivíamos como cada vez que pasaba por delante de esa casa que llevaba años cerrada no pude evitar quedarme unos segundos parada mirándola,

Todos los recuerdos que tenía dentro de ella eran buenos, no podía decir lo contrario de ahí que no pudiera evitar mirarla con nostalgia.

Era la casa de los abuelos de Bosco y Andrea donde tantos veranos vinieron a quedarse y donde Eneko los acompañaba. Llevaba cerrada siete años.

Siete años desde aquel último verano que pasamos en Ea todos juntos. El siguiente fue el que se fueron a Ibiza y no vinieron y tampoco habían vuelto ninguno más, ni sus padres tampoco.

Sabía por mis padres algunas cosas que les pasaron el año que me marché y algunas de los años posteriores, pero pocas la verdad.

Ni siquiera vinieron al entierro de mi abuela ya que les pilló a todos en un viaje que hicieron juntos. Y eso dolió porque mi amona había sido una parte muy importante de sus vidas.

Sabia por mis padres que Bosco a los pocos meses de empezar la universidad el primer año lo había dejado con Edurne, ella le engaño con un compañero y lo pasó muy mal.

Pese a todo estuve a punto de llamarle muchas veces, pero al final no lo hice, solo con cerrar los ojos y ver su risa aquel día en el gimnasio seguía doliendo.

Yo no pregunté nunca estos años por ellos, pero mis padres dejaban caer algún comentario de algo importante que había pasado a lo que yo ni comentaba ni preguntaba más al respecto. Y ellos con el paso del tiempo dejaron de hacerlo así que no sabía nada de sus vidas desde hacía tiempo.

De Eneko y Andrea sí sabía porque eso no pudieron callárselo al ser un bombazo que nueve meses después de marcharme de Bilbao fueron padres con tan solo diecinueve años. Andrea o estaba embarazada ya aquel día cuando pasó lo de la foto o se quedó poco después.

Lo único que sabía de esa historia es que siguieron juntos y aun lo estaban y tuvieron un niño al que llamaron Aitor.

Ya no dolía pensar en Eneko. Me costó superarle, me costó asumir lo que yo había sido para él. Pero con la ayuda de Nerea y las muchas conversaciones que tuvimos sobre el tema lo conseguí.

El enamoramiento que tuve por él se fue apagando poco a poco al saber que yo para él nunca fui nada, solo una chica que tenía a mano y con la que se acostaba a escondidas para quitarse las ganas.

Sacudí la cabeza y seguí caminado hasta mi casa que era justamente la que estaba al lado.

Lo primero que hice nada más entrar fue ir al jardín directamente para dar como había dicho un manguerazo a Flos y Lucky para quitarles toda la tierra que tenían pegada en el pelo.

Mis niños, como yo les decía, eran preciosos y totalmente imprescindibles en mi vida. Ellos juntos a Nerea fueron los que me ayudaron a aceptar la perdida de mi abuela.

Muchas veces al verme triste se tumbaban en mis piernas y simplemente se quedaban ahí dando el cariño y el consuelo que parecían percibir que necesitaba.

Eran una mezcla entre border collie por parte de madre y de pastor australiano por parte de su padre.

—Ya estáis listos, ahora quedaros aquí en lo que me ducho y me cambió de ropa para secaros y luego nos vamos a ver a Nerea.

Los dos ladraron haciéndome reír.

Subí a mi cuarto a darme una ducha rápida y a vestirme con ropa cómoda para mi siguiente parada del día, el café de media mañana en la cafetería de Nerea. Ese no le perdonaba así estuviera diluviando.

Allí había días que me llevaba el portátil y en la mesa más apartada con un café y alguno de los dulces que Nerea me ponía en la mesa me ponía a escribir.

Me encantaba estar allí con ella. Era el paraíso como le dije a mi abuela el primer día que me llevó allí.

Entre café, libros, unas vistas preciosas a la plaza del pueblo con el mar de fondo y el ir y venir de todas las personas que se pasaban por allí a tomarse algo y leer un rato, me solía venir la inspiración con mayor facilidad.

Cogí una chaqueta fina ya que todavía no hacía para ir solo con una camiseta, la mochila con el portátil, el móvil, las llaves y las correas de mis niños.

—Niños, nos vamos.

Solo con decir eso los dos entraron como locos desde el jardín y se pusieron a dar vueltas a mi alrededor sabiendo donde íbamos. Eran dos listos de cuidado.

Bien que les gustaba ir a la cafetería conmigo a diario. Pero no solo lo hacían por salir de casa sino porque Nerea les tenía muy consentidos y les había montado en la cafetería un rinconcito para ellos.

Allí les puso una cama que ni la de un rey por lo cómoda que era, juguetes con los que se pasaban las horas mordiendo y jugando, un cuenco de comida, otro de agua y lo que a ellos más les gustaba el premio nada más entrar que no era otro que una golosina para cada uno.

Les puse la correa antes de salir y nos pusimos en marcha.

Nada más abrir la puerta de la cafetería allí estaba Nerea con las golosinas de la mano esperándonos.

—¿Me tienes controlada la hora?

—Sí, para qué mentir. Además, que os veo llegar por el ventanal —me contestó riendo.

—Anda ponme un café. Voy a mandar el libro que aún no lo he hecho.

Me senté en mi mesa de siempre, esa en la que ya nadie se sentaba nunca porque sabían que era mi lugar y saqué el portátil.

Nadie a excepción de mis padres y Nerea sabían a qué me dedicaba y que era la Ratita Azul. Los que me habían visto a diario allí durante esos años me habían visto estudiar la carrera de literatura y seguramente seguían pensando al verme con un cuaderno y el portátil que al acabar había empezado un master o que hacía algo relacionado con libros, pero no el qué.

Y prefería que así siguiera siendo.

—Amaia ¿una magdalena?

—Eso ni se pregunta.

Soltó una carcajada.

—Eres una golosa.

—La culpa es tuya, no las hagas tan buenas.

—Entonces la culpa solo es mía a medias, la otra mitad es de tu abuela que fue la que me enseñó a hacerlas.

—Y te enseño muy bien, por cierto, porque te quedan casi igual.

—¿Casi?

Me encogí de hombros riéndome.

—Cabrona…

Entre en los archivos del libro y se los mande a la editorial, también les mande el otro archivo en el que iban el diseño de la portada y los dibujos que quería que fueran en cada página.

En otros libros infantiles los autores no solían mandar esas cosas solo el escrito, pero a mí me gustaba hacerlo a mí además de que se me daba bien.

—¿Ya lo has mandado?

—Sí, ya lo mandé todo. ¿Te tomas un café conmigo? —Pregunté al ver que traía dos tazas en la mano.

—Sí, ahora esta esto tranquilo y todos están atendidos así que me tomaré un descanso.

—Perfecto. Porque quiero enseñarte como ha quedado el diseño de la portada.

Pinche en el archivo y giré el ordenador para que lo viera.

—Joder Amaia esta genial. Cada vez te quedan más bonitas las portadas. Con este lo vas a petar.

—Yo con que guste y con sacar algo de dinero para vivir me conformo.

—Pues eso ya lo tienes. Porque ganar ganas bien y gustar no gusta, sino que encanta. Así que ya lo tienes conseguido.

Asentí sonriendo. Iba a decirme algo más pero su móvil en que había dejado a un lado de la mesa sonó y lo miró frunciendo el ceño.

—Como sea Sergio lo estampo contra la pared te lo juro —dijo poniendo los ojos en blanco.

Sergio era un chico con el que había estado saliendo casi un año y hacía unos tres meses que lo habían dejado porque el muy imbécil se había liado con su secretaria.

Él vivía en Bilbao y se habían conocido en una de las muchas visitas que Nerea había ido a hacer a su hermano.

Habían conectado muy bien desde el principio y aunque las cosas no eran muy serías entre ellos ya que la distancia lo hacía más difícil lo que sí que habían acordado era exclusividad.

Nerea lo cumplió, Sergio no. Y eso había hecho que le mandara a la mierda el mismo momento en el que fue un día que él no la esperaba a darle una sorpresa a la oficina en la que trabajaba y la sorpresa se la llevó ella al pillarle con los pantalones bajados y a su secretaría arrodillada.

—No se cansa —dije resoplando.

—No, hija. No sé qué parte de vete a la mierda no entiende.

El pesado porque no se le podía calificar de otra manera llevaba escribiéndola desde que lo dejaron pidiéndola perdón y prometiéndola que no volvería a pasar otra vez lo mismo.

Pero las dos sabíamos que eso era mentira porque Nerea había estado mirando las redes de la secretaría y la muy boba tenía colgadas varias fotos con él en actitud muy cariñosa.

Vamos que era un listo que quería tenerlas a las dos. Pues con Nerea iba listo, porque tenía muy claro que ni loca volvería con él.

—Bloquéale.

—Pues mira sí, eso voy a hacer. Porque estoy harta de sus mensajitos.

Cogió el móvil. Desbloqueó la pantalla y empezó a leer. Sus ojos se abrieron como platos y su boca se abrió tanto que pude verla hasta las muelas.

—¿Qué pasa? ¿Qué te dice?

—No es él…

—¿No?

—No.

—¿Entonces quién es y qué te dice para que estés flipando de esa manera?

No me contestó. No pudo por lo en shock que estaba. Me pasó el móvil para que yo misma lo leyera.

Mikel: *Nerea no puedo más. No puedo seguir aquí. Necesitaba un cambio. En quince días seré el nuevo médico de familia de Ea. Vuelvo a casa.*

—La hostia…

—La rehostia es esto Amaia. Mi hermano vuelve a Ea después de casi seis años sin pisar el pueblo.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas por la emoción.

Muchas fueron las veces durante los últimos años en los que Nerea me había dicho lo mucho que echaba de menos a su hermano. Y lo que le gustaría poder verse más a menudo.

En todo el tiempo que yo llevaba allí viviendo no había venido ni una sola vez.

Entre sus turnos en el hospital que trabajaba, la novia toxica que tenía que por lo que sabía por Nerea lo habían dejado hacía unos meses y que era ella la que siempre iba a verle no le conocía, pero al parecer eso iba a cambiar pronto.

—Me alegro mucho cariño —dije dándole un abrazo.

Justo en ese momento le entró otro mensaje y ella cogió el móvil corriendo de nuevo.

—¿Qué dice?

—Que me llama esta noche y hablamos.

Asentí contenta al ver lo emocionaba que estaba. Y así estuvo el resto de la mañana mientras atendía a unos y a otros.

Capítulo 15



Había pasado una semana desde que Nerea recibió la noticia de que su hermano volvía al pueblo.

Cuando hablaron aquel día por la noche no la contó mucho de porque ese cambió tan radical en su vida, pero las dos dimos por hecho que la ruptura con su novia con la que llevaba muchos años tenía mucho que ver.

Le dijo que llegaría una semana después, aunque a trabajar no se incorporaría hasta otra más tarde porque tenía papeles que arreglar y quería estar instalado con tiempo.

Le pidió el favor de que le buscara un sitio donde vivir, una casa en alquiler que no fuera demasiado cara.

Nerea se había vuelto loca buscando, bueno en realidad las dos porque yo la ayudé. Pero no habíamos encontrado nada que estuviera bien. Todo era o demasiado caro o las casas estaban que daban pena.

Mientras me tomaba el café como cada mañana recordé la conversación de dos días antes.

—Amaia ya no sé ni donde buscar, creo que me he recorrido el pueblo entero.

—Lo sé, yo he mirado mucho también y todo es una mierda.

—¿Y la casa de al lado?

Cerré los ojos y suspiré.

—Nerea, lleva cerrada más de siete años; ni me quiero imaginar cómo tiene que estar por dentro. Además, esa casa es enorme, en el caso de que los amigos de mis padres quisieran alquilarla que, lo dudo, el alquiler sería alto. Tiene seis habitaciones. ¿Qué haría tu hermano con todo ese sitio?

—Tienes razón, es que estoy tan desesperada que ya ni sé lo que digo. Si no encontramos algo antes de que le toqué empezar a trabajar le tocara ir y venir a Bilbo todos los días o dormir en el hotel del pueblo y eso le saldrá carísimo.

Dudé un poco en soltar lo que me rendaba la cabeza desde la noche anterior, pero joder era el hermano de Nerea. Ella me había ayudado tanto qué, que menos que yo también lo hiciera, aunque fuera de manera indirecta.

—Que venga aquí.

—¿Qué?

—Que venga aquí a vivir con nosotras. Puede quedarse todo lo que quiera y mientras buscará algo con calma.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Esta casa es grande. Tiene cinco habitaciones. Dos las que usamos nosotras, y las otras tres quitando cuando vienen mis padres que usan una y ya has visto que cada vez lo hacen menos, están ahí sin usarse.

—Joder Amaia eso sería fantástico.

—Pues díselo.

—Ni hablar, si se lo digo dirá que no. Mikel no querrá aceptar por no molestar.

—¿Entonces?

—Pues cuando venga se lo diré en ese momento y ya no le quedará más remedio que aceptar si tú estás delante.

—La leche que te han dado, le vas a poner en un compromiso.

—Lo sé. Pero es lo mejor. El tendrá casa hasta que encontremos algo mejor. Yo le tendré a mi lado. Y tú podrás conocerle. Es perfecto.

—Vale pues el doctor Elizondo ya tiene donde dormir. Ahora solo queda darle un repaso a la habitación y ponerla un poco más moderna que esas dos habitaciones que no se usan parecen de la época victoriana.

Contentas por mi idea al día siguiente por la mañana mientras Nerea estaba en la cafetería yo misma me encargué de comprar sabanas, un edredón, unas cortinas y algunos adornos como lámparas una alfombra y algunas cosas más para dejar la habitación a punto.

Lucky y Flos levantaron un poco la cabeza al oír pasos, pero enseguida volvieron a bajarla.

—Como se nota que en nada será primavera, ya no hace tanto frio a estas horas.

Nerea se sentó a mi lado con su taza de café mientras hablaba.

—Sí. Es marzo, pero en nada empezara a apretar el calor.

—En unos días será tu cumple. Que mayor se me hace mi potxola. Veintitrés añazos ya.

Me eché a reír.

—¿Estás nerviosa por la llegada de tu hermano?

—Si te dijera que no te estaría mintiendo. Así que sí, estoy nerviosa no, atacada más bien.

—¿A qué hora llega?

—Me dijo que a las nueve estaría aquí. Hoy abriré más tarde la cafetería. Quiero estar para recibirle y para que no te comas sola el cabreo que se va a pillar cuando sepa que tendrá que vivir aquí.

—Solo es temporal. No creo que se enfade.

—Eso espero, no quiero que empecemos con mal pie ahora que vuelve.

—Ya verás como no. Y si se pone tonto le tiramos a la piscina.

Las dos nos echamos a reír. El tiempo se nos pasó volando y cuando quisimos darnos cuenta el timbre de la puerta sonó.

Las dos estábamos en la cocina desayunando un café y un trozo de bizcocho que Nerea había hecho la noche anterior.

Se me quedó mirando y me eché a reír.

—Venga, valiente, abre la puerta, que es tu hermano, no Drácula.

—Ven conmigo —me rogó.

Riéndome a carcajadas me levanté de la silla y la agarré de la mano para ir juntas a abrir la puerta.

Dejé que fuera ella a la que viera primero quedándome detrás, para darles ese momento de reencuentro que sabía que necesitaban.

—Renacuaja estás preciosa.

—Y tú estás igual de guapo, aunque más viejo.

Nerea se tiró a sus brazos ya con la lagrimita suelta y su hermano la cogió en volandas.

—¿Qué haces aquí? ¿La dueña de la casa te ha dejado las llaves para que me recibas tú?

—Bueno… veras… es que…

—Nerea, ¿qué pasa?

—Vale, te lo suelto así de sopetón y ya está.

—¿El qué?

—Que no hemos encontrado nada disponible, así que te tocará quedarte unos días con nosotras hasta que consigamos encontrar una casa que se ajuste a tu presupuesto y que te guste.

—¿Nosotras?

—Esta es la casa de Amaia. La casa en la que yo vivo, así que o te quedas aquí o duermes en la playa, tú verás.

—Joder Nerea ¿cómo no me lo has dicho antes? No quiero molestar.

—Y no molestas. Esta casa es grande y estarás bien ya lo veras —dije aún desde atrás.

Nerea se retiró para que su hermano y yo nos conociéramos por fin y cuando le vi la cara me quedé clavada en el sitio.

Mi corazón empezó a latir a toda velocidad, mi respiración se aceleró y decenas de imágenes del día que conocí al chico, ahora ya más hombre, que tenía delante, desfilaron por mi cabeza trayéndome recuerdos que no quería tener.

—Amaia, ¿qué te pasa? —Me preguntó Nerea preocupada.

Me agarré al marco de la puerta para sostenerme intentando que no me diera una crisis. Cosa que no me pasaba desde hacía años.

Lo siguiente que pasó sí que no me lo hubiera esperado nunca. Dos segundos después noté como mis pies se levantaban del suelo y confusa centré mi mirada.

Mikel había sido muy rápido. Me había cogido en brazos para evitar que me cayera.

—Te dije que si te volvía a pasar fueras a verme. Veo que no me hiciste caso.

Abrí los ojos sorprendida al ver que él también me había reconocido.

—Lo recuerdas…

—Esos ojos son imposibles de olvidar —susurró para que solo yo le oyera.

Nerea nos miraba a uno y a otro como si de un partido de tenis se tratara más sorprendida incluso de lo que yo estaba.

—Vale, ¿qué pasa aquí? ¿Os conocéis?

—Sí —dijimos a la vez.

—¡¿De qué?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Dónde?!

Cogí aire que inexplicablemente ya entraba casi con normalidad y también mi corazón había dejado de bombear tan fuerte. Me había calmado solo con estar en sus brazos y eso fue raro, muy raro.

—Ya puedes bajarme.

—¿Seguro?

—Sí, ya estoy mejor.

—Amaia joder me has asustado hacía años que no tenías una crisis. ¿Por qué ahora?

—Ha sido por verme a mí —le contestó su hermano.

—¿A ti? ¿Y eso por qué?

—Porque le han venido recuerdos del día que nos conocimos, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza.

—Amaia, explícame qué pasa porque estoy muy perdida, además de sorprendida y preocupada.

—Tu hermano fue el médico que me atendió aquel día.

A Nerea poco más y se le desencaja la mandíbula del sitio al darse cuenta por mi mirada de que día hablaba.

—¿En serio?

—Sí.

—Joder esto es muy fuerte. Las casualidades existen, pero esta es la madre de todas ellas.

Los tres nos echamos a reír. Me giré hacía Mikel y extendí mi mano.

—Mi nombre no creo que lo recuerdes así que me presentaré. Soy…

—Amaia Aguirre —contestó por mí—. Fuiste la primera paciente que atendí en urgencias, nunca podría olvidarme de tu nombre.

—¿Y tú por su nombre y al saber que mi hermano es médico nunca has pensado que podrían ser la misma persona? No creo que haya muchos Mikel Elizondo por ahí.

Volvimos a reír.

—Lo cierto es que se presentó como el doctor que me había atendido al entrar, pero a mí nunca me dijo su nombre. Se lo diría a mis padres cuando estaba inconsciente.

—Eso es exactamente lo que pasó.

—Joder os juro que si me pinchan ahora mismo ni gota de sangre me sale de lo sorprendida que estoy.

—Vamos a la cocina y te comes otro trozo de bizcocho para recuperarte, anda. Demasiadas emociones para ser solo las nueve y cuarto de la mañana.

—¿Bizcocho?

—Hermanito, solo habrá bizcocho para ti si aceptas quedarte a vivir aquí hasta que encuentres algo adecuado.

Mikel giró la cabeza y buscó mi mirada.

—¿A ti esto te parece bien? Porque si no es así, me voy a un hotel. No quiero invadir ni molestar, puedes decírmelo con total confianza.

—De hecho, ha sido idea mía.

Sonrió y mierda… qué sonrisa tenía. El doctor me iba a causar problemas; lo supe en cuanto me susurró eso de los ojos.

—Está bien pues me quedo. Intentare que sea el menor tiempo posible.

—No tengas prisa, yo estoy encantada de que estes aquí —le dijo Nerea.

—Ya, pero…

—No hay peros —dije cortándole—. Solo falta que conozcas a los miembros que faltan de esta familia y serás oficialmente uno más de esta casa.

Se le borró un poco la sonrisa de la cara.

—¿A tu marido y a tu hijo?

Nerea se atragantó con su propia saliva y a mí me salió una carcajada enorme.

—¿Qué pasa?

—Amaia, ¿marido y un hijo? Eso sería en otra dimensión. En esta es casi una monja. Nunca ha tenido novio como para tener lo demás.

Me puse roja como un tomate de la vergüenza. Gracias a Dios, Lucky y Flos al oír el jaleo entraron del jardín donde se habían quedado durmiendo, salvándome de la vergonzosa situación.

—Mikel, ellos son los dos miembros de esta loca familia que te faltaban por conocer. Mis niños Lucky y Flos.

La sonrisa volvió a su cara y saludó encantado a los perros.

—Son geniales y se les ve muy cariñosos —contestó mientras les daba mimos como a ellos les gustaba.

—Pues echas todas las presentaciones, vamos a desayunar que luego me tengo que ir a currar y Amaia se pondrá a lo suyo mientras tú te instalas.

Los tres nos sentamos en la cocina a dar buena cuenta del bizcocho.

Capítulo 16



Dos horas después y tras pensarlo durante unos minutos reuní el valor necesario para llamar a la puerta de la habitación en la que Mikel se quedaría en casa.

Y donde llevaba metido desde que su hermana se la enseñó antes de irse colocando sus cosas.

Mikel tardó un par de minutos en abrir la puerta. Se había cambiado de ropa y al parecer también se había dado una ducha porque su pelo se notaba húmedo.

—¿Amaia?

—Perdona que te moleste. Solo quería decirte que me voy.

—¿Te vas a trabajar? Ni siquiera sé en qué trabajas. Mi hermana no me ha contado mucho de ti.

—Voy a la cafetería; allí hay días que trabajo, otros lo hago en casa.

—¿Trabajas en la cafetería de mi hermana con ella?

—No. Allí me siento con el portátil y la hago compañía. Bueno, y ella a mí, mientras trabajo.

—¿Eres informática?

Negué con la cabeza.

—¿Entonces qué haces?

Me eché a reír.

—Si te lo cuento, tendrás que guardarme el secreto. Solo tres personas lo saben.

—Cada vez estoy más intrigado. No serás una espía del gobierno ¿no?

Solté una carcajada bien alta.

—No. Mi trabajo no tiene riesgo ninguno y desde luego no soy tan interesante para hacer algo así.

—Bueno eso lo dices tú, los demás lo mismo no piensan lo mismo.

Mierda eso lo dijo de una manera que algo extraño me recorrió todo el cuerpo, pero lo ignoré por mi paz mental.

—Ven, te lo mostraré antes de irme si de verdad quieres saberlo.

—Claro que quiero. Y si no te importa también me gustaría ir contigo a la cafetería de mi hermana. Es vergonzoso que todavía ni la haya visto con los años que lleva abierta —dijo con pesar.

—Ella no está enfadada por eso. Lo ha entendido siempre.

Empecé a caminar por el pasillo y Mikel vino detrás de mí. Llegamos hasta mi habitación que estaba la siguiente puerta a la suya y la abrí cediéndole el paso.

—¿Lo entendía?

—Sí. Sabía que estabas muy liado con el trabajo y que el poco tiempo libre que te quedaba era lógico que lo quisieras pasar con tu chica.

—Ya no es mi chica —dijo muy serio y enfadado

Al ver como su cara mutaba al nombrar a su novia bajé la mirada y sin decir nada más me acerqué a la estantería que estaba en la pared del fondo donde tenía un ejemplar de todos mis libros.

—Amaia siento el tono con el que te he contestado. Es que es un tema que me tiene quemado.

—Tranquilo no pasa nada. Todos tenemos temas de los que no nos gusta hablar —contesté forzando una sonrisa.

—Lo que paso aquel día…

—Eso es. Lo que paso aquel día me cambió la vida. Dos días después de que nos conociéramos me marché de Bilbao y me vine a vivir aquí.

—Mi hermana me dijo que su amiga se había venido a vivir aquí pero no me dijo por qué.

—Porque aquí era el único sitio en el que me podría curar, en el único que podría volver a ser un poco yo. Aunque después de lo que pasó nunca volví a ser la misma.

—Si quieres un día hacemos un quid pro quo, de malas experiencias.

Sonreí asintiendo.

—Me parece bien. Pero no será hoy.

—Bien. Ahora enséñame que haces.

Le tendí el libro que había cogido. El primero que escribí.

—¿La Ratita Azul?

Asentí.

—¿Eres correctora, ilustradora o algo así?

Solté una risita.

—Soy yo. Son míos.

Abrió los ojos como platos.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora eres la cuarta persona que lo sabe y espero que me guardes el secreto.

—Joder claro que sí. Son muy buenos Amaia. Enhorabuena haces un trabajo fantástico.

—¿Has leído alguno? —pregunté extrañada.

Se echó a reír.

—De hecho, los he leído todos. En la planta de pediatría del hospital tienen una sala donde los niños que están ingresados van a leer a pintar e incluso a estudiar.

—Eso es estupendo para ellos, así se le hace menos duro estar allí.

—Así es. He tenido pequeños pacientes con los que me he sentado a leer libros, y los tuyos allí los tenían todos.

Leñes eso sí que no me lo esperaba.

—Pues el siguiente si lo quieres leer también ya te lo dejaré.

—¿Vas a publicar otro?

—Así es. Si todo va bien saldrá a la venta en dos semanas.

—Joder vivo con una escritora famosa —dijo riéndose.

—Anda ya, que no es para tanto.

—Si que lo es. Me voy a comprar tú libro cuando salga y quiero que me lo firmes. Y si no quieres poner Amaia ni Ratita Azul, también me vale algo que solo entendamos nosotros.

Fruncí el ceño.

—¿Como qué?

—No lo sé. Eso tendrás que pensarlo tú que eres la que escribe. A mí me sacas de enfermedades, diagnósticos y tratamientos y estoy perdido.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Está bien pensaré que ponerte.

Dio dos pasos hacía mi para devolverme el libro, pero se quedó cerca, muy cerca.

—No volviste. ¿Pero en lo otro me hiciste caso? O no recuerdas lo que te dije.

Como para no recordarlo pensé. Esas palabras que me dijo eran como una letanía que se repetían en mi cabeza cuando en algún momento durante los últimos años alguien me había mirado mal o de forma descarada las manchas.

—Hay personas que solo verán las manchas. Pero hay personas que ni siquiera las verán, porque solo te mirarán a ti. Procura quedarte con las segundas son las que realmente merecen la pena.

—¿Lo hiciste?

Asentí.

—Lo hice y sigo haciéndolo cada día. Aunque no te lo creas esas palabras me marcaron muchísimo y me ayudaron a seguir.

Me sonrió.

—El que no te vio era un completo gilipollas.

Me encogí de hombros sin saber qué contestar. Porque no solo dolió lo de Eneko que no vio más allá de mis manchas y por eso me escondía sino todo lo demás.

—Entonces eras preciosa siendo una niña y ahora lo eres mucho más y no solo por fuera.

Esas palabras me las susurró casi encima de los labios y madre mía qué calores me entraron de repente.

Nos quedamos mirándonos. Sin movernos. Solo enganchados unos segundos a la mirada del otro. Mikel se inclinó. Yo seguía petrificada, pero deseando que me besara. Pero eso no llegó a pasar su móvil sonó y rompió el momento.

Se retiró y frunció el ceño al ver lo que había estado a punto de pasar. Sacó el móvil del bolsillo de sus pantalones que seguía sonando y al ver la pantalla cerró los ojos un segundo.

—Perdona tengo que contestar.

Forcé una sonrisa porque estaba claro que no con esas palabras, pero me acababa de decir que me largara.

—Claro, te espero abajo para ir a ver a tu hermana.

Asintió y salí a toda prisa de la que era mi habitación y cerré la puerta para darle intimidad y que hablara a gusto.

Pero aun, así como me había quedado apoyada en la puerta unos segundos para recuperarme pude oír parte de su conversación.

—¿Qué quieres, Arantxa?

¿Quien sería la tal Arantxa? Me pregunté extrañada. Salí de dudas con su siguiente frase.

—No. Eso no es verdad. No te engañé con nadie; te lo he dicho cientos de veces. Son tus celos los que te hacen ver cosas donde no las hay. Lo sé. Yo también te quiero, pero yo no podía seguir así.

Madre mía… pues al parecer su relación se había roto porque era una de esas novias celosas que no te dejan ni ir a mear solo pensé antes de retirarme de la puerta.

Era una toxica como había dicho Nerea.

—Ya te lo dije, necesito tiempo.

Eso fue lo último que escuché antes de bajar a la cocina para beber agua e intentar pasar el nudo que tenía en la garganta.

Diez minutos después allí me encontró Mikel esperándole con todas mis cosas, las correas de los perros y ellos dos sentados a mi lado esperando también.

—Podemos irnos —dijo si mirarme a la cara.

Forcé una sonrisa.

—Bien, pues vámonos.

El camino hasta la cafetería fue un poco incomodo. El Mikel que había sido antes de esa llamada ya no estaba.

El sonriente, hablador y simpático había dado paso al serió, al que contestó con monosílabos y el que ni me miró una sola vez más a la cara ni me sonrió tampoco.

Estupendo, pensé cuando por fin llegamos a la cafetería, buena manera de empezar el primer día que nos veíamos después de tantos años.

Yo me senté en mi mesa y Mikel lo hizo en la barra.

—¿Estás bien? —me preguntó Nerea cuando me trajo el café.

Seguramente me había visto más pensativa de lo normal o mi sonrisa que no era la de siempre y con el radar que ella tenía para saber cuándo estaba mal o incomoda no quise que se preocupara.

—Estoy pensando en el nuevo libro, nada más.

Se quedó conforme con mi contestación.

—¿Qué tal con mi hermano?

Pues mira, no sabría decirte si bien, mal o todo lo contario. Porque hemos hablado un buen rato, luego casi me besa, pero ha llamado la toxica y ha pasado de ser el Doctor Jekyll a Mr. Hyde en apenas unos minutos.

Todo eso quise decirle, pero evidentemente me lo callé.

—Bien, hemos hablado un rato de trabajo. Le he dicho lo de los libros.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. Va a estar en casa y puede enterarse en cualquier momento. Por una llamada que me hagan, por que vea mis notas en cualquier sitio o porque nos oiga hablar a nosotras, así lo mejor era decírselo antes o eso he pensado.

—Tienes razón. Mikel no se lo dirá a nadie, puedes estar tranquila.

—Lo estoy.

—¿Quieres algo más que el café?

—No. Ve a hablar con él anda que apenas lo habéis hecho antes y sé que lo estas desenado.

Las dos horas siguientes fueron de la misma manera. Yo en la mesa escribiendo y Nerea y Mikel en la barra hablando en los momentos que mi amiga no atendía a nadie.

Miré el reloj y ya casi se acercaba la hora en la que solía irme todos los días, así que empecé a recoger.

—Me voy a casa ya.

—Amaia. Mikel quiere ir a un restaurante para celebrar su vuelta.

—Me parece una idea estupenda. Pasarlo muy bien. A la noche nos vemos.

—Espera, ¿no vienes con nosotros? —me preguntó Nerea extrañada.

Giré la mirada un momento y vi cómo Mikel me la retiraba. Perfecto, pues ya estaba todo dicho, pensé.

—No. Otro día. Hoy es reencuentro de hermanos. Además, quiero ir a la playa después de comer. Flos y Lucky necesitan correr y yo también.

—Vale. Entonces a la noche nos vemos. No hagas nada de cena, nosotros llevamos pizzas.

Asentí.

—Niños, hora de irse.

Lucky y Flos se acercaron obedientes y después de decirles adiós con la mano nos marchamos los tres para casa.

El resto del día se me pasó volando. Comí mientras veía una serie que tenía pendiente. Fui con los perros a caminar y correr por la playa. Escribí un rato y cuando salí de mi habitación lo hice porque Nerea vino a avisarme que era la hora de cenar.

Con ellos dos comiendo la pizza, volvió esa sensación de incomodidad así que les dije al terminar que me dolía la cabeza y que me iba a la cama. En ella que me tumbé, pero no conseguí dormirme hasta cuatro horas después.

Y todo porque estuve pensando en el día que conocí al doctor, en todo lo que pasó ese día, antes y después de conocerle.

Y también pensé en todo lo que había pasado ese día, que no fueron pocas cosas. Tanto pensar al final sí que me hizo tener dolor de cabeza así que me tocó tomarme una pastilla para poder dormir de las que hacía años que no usaba.

Capítulo 17



Hacía ya cinco días que Mikel había llegado a casa y todo se había vuelto un poco raro.

Él apenas pisaba la casa, solo en horas puntuales y seguramente porque no le quedaba más remedio como las horas de las comidas y las cenas.

Me evitaba. Y eso era algo que no entendía. Yo no le habia hecho nada, pero estaba claro que en mi presencia se sentía incomodo.

Nerea no se había dado cuenta de ello porque cuando estábamos los tres que era poco tiempo, yo disimulaba muy bien y Mikel lo hacía todavía mejor.

Por las mañanas yo seguía mi rutina de siempre, tomaba mi café en el jardín al amanecer, salía a correr con los perros por la playa y después me iba a la cafetería a trabajar.

Mikel no volvió a la cafetería ninguna mañana más. Eso sí, como sabía que yo por las tardes solía quedarme en casa, para evitar coincidir porque eso era lo que estaba haciendo, era cuando él se iba a la cafetería con Nerea y por sus conversaciones sabía que se pasaba allí toda la tarde hasta que los dos volvían para cenar.

Terminé el segundo capítulo del nuevo libro que había empezado dos días antes y decidí entrar en la cocina a prepararme un café antes de seguir un rato más.

Aunque seguramente me tocaría hacerlo en el salón o en mi habitación porque desde hacía rato unas nubes muy feas estaban tiñendo en cielo y estaba segura de que iba a caer un buen chaparrón.

Me senté con la taza de café en la mano y me puse a mirar en el móvil las fotos que mis padres me habían mandado del viaje al que se habían marchado hacía unos días con sus inseparables amigos.

Ocho días en un crucero. Reí al ver una foto en la que salían los dos recreando la escena de famosa película de Titanic.

Un carraspeo a mi espalda hizo que se me cortara la risa de golpe. Me giré como a cámara lenta para ver a Mikel al que no había oído entrar, que estaba apoyado en el marco de la puerta mirándome.

Por instinto, al ver cómo me miraba de arriba abajo, me bajé las mangas de la camiseta que tenía puesta y que dejaban al descubierto todas las manchas de mis brazos.

Había notado que no era la primera vez que me las miraba y no sabía porque, pero pensé que podrían incomodarle así que por eso me las tapé. Frunció el ceño al verme hacerlo, pero no dijo nada.

—Lo siento, no pretendía molestarte, solo he venido a coger una botella de agua. Tengo que preparar cosas antes de empezar en la consulta el lunes.

Asentí y me giré para seguir mirando las fotos.

—No me molestas, estaba mirando unas fotos y haciendo un descanso antes de seguir.

Volvió a carraspear.

—Parece que va a llover.

¿En serio me iba a hablar del tiempo? Después de llevar días en los que ni los buenos días me daba cuando nos cruzábamos antes de que me marchara a correr. Me dieron ganas de echarme a reír por lo surrealista que me pareció.

—No te sientas obligado a hablarme ni del tiempo ni de nada porque hayamos coincidido en la cocina.

—¿Qué?

Resoplé.

—Que no hace falta que me hables, no está Nerea delante, puedes seguir evitándome e ignorándome, como haces siempre.

Noté cómo caminaba hasta mi posición y cómo se ponía justo detrás de mí.

—No te evito.

Solté una risa seca.

—Sí, sí que lo haces. Te aseguro que soy una experta en saber cuándo alguien me evita, cuando alguien está incómodo con mi presencia y cuando alguien me ignora a propósito.

—Amaia…

Me bebí de un trago el último sorbo de café que me quedaba y retiré la silla para levantarme.

—Tranquilo, que procuraré cruzarme contigo lo menos posible.

Fui a dar dos pasos para marcharme, pero me agarró del brazo impidiéndomelo.

—Mírame.

Suspiré y me giré para mirarle.

—Tienes razón, te estoy evitando.

Solté una risa amarga al oír de su propia boca lo que yo ya sabía.

—Perfecto, pues como te he dicho, procuraré cruzarme contigo lo menos posible para hacértelo más fácil.

Tiré de mi brazo para marcharme, pero no me soltó. Bajé la mirada hasta el brazo y luego volví a subirla hasta sus ojos y fruncí el ceño porque no entendía qué coño pretendía.

—¿Qué haces?

—¿Quieres saber por qué te evito?

Me encogí de hombros.

—No te evito porque me sienta incómodo a tu lado. Te evito por lo que me haces sentir, que es justamente todo lo contrario.

Abrí los ojos sorprendida. ¿Pero de qué narices estaba hablando? Me pregunté.

—No entiendo qué quieres decir. ¿Te hago sentir asco por…?

Puso sus dedos en mis labios para que no terminara de hablar.

—¿Asco? Te aseguro que nunca podría sentir eso por ti. Más bien todo lo contrario.

Se me cortó la respiración y me quedé tan helada que no fui capaz de decir nada.

—Te deseo, joder. Te deseo muchísimo y no quiero cagarla. Te evito porque, cuando te tengo cerca, cada vez me cuesta más controlarme, no besarte y hacerte de todo.

Me soltó y se llevó las manos a la cara y se las pasó por ella con desesperación.

—Mikel…

—No digas nada.

—¿Cómo no voy a decir nada?

—Joder, porque no hay nada que decir.

—Pues yo creo que sí. Es imposible que me desees, yo…yo no soy como otras mujeres, mi cuerpo…

Dejé la frase sin terminar porque no había nada más que decir, él sabía de sobra de lo que estaba hablando. Soltó una risa seca.

—Ojalá pudieras verte con los ojos que yo te veo. Entonces entenderías lo que siento, entenderías que te deseo como un loco. Y no es algo nuevo, ya me pasó aquel día, joder, y entonces solo eras una cría.

Alucinada era poco para cómo estaba, oyéndole decir esas cosas.

—No es posible…

—¿Quieres ver que sí lo es? Pues compruébalo tú misma.

Alargó la mano, me agarró de la cintura y me pegó a su cuerpo para que notara la erección que tenía debajo de los pantalones, que pequeña no era.

—Dios mío…

—¿Lo notas?

Asentí.

—Pues así me pongo cada vez que te tengo cerca, por eso te evito. Porque cada vez me es más difícil controlarme. Joder, si supieras todas las cosas que se me pasan por la cabeza que me gustaría hacerte, saldrías corriendo.

Lo miré unos segundos, tragué saliva y también dudé qué contestar. Pero fue una duda pequeña porque el deseo que sentía por él ese que hasta a mí misma me había negado que existía desde que volví a verlo gano la partida.

—Hazlas.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué? —susurro.

—Que me las hagas. Todas esas cosas que dices, quiero que me las hagas. Deseo que me las hagas, porque cuando estás cerca yo me siento igual.

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé. Así que házmelas ya. Ahora.

Cerró los ojos y resopló.

—Amaia…no puedo ofrecerte nada más, yo no puedo tener una relación.

Eso ya lo sabía yo. Lo sabía porque le había oído decir a la que era su novia que la quería.

Un regusto amargo me subió a la garganta. Porque a mí no me importaría tener algo más con él. Me gustaría empezar algo y ver a donde iba. Pero bien claro me lo estaba diciendo.

Y aunque doliera un poco saber que como me paso con Eneko si teníamos algo solo sería sexo, también me gustó que me lo dejara claro desde el principio. Eso evitaría que luego me llevara otro palo como me pasó en el pasado.

Así que suspiré y tomé la decisión de no dejar pasar el poder disfrutar un poco. De no dejar pasar el cómo era sentirse deseada por alguien otra vez.

—Ni yo te la voy a pedir. Está claro que esto es lo que es.

—Amaia…

Ni pensé en lo que hacía, solo actué. Porque si me lo pensaba dos segundos más, me echaría atrás.

Le agarré por la camisa que llevaba puesta, lo pegué más a mí y me lancé a besarle.

El primer segundo se quedó parado seguramente sorprendido por mi arranque, pero eso fue lo que tardó en seguirme con el beso. Y Dios mío, qué beso…

No fue un beso lento ni suave. Fue un choque de dos personas que en esos momentos estaban ciegas de deseo.

Con sus manos me agarró más fuerte contra él haciendo que el poco espacio que quedaba entre los dos desapareciera.

El beso siguió de forma salvaje. Todo fue lenguas, saliva, dientes, algún mordisco pequeño y la descarga de todo el deseo que sentíamos el uno por el otro.

Bajó sus manos hasta mi trasero y me impulsó para que subiera las piernas y las enroscara en su cintura.

Dio la vuelta y en esa posición empezó a caminar. Subimos las escaleras sin dejar de besarnos. En la puerta de su habitación se paró para separar su boca de la mía.

—¿Estás segura de esto? Porque si cruzo esa puerta ya no habrá marcha atrás. Voy a follarte de todas las maneras posibles.

El calor de mi cuerpo subió si es que eso era posible, todavía más.

—Lo estoy —contesté antes de volver a besarle y remover mis partes contra su erección.

Entramos en la habitación y cerró la puerta con el pie de un portazo.

Capítulo 18



La temperatura de la habitación pareció subir en solo unos segundos nada más que la puerta se cerró y nos quedamos allí los dos solos.

Avanzó todavía conmigo en brazos. Apoyó uno rodilla en la cama y se inclinó para tumbarme.

—Desnúdate, quiero verte.

Se me puso un nudo en la garganta y en ese momento cuando me pidió eso me sentí más vulnerable de lo que me había sentido en toda mi vida.

Nunca nadie desde que el vitíligo llegó a su punto álgido me había visto completamente desnuda.

Bueno, siendo sincera, ni antes tampoco, ya que durante el tiempo que me estuve acostando con Eneko nunca acabamos desnudos ninguno de los dos por completo.

Aquello eran polvos rápidos, en los que me bajaba los pantalones, o me subía la falda si la llevaba o como mucho me quedaba en ropa interior.

Con el paso del tiempo entendí que aquello fue sexo de desahogo, de ese que solo se va directamente al tema sin recrearse ni perderse en el cuerpo del otro para disfrutarlo como debía ser.

Pero qué iba a saber yo en aquel entonces si era una cría que no tenía ni idea de nada.

—Amaia, hazlo.

—Es que…—dije retirándole la mirada.

—Eh…mírame.

Lo hice. Volví a mirarle directamente a los ojos.

—Soy de los segundos. Yo solo te veo a ti.

Los ojos se me aguaron un poco, pero conseguí aguantar las lágrimas. Solté un suspiro. Cerré los ojos y lo hice.

Me quité la camiseta de manga larga que tenía puesta. Lo siguiente fueron las deportivas y los calcetines, y finalmente los pantalones de deporte que siempre me ponía para estar cómoda en casa.

Eché la mano a la espalda para desabrocharme el sujetador, pero no llegué a hacerlo.

—Para. De lo que queda me encargo yo.

Asentí.

—Es justo que estemos en igualdad de condiciones, ¿no crees?

Se echó a reír.

—Por supuesto que sí. Estoy desenado juntar mi piel con la tuya.

Mientras decía lo último se había ido desabotonando la camisa que dejó caer al suelo. Al igual que había hecho yo, las deportivas, los calcetines y los pantalones vaqueros que llevaba fueron los siguientes en caer.

Solo se quedó con el bóxer negro que llevaba. Se subió a la cama y apoyó una rodilla entre mis piernas.

Me miró de arriba abajo mientras se relamía los labios. En su mirada solo había deseo, nada de asco, nada de rechazo. Era verdad que me veía solo a mi porque en ningún momento se detuvo a mirar las manchas.

—Diós… eres preciosa.

—Tú no estás nada mal, doctor.

Soltó una risita, pero no dijo nada más solo se inclinó para llegar otra vez hasta mi boca para besarme.

Mientras me besaba con sus manos empezó a acariciarme todo el cuerpo. Primero mis brazos, mi abdomen y después se paró en mis pechos que los masajeo con ganas por encima del sujetador.

Dejó de besarme en la boca para hacerlo en el cuello, en la clavícula y fue bajando hasta llegar a mis pechos.

Con toda la parsimonia del mundo como si no tuviera prisa y quisiera recrearse en todo lo que hacía me lo quito y lo tiro fuera de la cama.

—Joder, son perfectas para mis manos y para mi boca.

Al oírle decir aquello, mis mejillas se tiñeron de rojo y el muy capullo se echó a reír al ver la vergüenza que me daba que me dijera esas cosas.

Bajó la boca y me sopló en uno de mis pezones para que se pusiera duro del todo, para continuación succionarlo y tirar de él mordiéndolo con los dientes.

En la habitación solo se oían mis jadeos. Esos jadeos se hicieron más altos y fuertes cuando mientras seguía jugando con mis pechos bajó la mano hasta mis muslos y después de darme dos caricias sin que lo viera venir agarró el tanga que llevaba puesto y me lo arranco de un tirón dejándolo totalmente inservible.

Acarició todo mi centro con dos dedos varias veces hasta que se paró en mi clítoris al que acaricio con más fuerza con los nudillos.

Solo con ese roce y con la atención que no dejó de darme a los pezones, consiguió arrancarme el primer orgasmo. Ni tiempo me dio a recuperarme cuando ni recuerdo como bajo la cabeza y la metió entre mis piernas.

Paso la lengua varias veces recogiendo la esencia del orgasmo que acababa de tener.

—Deliciosa. Quiero más.

Metió las manos por debajo de mi trasero para que no me moviera y se lanzó a mi sexo. No me lamió, no me beso, directamente me devoró, con un ansia impresionante. No me dio ni un segundo de descanso. Siguió y siguió hasta que consiguió que me corriera por segunda vez.

Me quedé tan laxa en la cama que ni cuenta me di del momento en el que se había quedado completamente desnudo.

Se tumbó encima de mi para volver a besarme mientras rozaba su miembro contra mi zona, dándome un placer que jamás en la vida había sentido.

De repente paró. Fruncí el ceño y él me miró como si estuviera enfadado, pero no conmigo sino consigo mismo.

—¿Tienes preservativos?

No me jodas, pensé. Ahora que estamos a punto de llegar, de unirnos, me preguntaba eso.

—Pues no.

—Qué puta mierda, coño. Yo tampoco. No tenía pensado que pasara esto —dijo resoplando.

Me quedé pensando y aunque nunca había hecho eso, el deseo y las ganas que tenía de seguir, hicieron que mi boca hablara.

—Tomo anticonceptivos, si quieres…

—Nunca lo he hecho sin protección.

Eso me extrañó muchísimo porque era un poco raro que nunca lo hubiera hecho sin nada habiendo estado muchos años con la misma mujer. Pero bueno, sus razones tendrían. Que a mí ni me iban ni me venían.

—Yo tampoco. Pero si estás de acuerdo y confías en mí, yo también confío en ti.

—Yo estoy limpio; me hice análisis antes de venir.

—Pues yo estoy relimpia porque no tengo sexo desde antes de conocerte —dije avergonzada.

—¿No? —me preguntó sorprendido.

—No. Solo conmigo misma, acompañada por alguno de los juguetes que tengo.

Su mirada al oír lo de los juguetes se oscureció todavía más de lo que ya estaba. Esos ojos azules oscuros que tenía se volvieron prácticamente como las nubes que habían aparecido en el cielo un rato antes.

—Eso nos acompañarán en otro momento. Ellos por aquí —dijo tocando mi sexo— y yo por aquí —añadió pasando dos dedos por mi puerta trasera.

Jadeé y me excité más si era posible solo con pensar en ello.

Agarró su miembro con la mano y después de masajeárselo un poco mientras yo le miraba y dios…verle hacer eso me hizo ponerme como una moto, lo paso rozando toda mi apertura una y otra vez.

—¿Entonces estás segura?

—Sí, joder, hazlo ya, necesito que estés dentro —contesté jadeando.

Su contestación fue agarrarme por debajo de las rodillas acercarse a mí y entrar dentro de una sola estocada que nos hizo jadear muy alto a los dos.

Sus embestidas no fueron suaves, unas fueron lentas y certeras y otras rápidas y con fuerza.

—Joder, esto sin barreras se siente perfecto, noto cómo me engulles y me aprietas, qué puta maravilla.

—Si que lo es, sigue… sigue…

Siguió dándome así hasta que alcancé mi tercer orgasmo.

Otra vez y sin dejar que me recuperara, me giró con rapidez en la cama y me colocó a cuatro patas. Me agarró de las caderas y volvió a entrar dentro de mí con fuerza.

—Joder qué ganas tenía de follarte así, ni te puedes imaginar las veces que he tenido estos días esta escena en mi cabeza.

Madre mía con el doctor, con lo modosito que parecía el día que le conocí. Cómo engañan las apariencias. Porque vaya aguante que tenía el tío y vaya mañas más buenas que se daba en la cama.

—Amaia, voy a correrme, voy a darte más fuerte para que llegues conmigo, ¿aguantarás?

—Claro que sí, me está encantando que sea así. Dale más, sin miedo.

—Joder, eres perfecta para mi —dijo antes de acelerar el ritmo.

Un par de minutos después nos corrimos juntos mientras la habitación se llenaba de nuestros jadeos entremezclados con nuestros nombres.

Caímos tumbados en la cama sudorosos y con la respiración acelerada.

—¿Estás bien? ¿Ha sido demasiado?

—Estoy perfectamente. Ha sido perfecto.

Vi cómo soltaba un poco el aire que estaba conteniendo hasta que no le contesté y sonreí. Se pensaría que era de cristal o algo y por eso no iba a poder seguir ese ritmo. Que sí que había sido fuerte, pero no en exceso.

Que fuera en la práctica casi una monja, como decía Nerea, no significaba que fuera tonta. Que cuando jugaba con los juguetitos que ella me había regalado y que yo había ampliado con otros, solía ver porno por internet y había visto muchas cosas.

—Necesito una ducha.

—Yo también, voy a coger mi ropa —dije mientras me levantaba.

—Deja la ropa. Hoy todavía no he terminado contigo, vamos a la ducha —dijo tirando de mi mano dejándome de lo más sorprendida porque quisiera repetir.

Si en la cama lo habíamos hecho de forma salvaje en la ducha tampoco nos quedamos atrás.

Nada más entrar de su mano me metió debajo del agua fría y sus manos recorrieron todo mi cuerpo. No se dejó ni una sola parte de mi piel sin tocar.

Yo quise ir un paso más allá y decidí dejar la vergüenza aparte. Mikel, por la manera en que me trataba, me hacía dejar salir esa parte salvaje que tenía dentro de mí.

Le sorprendí cuando me arrodillé a sus pies, lo vi en sus ojos. Nunca había hecho una cosa así, con Eneko solo fue sexo vaginal y ya. Nunca llegamos más allá, pero con Mikel me apeteció probar de todo.

Así que, arriesgándome a que no le gustara o a no hacerlo bien, quise probar.

Pero sí que le gustó cuando me degusté su miembro con las mismas ansias con las que él me lo había hecho a mí minutos antes en la cama. Sus jadeos y la manera en la que sus caderas seguían mis movimientos me lo dijeron.

Lo que no quiso o al menos no esa primera vez como así me lo hizo saber fue terminar en mi boca.

Antes de correrse me levantó del suelo y me volvió a coger en brazos para apoyarme contra los azulejos y follarme con fuerza.

Salimos de la ducha más que satisfechos. Cogió una toalla y me envolvió en ella de manera delicada. Ese gesto me sorprendió porque no me lo esperaba, pero no dije nada.

Salimos a la habitación y cogí toda mi ropa que estaba esparcida por el suelo mientras el hacía lo mismo.

—Voy a vestirme a mi habitación. Es tarde y tengo que hacer la cena. Tu hermana no tardará en llegar.

Cuando nombré a Nerea, la sonrisa que tenía en la cara se le borró al instante.

—Amaia, esto —dijo señalándonos a los dos— es mejor que se quede entre nosotros. Mi hermana no tiene por qué saberlo.

Esas palabras hicieron que el mundo se me cayera a los pies. No es que esperara que nada más que llegara Nerea se lo contáramos, pero tampoco me esperaba que me pidiera que lo mantuviéramos en secreto.

—Claro. Como quieras —dije antes de darme la vuelta y marcharme.

Marcharme a llorar a mi habitación por lo mal que me sentía al saber que otra vez iba a ser el sucio secreto del segundo hombre con él que estaba. Con el segundo que me gustaba. Joder pues no parecía que lo que pasó con Eneko se repetía.

Otra vez si es que lo que acaba de pasar se repetía y por lo que parecía y por cómo me había mirado Mikel tenía pinta de que así iba a ser, iba a tener que esconder lo que hacía, como si fuera algo malo o vergonzoso.

Capítulo 19



Mientras corría por la playa con Flos y Lucky a mi lado pensé en todo lo que había pasado en los tres últimos meses, que eran los que hacía que Mikel había llegado al pueblo.

Desde el primer día que nos acostamos cuando me encontró en la cocina tomando café y me dijo que me evitaba porque me desea, no habíamos dejado de hacerlo.

Pero como me pidió ese día o más bien sonó a exigencia solo seguíamos sabiéndolo nosotros dos.

Y eso cada día me pesaba un poco más. Porque ese primer día cuando salí de mi habitación después de desahogarme llorando pensé que podía habérmelo pedido hasta ver sí nos iba bien.

Y sí, sí que las cosas nos iban bien y no solo en la cama.

Aparte de entendernos a la perfección dentro del dormitorio, bueno y en la cocina, en el salón, en la piscina o donde nos pillaran las ganas en ese momento, también nos entendíamos muy bien cuando no nos acostábamos.

Nos habíamos hecho muy buenos amigos, no al nivel que tenía con Nerea porque eso era insuperable, pero si muy buenos.

Esos meses habíamos hecho muchas cosas juntos, bien los dos solos, esas fueron las menos, o los tres.

Habíamos pasado largas horas en la cafetería los fines de semana que era cuando él no trabajaba. Habíamos ido de ruta por las montañas cercanas, salido de copas, paseado por el pueblo y en casa habíamos compartido noches de cine y palomitas los tres juntos.

Mikel estaba tan a gusto en casa que la búsqueda de una para él de alquiler o había quedado en el olvido o lo estaba haciendo con calma.

Por las tardes que él solía quedarse en casa ya que a la consulta solo iba por las mañanas y ahí era donde los dos compartíamos esos momentos que solo eran nuestros.

Aunque no siempre teníamos sexo. En algunas ocasiones paseábamos por la playa mientras hablábamos. Hablar… Esos tres meses habíamos hablado mucho.

Como dijimos aquel primer día habíamos tenido un quid pro quo. Yo le conté muchas cosas de mi vida y él también de la suya.

Le hablé de mi infancia en Ea, de mi amona, de mis padres y le conté mientras lloraba en sus brazos la historia completa de lo que me pasó con mis amigos y lo de Eneko justo hasta el día que nos conocimos en el hospital como también le conté por qué acabé allí.

Esa parte de cuál fue el motivo de mi ingreso Mikel no la sabía, cuando ingresé inconsciente mis padres solo le dijeron que había vivido un episodió muy feo que me había impactado mucho nada más.

Cuando supo el verdadero motivo y lo crueles que habían sido conmigo sobre todo Andrea pude ver cómo se contenía para no decir unas cuantas barbaridades aun así pude leerlas en sus ojos.

También le conté como había conseguido recuperarme con la ayuda de su hermana y mi abuela, aunque el primer año me costó muchísimo incluso salir a la calle.

Le hablé de lo mucho que me gustó hacer la carrera de forma online ya que me dio la posibilidad de marcar mi propio ritmo y también de escribir los libros cuando quería.

Lo que más le gustó escuchar fue la parte en la que le hablé de lo emocionante que fue tener en mis manos por primera vez mi primer libro publicado de la Ratita Azul y como su hermana montó en casa una gran fiesta en la que decoró el jardín e hizo un cartel en tamaño gigante que colgó para que mis padres y mi abuela lo vieran bien.

Mikel también me contó parte de su vida. No se explayó tanto como yo, pero si lo suficiente para entender porque había necesitado el cambió de volver a venir a vivir a Ea.

Me contó que estudiar medicina había sido duro pero muy satisfactorio ya que era lo que siempre quiso hacer.

Me habló de Arantxa a la que conoció siendo todavía estudiante. Para poder pagarse la carrera, trabajó poniendo copas los fines de semana en un pub de Bilbao y entre semana hacía algunos extras en un restaurante en el turno de cenas.

Pues en ese pub fue donde la conoció y según me contó fue un flechazo por parte de los dos desde el primer momento. Habían estado juntos hasta cuatro meses antes de que decidiera dar un cambio en su vida por lo saturado que estaba.

Los turnos imposibles, las muchas horas de guardia, los casos que te hacían implicarte demasiado y la relación insostenible que se había vuelto la suya con su chica le habían empujado a tomar la decisión de romper con esa vida y cambiar a una más tranquila.

Me contó que los primeros años de relación todo había ido estupendamente. Salían como cualquier pareja, se veían cuando podían y todo iba sobre ruedas.

Tres años después de estar juntos y cuando él ya estaba haciendo el MIR, se fueron a vivir juntos.

Arantxa no había querido estudiar y tampoco prepararse un futuro laboral en ninguna cosa, así que iba botando de trabajo en trabajo en lo que le salía.

Hasta ahí todo bien. Los problemas empezaron cuando Mikel le dijo que casarse no lo veía necesario, aunque ella si era partidaria de hacer una gran boda, pero que sí que quería tener hijos y a ser posible ya, porque con treinta y dos años que tenía pensaba que ya era hora de formar una familia.

Ella se negó totalmente. Le dijo que no quería ser madre, aunque las ocasiones anteriores que lo habían hablado cuando salía en alguna conversación durante su relación le dio a entender que sí.

Pues al parecer era mentira. Le dijo que no le gustaban los niños y que no tendría uno por compromiso o porque él quisiera. Que ella no estaba dispuesta a perder la independencia que tenía atándose a un hijo.

Eso fue el principio el fin. Ahí empezaron las discusiones. Salieron a la palestra los celos que hasta ese momento ella no había mostrado acusándole de liarse para tener un hijo, con varias compañeras del hospital.

Llego un momento en el que Mikel ni pudo más y le dijo que lo mejor era que se separaran y probaran a estar separados porque todo lo bonito que habían vivido se estaba estropeando por los celos y las discusiones.

Me confesó que seguía queriéndola pero que dudaba si seguía enamorado de ella, porque lo vivido al final de su relación le dejo ver una cara de ella que no le gustó nada.

Un ladrido de Flos me sacó de mis pensamientos y me di cuenta de que lo había hecho porque habíamos llegado al final del recorrido de vuelta que hacíamos siempre.

Me paré jadeante y mientras me recuperaba sonreía al verlos a los dos como jugaban metidos en el mar. Parecían dos niños de verdad haciéndose aguadillas.

Volvimos a casa y como siempre me pasaba me quedé unos segundos mirando la casa de los padres de Bosco.

Fruncí el ceño porque ese día y por primera vez había algo diferente.

Todas las persianas del segundo piso estaban subidas y eso no había pasado nunca. Desde hacía años siempre habían estado cerradas. Sí que era verdad que una señora del pueblo a la que pagaban venía a dar una vuelta una vez al mes para darle un repaso y comprobar que todo estaba bien.

La había visto en alguna ocasión entrar, ventilar, y comprobar las luces que apagaba y encendía para ver que todo estaba bien. Pero luego cerraba todo y se marchaba.

Al parecer esa mujer debería haber estado el día anterior y con las prisas se le había olvidado cerrar las persianas o eso pensé.

Me encogí de hombros y seguí hasta mi casa con mis niños al lado.

Entramos y la primera parada como todos los días fue en el jardín. El manguerazo del que encima disfrutaban no lo podíamos perdonar sino después aparte de sentirse incomodos por la arena pondrían perdida la casa.

—Voy a darme una ducha rápida y ahora vengo, ¿vale?

Contestaron los dos ladrando un sí haciéndome reír.

Quince minutos después bajé ya preparada para irnos a la cafetería, pero cuando les llamé no vinieron como otras veces.

Fruncí el ceño, extrañada porque eso no había pasado nunca. La mayoría de los días llegaban hasta a mi sin ni siquiera tener que llamarlos. Sali al jardín a buscarlos pensando que estarían dormidos o tumbados al sol.

Pero nada más lejos de la realidad, los dos estaban tumbados al lado de la vaya de separación de la casa de al lado justo donde había una pequeña puerta que nunca había tenido cerrojo porque por ahí era por donde entrabamos y salíamos todos cuando éramos niños.

Pero lo impactante no era que estuvieran allí porque solían tumbarse al sol en cualquier parte del jardín. Lo que sí lo era, era que no estaban solos.

Un niño pequeño de unos cuatro o cinco años estaba con ellos, arrodillado acariciándoles a ambos.

Totalmente desconcertada me acerqué despacio y sin hacer ruido hasta ellos, al niño no podía verle a cara porque estaba mirando a Lucky y a Flos al igual que él no me había visto a mi llegar.

—Hola —me atreví a decir.

Vi como su pequeño cuerpo se tensaba por completo y como a toda prisa retiraba las manos de los perros.

—Lo siento —susurró con la cabeza agachada.

—¿Por qué lo sientes? Yo no veo que estés haciendo nada malo. Bueno aparte de colarte en mi casa claro —dije riendo para que no se asustara mientras me arrodillaba en el suelo para ponerme a su altura.

—Lo sé, por eso lo siento. Entrar en la casa de la gente sin su permiso está mal. Pero es que… oí a los perros, me asomé y me parecieron tan bonitos que no me pude resistir.

Solté una risita, porque en eso el pequeño tenía razón a mis chicos no se resistía nadie. Eran dos comprometedores que buscaban los mimos de todo el mundo.

—¿Está usted muy enfadada?

Vaya mira que educado, si me llamaba de usted y todo pensé mientras contenía la risa.

—No. No estoy enfadada. Solo sorprendida de verte aquí.

—Yo… me ha colado por la vaya, no tenía cerrojo y…

—Lo sé. Nunca lo ha tenido.

Asintió sin decir nada. Se le veía muy cohibido y totalmente avergonzado. Además de que seguía sin levantar la cabeza seguramente pensando que sí lo hacía vería en mi cara el enfado que pensaba que tenía.

Me despertó tanta ternura que no pude dejar que siguiera sintiéndose así.

—Me llamo Amaia —dije extendiendo la mano.

Se quedó un par de segundos mirando mi mano y dudando si aceptar el saludo o no. Pero finalmente se rendió.

Despacio extendió la suya y con un poco de miedo me la agarró.

—Yo soy Aitor —dijo a la vez que levantaba la cabeza.

Me quedé totalmente congelada. Y no solo al oír su nombre y darme cuenta de quien era, sino al verle la cara. Una cara y unos ojos que yo conocía muy bien o al menos mi mente los conocía por los recuerdos que tenían de ella.

La misma cara, la misma mirada, los mismos ojos azules, la misma forma de la nariz y de la mandíbula. Era una fotocopia de Eneko.

Se me encogió el pecho mientras le observaba porque fue como volver a muchísimos años atrás y verle a él de niño cuando cruzaba esa misma vaya por la que se había colado su hijo para venir a la piscina de la mía o con los demás a buscarme.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y el corazón me empezó a latir a toda velocidad al darme cuenta de que si Aitor estaba en mi jardín de Bilbao no podía haber venido solo. Alguien había venido con él. La pregunta era quien de mi pasado había decidido volver, para perturbar mi paz.

Capítulo 20



Retiré la mano a toda prisa de Aitor y me la llevé al pecho.

Mi respiración se estaba descontrolando y no quería sufrir una crisis de ansiedad delante de él. Se asustaría y bajo ningún concepto quería eso.

Era solo un niño. Un niño que por lo que estaba viendo en sus ojos, esos que no había podido dejar de mirar desde que había levantado la cabeza, me decían que ese niño estaba triste, que no era feliz y que se sentía de algún modo rechazado.

No es que fuera bruja o una experta, pero había visto tantas veces eso en los míos que era capaz de reconocerlo en otros son solo mirarlos unos segundos.

Hice un par de respiraciones profundas y conseguí casi calmarme del todo.

—¿Estás bien? —susurró mientras se acercaba a mi para acariciarme el brazo como queriendo asegurarse de que así era.

Me sorprendió que hubiera tocado mi brazo justo donde más manchas tenía y ni siquiera se inmutara era como si no las hubiera visto o como si no le importara que estuvieran allí.

Sonreí pensando que ese podía ser de los segundos como decía Mikel. De los que me veían a mí y no a lo que tenía en el cuerpo.

—Sí, estoy bien, solo ha sido un momento.

—Me alegro, porque si te pusieras enferma yo con mi tamaño y mi peso no podría moverte. Me tocaría ir a buscar ayuda y no me gustaría que en lo que voy te quedaras sola.

La leche, joder con el niño como razonaba para lo pequeño que era y que observador era. Se había dado cuenta perfectamente de lo que me pasaba.

Me levanté del suelo y él lo hizo también.

—¿Te vas a algún sitio?

—¿Qué?

—Llevas las correas de los perros en la mano, aquí en el jardín supongo que no se las pones así que supongo que vais a algún sitio.

Sonreí otra vez al ver lo observador que era.

—Sí, íbamos a salir. ¿Y tú qué estabas haciendo antes de colarte en mi jardín?

Vi cómo se ruborizaba al recordarle lo del jardín, pero en la cara le salió una pequeña sonrisa. Sonrisa que por supuesto era igualita a la de su padre.

—Estaba leyendo sentado en el césped.

—¿Leyendo? —dije sorprendida.

—Ehh… sí —dijo en voz muy baja.

Note como se avergonzaba al decir que sabía leer. Pero qué coño pasaba con eso, me pregunté un poco molesta,

—Pues tienes una suerte enorme de saber leer con cuatro años. Cuando llegues a los que yo tengo habrás leído miles de libros. Ojalá yo también hubiera leído a tu edad.

Mi respuesta pareció gustarle porque me miró y la sonrisa que me dedicó fue una grande y sincera.

—No todo el mundo lo ve como tú. Algunos…

Quedó la frase el en aire. Y volví a ver en sus ojos esa tristeza y quise, no, deseé que desapareciera y si yo podía hacer algo para ayudar a que así fuera, aunque fuera el hijo de quien era, lo haría.

—¿Y solo tienes pensado leer toda la mañana, no vas a jugar o ir a la playa con tu familia?

Retiró la mirada hacía un lado.

—Están ocupados con el trabajo. A lo mejor por la tarde.

Mierda lo dijo con tanta tristeza que me encogió el corazón.

—¿Han venido aquí a trabajar?

Todavía no estaba preparada para decirle que conocía a sus padres así que no le pregunté directamente por ellos.

—Papá y el tío tienen que terminar un proyecto muy importante esta semana. Lo podían haber hecho en casa, pero… las cosas se pusieron más feas de lo normal y han querido venir aquí para desconectar.

Estaba segura de que eso no se lo habían dicho a él si es que era verdad que algo había pasado así que supuse que sin que lo supieran Aitor había oído conversaciones que no debería a su corta edad.

No podía quedarme quieta, aunque sabía que probablemente me iba a meter en problemas, así que pregunté lo que más necesitaba saber.

—¿Con quién has venido?

—Con mi padre y mi tío. Solo nosotros tres, mamá… ella…

Me di cuenta enseguida que o no sabía explicarse que era lo que pasaba con su madre o que no sabía muy bien porque no había venido.

Pero a mí con saber que la desgraciada de Andrea no estaba en Ea me valió para proponerle lo que llevaba unos minutos pensando.

—Si te quedas un rato aquí, deberías pedir permiso.

—¿No te vas? —me preguntó contento.

—No, me quedaré y si quieres puedes quedarte conmigo. Quiero enseñarte algo que creo que te gustará.

—¿De verdad?

Joder era maravilloso ver cómo se le iluminaba la mirada.

—De verdad, por eso te decía lo del permiso.

—No me hace falta pedirlo, ellos saben que a la calle no me voy a ir yo solo. Saben que estaré en el jardín y si salen a llamarme desde aquí o desde tu casa los oiré.

Desde luego era un buen argumento. Y sinceramente yo prefería que de momento los fantasmas que tenía por vecinos no supieran que yo estaba allí. Porque no, no lo sabían.

Cuando me marché les pedí a mis padres que no le dijeran a nadie donde estaba y a todos cuando preguntaron, Bosco entre ellos, les dijeron que me había ido a estudiar fuera de España.

Así que seguramente al no verme volver a Bilbao seguían pensando que seguía fuera.

Necesitaba tiempo para asimilar que iba a volver a verlos, porque eso era algo que más pronto que tarde iba a pasar, era inevitable que pasara viviendo en la casa de al lado y ahora mucho menos que Aitor ya me había conocido.

Pero gracias a dios no sería en ese momento. Porque verlos sin prepararme sería algo que no podría soportar.

—Vale, pues si te llaman te vuelves.

—Genial.

—Dame un minuto que aviso a la persona a la que iba a ver y enseguida vamos a ver lo que te he dicho.

—Vale mientras lo haces voy a acariciar otro poco a los perros.

Me agaché un poco a la vez que él se arrodillaba.

—Este es Flos y este es Lucky —dije señalándoles según decía sus nombres—. Chicos, él es Aitor. Nuestro vecino y un amigo, cuidarle mucho ¿vale?

Los dos ladraron al oírme como si me hubieran entendido y Aitor al verlo sonrió.

Me volví a levantar y saqué el móvil. Abrí el chat de Nerea.

Amaia: *Nerea hoy no iré a la cafetería tengo algo que hacer.*

Me contestó solo dos segundos después.

Nerea: *¿Te pasa algo? ¿Estás bien?*

Amaia: *Nada malo tranquila. A la hora de comer te lo cuento.*

Nerea: *Vale, pero que sepas que me quedo intrigada.*

Y cuando lo sepas vas a pasar de estar intrigada a flipada además de cabreada pensé mientras resoplaba.

Amaia: *Así aparte de poner cafés y dulces hoy, ejercitas la mente pensando en cientos de cosas que pueden ser.*

Nerea: *Serás cabrona, luego te voy a dar una colleja por eso, que lo sepas.*

Amaia: *La esperaré con ansias. Te dejo ya. Luego nos vemos.*

Nerea: *Vale, pero Amaia, si necesitas algo, llámame. No sé… como que mate a alguien o entierre un cadáver, que te compré un consolador nuevo, no sé lo que sea.*

La madre que la parió pensé mientras ponía los ojos en blanco.

Amaia: *Nerea dile a tu hermano que te pida cita en psiquiatría, estas fatal del coco.*

Nerea: *Lo mío no tiene solución, seria gastar recursos de la seguridad social para nada.*

Amaia: *Estoy totalmente de acuerdo. Tomate un café y un dulce, anda.*

Nerea: *Lo haré, luego nos vemos, misteriosa.*

Amaia: *Hasta luego, loca.*

Me guardé el móvil en el bolso del pantalón y sonreí negando con la cabeza. Nerea era una loca, pero yo la quería así con su locura y todo.

—Ya estoy. Cuando quieras.

Aitor se puso en pie de un salto y avanzo hasta que se puso a mi lado. Caminamos juntos hasta dentro de la casa.

—Lo tengo en la planta de arriba —dije moviendo la mano para que me siguiera.

—Vale.

—Oye, antes de nada quiero pedirte un favor.

—Lo que quieras, ahora somos amigos. Porque lo somos, ¿no? Y los amigos se hacen favores.

Solté una carcajada.

—Lo somos si tú quieres que lo seamos, claro que sí.

—Quiero.

—Bien.

—¿Qué quieres pedirme?

—¿Sabes guardar un secreto?

Sacó pecho haciendo reír.

—Claro que sí. Todo lo que me digas me lo llevaré a la tumba y ni bajo tortura lo contaré.

—Perfecto. Pues ahora vas a saber algo de mí que casi nadie sabe y tienes que prometer que no lo dirás a nadie.

Se puso serio y se llevó la mano al pecho. Sonreí al verle hacer eso, era riquísimo.

—Lo juro.

Asentí antes de entrar en mi habitación con el detrás. Igual que había hecho con Mikel meses atrás cogí el primer libro que escribí de la Ratita Azul y se lo mostré.

—Jopetas, si tienes todos los que ha escrito.

—Sí —dije riéndome—.¿Has leído alguno de ella?

Su sonrisa se le borró de la cara y vi como aguantaba las lágrimas.

—El tío Bosco me regaló uno en mi cumple, pero mamá me lo quitó, no quiere que lea hasta que los demás niños del cole lo hagan dice que ser o hacer cosas diferentes al resto es malo.

Hija de puta, pensé conteniéndome para no decirlo en alto. ¿Cómo podía tratar y decirle esas cosas a su propio hijo? Desde luego que el tiempo no la había hecho cambiar, sino que su maldad había ido en aumento.

—Ser diferente no es malo.

—Tú lo eres. Eres diferente como yo. Por eso me entiendes y no me miras raro como hacen otros cuando hablo —dijo señalando mis manchas.

Vale, ahí me di cuenta de lo que le pasaba o al menos lo sospeché. Leía siendo tan pequeño, usaba un vocabulario que no era acorde a un niño de su edad, sino de uno mucho más mayor, y razonaba también como si fuera más mayor.

Aitor tenía altas capacidades o eso creía.

—¿Te molestan? —dije mostrando las manchas de mis manos.

—No. Es algo que tienes. Pero yo no las veo. Bueno, verlas sí las veo, que no estoy ciego. Quiero decir que yo te miro a ti, no lo que tengas.

Ole… este era de los segundos. De los que merecían la pena, pensé mientras se me calentó el corazón al oírle.

—Pues a mi contigo me pasa lo mismo. Yo solo te veo a ti. No el cómo hables o lo que hagas.

Asintió sonriendo. Vi que quería preguntarme algo, pero no se atrevía, pero al ver como miraba los libros. Lo supe enseguida.

—Puedes llevarte hoy el que quieras y cuando lo termines coger el siguiente.

—¿Sí?

—Claro que sí.

—Jolin, qué bien, el que leí me encantó y tenía muchas ganas de leer los demás.

Me eché a reír al ver su emoción. Frunció el ceño.

—¿Oye y cuál era el secreto?

—Yo soy la Ratita Azul.

Me miró con los ojos abiertos como platos y con la boca formando una o.

—¿Es broma?

Negué riendo.

—No. Mira, ven.

Bajamos las escaleras y llegamos hasta la cocina donde había dejado la mochila con todas las cosas.

Saqué el portátil y mi cuaderno donde iba haciendo anotaciones mientras escribía. Le encendí y le mostré los dibujos para la portada del siguiente libro que estaba a punto de terminar.

—Esté será el siguiente. Saldrá a la venta el mes que viene. Pero…

—¿Pero? —me preguntó ansioso.

—Si todavía estás por aquí. Te regalaré un ejemplar antes de que se empiecen a vender. Serás el primer niño del mundo en tenerlo.

—Madre mía, creo que me voy a desmayar de la emoción —dijo antes de sentarse en una silla y darse aire con una mano haciéndome reír a carcajadas.

El resto de la mañana hasta poco antes de la hora de comer se la paso allí conmigo. Todo el raro hablándome de libros, de los niños de su cole y de muchas cosas más. Pero de su familia no dijo ni pio.

Cuando se marchó al ver la hora que era y sin dar opción a Bosco o a Eneko de que lo llamaran, me puse a preparar la comida mientras pensaba en mil cosas.

Sobre todo, pensé en cómo sería verlos a los dos cinco años después.

Capítulo 21



Estaba poniendo los cubiertos en la mesa cuando la puerta de casa se abrió y sonreí al oír a Mikel y Nerea entrar riendo, pero en ese momento recordé lo que tenía que contarles y se me borró la sonrisa de golpe.

Estaba segura de que Nerea iba a poner el grito en cielo cuando supiera que la casa de al lado ya no estaba vacía.

Y no porque hubiera gente porque eso era lo demos, lo que importaba era quienes eran los que estaban.

Dos de las personas que más daño me habían hecho.

—Hola, chica misteriosa —dijo Nerea acercándose a darme un beso.

—¿Chica misteriosa? —preguntó Mikel.

—Sí. Hoy no ha venido a la cafetería poque tenía que hacer algo según ella y no ha soltado prenda de lo que era.

Pues para que no cerraras la cafetería compraras una escopeta y vinieras a pegar tiros a los vecinos pensé mientras colocaba el último vaso que tenía en la mano.

Mikel que ya me conocía bastante vio que estaba sería. Me miró con una ceja alzada y me interrogó con la mirada para que le dijera porque estaba así. Negué con la cabeza para decirle que en ese momento no.

Se lavaron los dos las manos en el fregadero y nos sentamos cada uno en nuestro sitio, que siempre era el mismo para empezar a comer.

Ese día apretaba el calor y no era plan de comer nada caliente, además que había tenido poco tiempo para hacer la comida. Así que tiré de algo fácil y rápido.

Habia hecho una ensalada de pasta y unos huevos rellenos. Nos servimos en los platos.

Carraspeé antes de empezar una conversación que desviara la atención de mi persona y dije lo primero que se me ocurrió.

—¿Qué tal en la consulta? ¿Has tenido muchos pacientes quejicosos?

—Déjate de historias y cuéntanos qué es lo que te ha impedido ir a la cafetería. Que ya tiene que ser importante para que tú faltes a tu cita diaria allí. Ni estando con fiebre has faltado. Así habla ya que estoy de los putos nervios.

—Nerea, después de comer.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Porque sí te lo cuento ahora o se te atraganta la comida o no comemos le dije mentalmente.

—Eso no es una respuesta.

—Pues es la que tengo.

—Joder, ya te vale, cuando te pones así te cogería y te daría unos azotes.

Cuando dijo eso vi cómo Mikel sonreía de medio lado y con la mirada me dijo, esos te los voy a dar yo después mientras te pongo a cuatro.

Era una de las posturas con las que más disfrutábamos los dos y lo de los azotes no es que fuera algo que me hiciera siempre, pero sí que lo había hecho algunas veces y la verdad es que me ponía como una moto cuando lo hacía.

—Pues guárdate la manita para servir cafés y deja mi culo tranquilo.

Miré otra vez a Mikel y se relamió los labios mientras otra vez con la mirada me decía de ese me ocuparé yo más tarde.

Porque sí, por esa puerta también había entrado en esos tres meses que llevábamos acostándonos varias veces.

La primera vez tuve bastante miedo, eso tengo que reconocerlo, porque pensé que me dolería mucho, pero Mikel me preparó también que dolor no sentí en ningún momento. Placer sí, mucho.

La primera vez que lo hicimos me confesó que para él también había sido la primera vez que hacía algo así.

Al ver mi cara de sorpresa por sus palabras me dijo sin entrar en muchos detalles, que con su novia el sexo que habían tenido era convencional.

Vamos que era soso, de esos de sota, caballo y rey y si me apuras con la sabanita con agujero que se usaba en los tiempos antiguos en los que la mujer se tapaba hasta el cuello cuando se acostaba con su marido.

Esa fue a la conclusión que yo llegué claro, no lo que él dijo.

Como también me confesó que a él le gustaba el sexo un poco más salvaje y en el que se innovaba o probaba cosas nuevas.

No, si eso no hacía falta que me lo dijera, porque yo misma lo había podido comprobar ya que no nos habíamos privado de privar varias cosas que los dos no habíamos hecho nunca.

Como por ejemplo practicar el típico sesenta y nueve, la doble penetración usando uno de los consoladores que yo tenía mientras él entraba por detrás u otras cosas con las que los dos disfrutamos muchísimo.

Al parecer y yo no lo había sabido hasta que no empecé a acostarme con él también me gustaba el sexo menos convencional por decirlo de alguna manera.

Así que no me extrañaba que Mikel estuviera encantado de pasar esos ratos nuestros que teníamos practicando sexo porque por fin estaba disfrutando del sexo que le gustaba y del que se había privado todos los años que estuvo con su ex.

Ex que seguía llamándole cada dos por tres rogándole que volviera con él. Cosa que yo no sabía por su boca sino porque Nerea me lo había dicho o porque en un par de ocasiones había oído por casualidad como hablaba con ella por teléfono.

Estaba segura de que en cualquier momento acabaría cediendo y volvería con ella y ahí sería cuando me tocaría llorar en silencio porque había sido inevitable para mi enamorarme de él.

Pero tenía asumido y más después de tres meses en los que quería seguir teniendo lo nuestro en secreto que yo para él nunca sería nada más que una mujer con la que se estaba desquitando y disfrutando del sexo que le gustaba hasta que volviera con la que debía estar.

Con una que no escondía como si se avergonzara de estar con ella, o como si lo que hiciera con ella fuera algo malo que hay que ocultárselo al mundo.

—Amaia, ¿estás bien?

—Sí —le contesté a Nerea forzando una sonrisa.

—Joder pues quién lo diría.

—Solo estaba pensando en algo, nada más.

—Pues últimamente piensa mucho en ese algo.

Nerea a la vez que me decía eso me miró a los ojos y frunció al ceño al ver seguramente un rastro de tristeza en ellos que algunas veces no podía evitar que saliera cuando pensaba en la mierda de situación que tenía con Mikel.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza para decirle que lo dejara pasar. Asintió sabiendo que ya hablaría con ella cuando lo necesitara o estuviera lista.

Lo que ella no sabía es que en lo que estaba pensando no podría contárselo nunca, ni pedirle consejo, ni desahogarme con ella, porque tenía que ser un secreto para el mundo y para ella mucho más.

Seguimos comiendo y dejamos aparte lo mío. Mientras Mikel nos habló de los pacientes interesantes que había tenido eso día y Nerea de que uno de los clientes habituales de la cafetería al que todos conocíamos le había dicho que se casaba en un par de meses.

Al terminar de comer Nerea preparó tres cafés y salimos juntos al jardín donde solíamos tomárnoslo todos los días a esas horas sentados en la mesa.

—Bueno, ya hemos comido. Habla.

Resoplé.

Tenía razón en que sabiendo lo ansiosa que era ya la había hecho esperar demasiado, así que cogí aire para decírselo.

—Tenemos vecinos.

—Amaia, siempre hemos tenido vecinos. ¿De qué hablas?

—En esa casa no —dije apuntando con la mano la casa de los padres de Bosco.

—¿Han alquilado la casa? —preguntó Mikel.

—No exactamente.

—No exactamente. Amaia, hija, explícate mejor porque te juro que no te entiendo. Dices que hay vecinos, pero que no la han alquilado exactamente. ¿Entonces qué?

Miré a Nerea a los ojos y solo con verlos entendió lo que pasaba.

—No.

—Sí.

—Que no, joder. Eso no puede ser.

—Pues lo es.

—¿De qué habláis? No me estoy enterando —se quejó Mikel.

—De que la casa tiene vecinos, pero no son inquilinos, sino propietarios.

Mikel pensó unos segundos hasta que entendió.

—¿Los amigos de tus padres han venido a la casa?

—No, ellos no.

—¿Entonces…?

Nerea se levantó de la silla y empezó a dar dos vueltas por el jardín farfullando.

—¿A qué cojones vienen aquí después de tantos años? No se podían haber quedado en su casita, no, tenían que venir a joder la marrana.

—Nerea…

—Es que manda narices con esta gentuza.

—Nerea…

—¡¿Qué?!

—Que me escuches. Que ni me has dejado decirte quiénes están y el porqué.

—Me importa una puta mierda quién esté y sus motivos. Los quiero lejos de ti. A ser posible en otro país, continente o en el puto espacio, pero aquí no.

Pues eso no va a ser posible, no ahora que Aitor se había colado en nuestro jardín y que estaba segura de que volvería en breve y que tarde o temprano su padre y su tío lo harían también, quise decirle.

—Nerea, cálmate. Siéntate y déjala hablar.

—Que no coño, que no quiero oír nada de lo que sea que hace aquí esa gente, que se marchen con viento fresco por donde han venido.

Flos y Luky que estaban sentados a nuestros pies se levantaron de repente sintiendo que algo pasaba y se acercaron a toda prisa a la vaya de separación. Sonreí al saber porque lo habían hecho.

Unos pelos de punta asomaban por encima de la vaya.

—Nerea, calla un momento y espera a ver lo que va a pasar. Luego seguimos con esto, por favor.

—¿Qué?

No le contesté porque la vaya de abrió y por ella entró Aitor que venía muy sonriente con un block de dibujo en las manos, pero al levantar la cabeza y ver que no estaba sola, se quedó cortado.

—Aitor pasa. Ya te he hablado de Nerea y de Mikel. Ven a conocerlos.

—Hostia puta…—susurró Nerea.

—Luego os cuento todo lo que ha pasado. Pero es un niño y él no tiene la culpa de nada. Además, es un tanto especial, ya lo veréis —les dije y los dos asintieron mientras sonreían viendo cómo Aitor se acercaba.

Capítulo 22



Aitor se acercó hasta le mesa con pasos tímidos, pero sin agachar la cabeza, y eso me gustó.

Me gustó, porque en nuestra conversación de por la mañana se lo había dicho un par de veces mientras hablábamos y al parecer me estaba haciendo caso en alguno de los consejos que le había dado.

—Hola, señores, yo soy Aitor y estoy encantado de conocerlos —dijo con su vocecita.

—¿Señores? ¿Nos ha llamado señores? —me preguntó Nerea alucinada.

Asentí aguantando la risa.

—Aitor es muy educado —contesté.

Nerea, que seguía de pie, se acercó a él antes de mirarme y ver en mis ojos el ruego de que por favor le tratara bien, que lo necesitaba.

Se agachó a su altura y extendió su mano hacía Aitor.

—Yo soy Nerea y me gustaría llevarme bien contigo, pero para que eso pase, por favor no vuelvas a llamarme señora.

Aitor soltó una risita y la estrecho la mano con decisión.

—Trato hecho Nerea. Eres guapísima, tendrás a muchos moscones detrás de tuyo, ¿no? Qué pena que me saques unos cuantos años, si no te pediría una cita.

Mikel se atragantó con el sorbo de café que acababa de dar antes de echarse a reír. Yo me llevé la mano a la boca para ocultar mis carcajadas y Nerea estaba muda de la impresión por lo que le acaba de decir Aitor.

—Pero bueno… Eres un casanova ¿o qué?

Cuando Nerea recuperó el habla y le dijo eso Aitor se encogió de hombros.

—No, ni mucho menos. Solo soy sincero y digo la realidad de cómo son las cosas. Y que eres guapísima es un hecho que hasta un ciego podría ver.

Su contestación dejó a Nerea muda por segunda vez y alucinada asintió con la cabeza y vino a sentarme a mi lado mientras las dos veíamos cómo Aitor se acercaba con pasos ya menos tímidos hacia Mikel.

—¿Qué cojones ha sido eso? ¿Este niño cuántos años tiene?

—Tiene cuatro y es especial… —contesté susurrando de la misma manera que había hecho ella.

—¿Así que tú eres Mikel el médico?

—Ese soy yo —le contestó alzando la mano para que le chocara los cinco.

—Pues yo cuando sea mayor seré médico también. Si nos vemos más días y tenemos tiempo, me gustaría preguntarte con calma algunas cosas que me interesaría saber del tema.

—Ay mi madre…—volvió a susurrar Nerea mirándole alucinada.

—Claro campeón. Intentaré resolver todas las dudas que tengas y contestar lo mejor que pueda a todas tus preguntas.

Aitor asintió dándole las gracias mientras le sonreía por haberle dicho que sí de una manera que era imposible que no te encogiera el corazón al verle tan contento.

Le pregunté a que se debía su visita y nos explicó que mientras comía el solo, eso me cabreó un poco, había estado dibujando algo que le gustaría enseñarme por si quería utilizarlo en alguno de mis libros.

Cuando abrió el block de dibujo que traía y nos enseñó el dibujo que traía nos quedamos los tres con la boca abierta.

Joder con el niño, pues no dibujaba mejor que yo y que cualquiera que conocía. El dibujo era realmente bueno, y como le dije a él que hasta casi lloró de la emoción por supuesto que sí que lo incluiría en el siguiente libro que escribiera.

—Me tengo que ir, vamos a hacer la compra. De casa trajimos ayer lo justo y el frigorífico y los armarios están que dan pena. Hasta eco hacen si les hablas de lo vacíos que están.

Los tres nos echamos a reír.

—Pues pásalo bien. Y vuelve a visitarnos cuando quieras —Le dijo Nerea.

—Pasarlo bien haciendo la compra con dos hombres que ni saben distinguir el aceite de girasol del de oliva. Sí, desde luego que va a ser toda una experiencia.

Joder no pudimos contenernos y nos echamos a reír a carcajadas.

—En fin, si sobrevivo, volveré a venir a veros. Ha sido un placer pasar un rato con vosotros. Gracias —dijo antes de decirnos adiós con la mano y cruzar la vaya.

Los siguiente cinco minutos ninguno de los tres dijimos nada, nos quedamos mirando la vaya por la que Aitor se había marchado sumidos cada uno en nuestros pensamientos.

Como no podía ser de otra manera fue Nerea la que rompió el silencio.

—Todavía estoy alucinando. Vaya manera de hablar que tiene y joder cómo se explica. Parece un adulto en el cuerpo de un niño.

—Es especial —dijo Mikel.

—Eso he pensado yo también.

—¿Especial? —preguntó Nerea mirándonos a los dos.

—Tiene altas capacidades. Su manera de hablar, cómo razona, el que sepa leer a su edad, y cómo dibuja son claros signos de ello.

Asentí a la explicación de Mikel porque yo pensaba lo mismo.

—Entonces has pasado la mañana con él. Ese es el motivo por el que no has venido a la cafetería ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo se han dado las cosas? ¿Quién está con él? Porque ha dicho que va con dos hombres a comprar, pero no ha mencionado a nadie más.

Cogí aire antes de contestar. Les conté todo lo que había pasado por la mañana desde que salí al jardín a buscar a los perros, extrañada porque los había llamado y no habían venido. Todo lo que hablamos después, la ilusión que le hizo cuando le dije que podía coger los libros que quisiera.

—Está aquí con su padre y con su tío.

—¿Bosco y Eneko?

—Sí —dije con pesar cerrando un segundo los ojos.

—¿Y su madre? —me preguntó Mikel.

Volví a coger aire para contarles lo que Aitor me había dicho de Andrea, que no era mucho. Que no había venido porque su padre y ella según había oído decir a su tío necesitaban distancia para no acabar matándose de tanto discutir.

También les conté lo de que no le dejaba leer y que le reñía para que no se mostrara como era.

—Hija de puta… se avergüenza de que su hijo sea diferente y quiere esconderlo.

—Eso me ha parecido —le contesté a Nerea con pesar.

—Los niños con altas capacidades son muy sensibles y hacer eso puede ser muy perjudicial para ellos. Puede crearles muchas inseguridades y a la larga ser muy perjudicial. No se les puede coartar esa necesidad que tienen por saber y desarrollar su intelecto y sus habilidades.

Mikel dijo todo eso bajo un punto que clarísimamente era médico, pero al decirlo también se le vio que estaba cabreado al ver lo que Andrea estaba intentando hacer con su hijo.

Lo mismo que me hizo a mí. Discriminarle por ser diferente. Nerea me miró y vio la determinación en mis ojos.

—No vas a dejarlo pasar ¿verdad?

—No puedo hacerlo Nerea.

—Lo entiendo. Yo en tu lugar haría lo mismo. Joder es solo un niño, que lo único que necesita es atención, cariño y comprensión. Su madre es una mala pécora. Me atrevería a decir y eso puedes hacerlo tú mejor que la conoces que la jode que el niño destaque y la haga sombra cuando hay gente.

Pues has dado en el clavo amiga mía. Porque eso era precisamente lo que pasaba.

Andrea siempre fue así, eso lo había dicho mi amona cientos de veces, ella tenía que ser siempre el centro de atención y cualquier cosa fuera de lo común que hiciera que la gente que la rodeaba centrara su atención en ello y no a ella tenía la necesidad de apartarlo para que no la molestara.

Eso fue lo que hizo conmigo para que cuando estuviera a su lado nadie centrara su mirada en mi por mis manchas más que en ella o que me preguntaran y la hicieran menos caso.

Y ahora al parecer la historia se repetía con su propio hijo.

Es que era imposible no prestar atención a Aitor estuviera quien estuviera a su lado, así fuera el mismo rey de España, ya que era tan especial y te despertaba tantos sentimientos, que no podía ser de otra forma.

—Eso mismo es lo que la pasa, ella tiene que ser la que destaque siempre.

—Lo que no se da cuenta es de que ni tú en su día hiciste nada para que la gente te mirara más que a ella ni ahora su hijo se comporta así para robarle su protagonismo.

Mikel cabreado cogió aire antes de seguir.

—Tu enfermedad no es algo que tú quisieras tener para destacar, te tocó y punto. Y su hijo no puede evitar ser como es, ha nacido así y por mucho que haga eso no se puede cambiar.

—Lo sé. Pero ella es así y desde ya te digo que no va a cambiar. Puede que vaya peor, pero a mejor nunca.

—¿Vas a hablar con ellos para que vean el daño que le está haciendo al niño tratándole así?

Asentí. Estaba cagada de miedo, porque no tenía ni idea de cómo podrían reaccionar Bosco y Eneko cuando les dijera lo que pensaba, pero también estaba decidida a hacerlo. No podía ni quería dejarlo pasar.

—Cuenta conmigo para lo que sea. Si hace falta que yo también les diré mi opinión. Lo mismo oyéndolo de la boca de un médico se lo toman más en serio.

Sonreía a Mikel muy agradecida. Sabía que los niños eran su debilidad por como hablaba de a los que había tratado los años que había estado en el hospital y como nos contaba todos los días con un brillo especial en los ojos cuando alguno se pasaba por la consulta.

Oyéndole hablar de ellos entendí mejor porque quería ser padre, le encantaban los niños, pero él quería tener los suyos propios.

—Conmigo también puedes contar, eso lo sabes de sobra. Yo no hablo igual de bien que mi hermano y no sabría explicarme, pero si hay que repartir hostias para eso estoy la primera.

Ante las palabras de Nerea los tres nos echamos a reír.

—Bueno yo me voy a la cafetería que ya va siendo hora, si pasa algo más esta tarde llamarme, grabármelo o hacerme señales de humo, pero no me tengáis en la ignorancia hasta la noche.

Mikel y yo negamos con la cabeza riéndonos. Nerea se marchó a trabajar. Mikel se fue a su habitación a hacer una llamada, seguramente a Arantxa pensé con amargura y yo recogí las tazas del café y me fui también a mi habitación a escribir un rato.

Tres cuartos de hora después Mikel entró sin llamar siquiera como hacía siempre que estábamos solos y se acercó hasta la cama en la que me había sentado a revisar unas notas que había escrito el día anterior.

Me quitó la libreta de la mano cuando se tumbó a mi lado. Me miró con intensidad y enseguida supe lo que quería o más bien lo que necesitaba. No era la primera vez que venía en ese estado de frustración a buscarme después de tener una conversación con su ex.

Descargar, olvidar, desconectar y echar un buen polvo eso era lo que había venido a buscar y yo como una idiota enamorada le deje hacer.

Capítulo 23



Mientras corría por la playa al día siguiente de saber que se avecinaban cambios en mi vida lo hice intentando dejar la mente en blanco y descargando, forzando la carrera más que nunca, toda la tensión y frustración que tenía dentro.

Y no solo por lo que me había enterado de que Andrea le estaba haciendo a Aitor, o porque sabía que no tardando mucho tendría que enfrentarme a dos hombres que años atrás fueron dos de las personas más importantes de vida.

Sino también porque la situación con Mikel cada vez me hacía más daño.

Cada día me sentía peor sobre todo cuando pasaban cosas como el día anterior al terminar de acostarnos. No siempre era así pero cuando lo hacíamos cuando él estaba frustrado por haber hablado con su ex y me hacía sentir utilizada y encima al terminar me trataba con indiferencia.

Harta, así es como estaba. ¿Por qué no le decía se acabó? Pues porque era una completa idiota que estaba enamorada de él y que me conformaba con las migajas a escondidas que me daba.

Al terminar, cosa que nunca me había pasado, me tuve que sentar en la arena de la playa porque me mareé un poco. Joder había forzado demasiado. Allí me tuve que quedar sentada unos minutos hasta que se me pasó el malestar que tenía.

Porque aparte del mareo, también se me había revuelto el estómago, sí es que los nervios no eran buenos para nada pensé antes de levantarme.

Al volver a casa si siempre me paraba unos segundos para mirar la casa vecina ese día lo hice con mayor motivo.

Las persianas estaban diferentes al día anterior y también había luz en una de las habitaciones. La casa volvía a tener la vida de antaño dije negando con la cabeza.

Después de atender a Flos y Lucky subí a darme una ducha que duró bastante más de lo normal.

Quise quedarme debajo el agua más tiempo para que mis músculos se destensaran del todo y para ver si ese malestar que tenía se me pasaba. No lo hizo.

Con el estómago todavía revuelto me preparé una infusión y salí a sentarme al jardín a tomármela. Me senté en el balancín que estaba en una esquina al otro lado de la piscina.

Mis niños debieron de notar que no me encontraba bien porque los dos vinieron a darme mimos. Se subieron al balancín y se apoyaron cada uno en una de mis piernas.

La infusión pareció hacer efecto porque cuando me la estaba terminando ya empecé a sentir mejor.

Flos y Lucky levantaron las orejas al oír los pequeños pasos que eran los únicos que rompían el silencio en el que estábamos al acercarse despacio.

Aitor se puso de puntillas para mirar por encima de la vaya seguramente para ver si estábamos. Cuando me vio sonreír y saludarle con la mano, su sonrisa se hizo muy amplia y sin pensárselo la abrió.

Sus pasos se volvieron más rápidos para acercarse a nosotros.

—Buenos días, Amaia —dijo mientras acariciaba a los perros.

—Buenos días. Eres madrugador, ¿no?

Se echó a reír.

—Sí, dormir es una pérdida de tiempo. Hay muchas cosas que hacer y ver en esta vida y si estás dormido te las pierdes.

Ahí la que se echó a reír fui yo mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué tal ayer las compras?

Por como puso los ojos en blanco y el resoplido que soltó, pude hacerme una idea de la tortura que le tocó pasar.

—Fue horroroso, Amaia, estaban más perdidos en el supermercado de lo que lo estaría una pulga en un campo de futbol. Creo que si en este pueblo hay restaurantes que sirvan comida a domicilio en pocos días nos harán clientes VIP, porque o pedimos o comemos pan y agua todos los días.

El ataque de risa que me dio hizo que se me saltaran hasta las lágrimas.

Iba a decirle que si quería podía ir a coger unas madalenas que Nerea había dejado en la cocina, pero una voz que yo conocía muy bien y que hacía años que no oía resonó cerca y las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—¡Aitor! ¿Dónde estás? Tenemos que irnos.

Era Bosco, su voz era inconfundible.

—Jobar…—dijo con cara de pena.

—¿Qué pasa? —susurré

—Tenemos que ir a Bilbao a que firmen unos papeles. Me tocará quedarme con mamá y no me apetece, en lo que ellos están en la oficina. Espero que por la tarde ya volvamos, me gusta esté sitio.

Sonreí a oírle decir eso. Le pasaba como a mí, allí se sentía seguro y en paz y nadie mejor que yo le entendía.

—¿Dónde coño está?

Esa era la voz de Eneko otra que reconocería entre un millón.

—Tengo que irme —dijo con una pena que me encogió el corazón.

Cerré los ojos unos segundos para coger fuerzas. Fuerzas para enfrentarme el pasado. Porque sí, había llegado el momento de hacerlo, ya no podía demorarlo más.

—Espera, diles que estás aquí. Que vengan ellos.

Frunció el ceño y vi miedo en su mirada.

—Sí saben que me he colado en tu casa, se enfadarán, no me permiten hablar con desconocidos.

—Y en eso tienen, razón. Pero conmigo harán una excepción, te lo aseguro.

—¿Por qué?

—Porque conozco a tu padre y a tu tío desde que nacimos —confesé.

—¿En serió?

Asentí. Se quedó pensando unos segundos y abrió los ojos como platos y me miró como si hubiera hecho el mayor descubrimiento del mundo.

—La leche… tú… tú eres la Amaia de papá, ¿cierto?

¿La Amaia de su padre? ¿De qué coño hablaba el niño? Yo de su padre no había sido nunca nada. Le miré alucinada.

—¡Aitor! —Volvió a llamarle Eneko.

—Ya te lo contaré en otro momento, es algo que oí a escondidas. Ahora no es el momento.

Puse los ojos en blanco, vaya con él crio que manía tenía con escuchar cosas que no debía a escondidas, tendría que hablar con él y decirle que dejara de hacer eso porque ya estaba viendo yo que eso iba a meterle en más de un problema por curioso.

Me levanté del balancín y me acerqué a la vaya con Aitor detrás de mí.

La abrí y desde allí pude ver a Bosco y a Eneko uno al lado del otro mirando en todas las direcciones del enorme jardín y en cada árbol buscado al niño.

—No le busquéis más; está en mi jardín.

Los dos giraron la cabeza a toda velocidad hacía mi al oírme. Sus ojos se abrieron como platos al reconocerme.

Como si estuvieran sincronizados se acercaron deprisa hasta donde estaba.

—Jobar, te miran como si hubieran visto un fantasma —susurró Aitor a mi lado.

—Es que eso es lo que soy para ellos: un fantasma del pasado al que hace casi seis años que no ven.

—Eso son muchos años.

—Depende de para que, pueden ser muchos o pocos —dije pensando en que si era a su madre a la que me tocara ver seis siglos me perecerían pocos.

—¿Amaia? —dijo Bosco mirándome alucinado.

—Hola, Bosco.

—Joder…

Eneko me miraba como si fuera una aparición, pero no era capaz de decir nada, estaba como bloqueado.

—Hola, Eneko.

—¿Qué… qué haces aquí? ¿Has venido de vacaciones?

Negué con la cabeza.

—Vivo aquí.

—¿Desde cuándo?

Cerré los ojos unos segundos antes de contestar, pensando que las cosas ya nunca más serian como antes ya que al volver a mi vida se enterarían de muchas cosas.

—Desde siempre. Desde dos días después de vernos por última vez.

—Joder… nosotros creíamos que te fuiste a estudiar al extranjero, eso dijeron tus padres. No puedo creer que hayas estado aquí todo este tiempo.

Me encogí de hombros.

—Ellos solo dijeron lo que yo les pedí que hicieran, lo que necesita que todo el mundo creyera.

Eneko que aún no había abierto la boca dio un paso más en mi dirección. Se quedó justo frente a mí y me miró a los ojos.

A los ojos… Nunca me había mirado de la manera en la que lo estaba haciendo. En sus ojos vi muchas cosas, nostalgia, dolor, arrepentimiento y pesar mucho pesar.

—Amaia… —susurró antes de cerrar los ojos.

Miré a Bosco de reojo y vi como en sus ojos había también arrepentimiento, dolor y también parecía que sus ojos se estaban aguando por la emoción del momento.

Tragué saliva.

—Papá…

Di las gracias al cielo y a Aitor por romper ese momento que se estaba volviendo demasiado intenso y en el que los tres parecíamos estar más incomodos a cada segundo que pasaba.

Eneko parpadeó y desvió la mirada hacía su hijo.

—Es mío… —susurró señalándome con la cabeza a Aitor.

Solté una risita.

—No hace falta que lo jures; es una copia tuya. Cuando le vi ayer, me pareció verte a ti cruzar la valla cuando tenías su edad.

—Eso lo dice todo el mundo. Dicen que nos parecemos mucho.

Sonreí mirando a Aitor.

—Y tienen razón, te pareces mucho a tu padre. Tengo fotos dentro de cuando tenía tu edad. Te las enseñaré para que lo veas.

—¿Tienes fotos? —me preguntó emocionado.

—Así es. Y no solo de tu padre. De tu tío y de tu madre también.

—¡Qué guay!

Los tres reímos al ver su alegría.

—Me gustaría que habláramos —me pidió Eneko.

—Pienso lo mismo —añadió Bosco.

—Si es algo del pasado, no creo que haya que decir nada. Pero a mí sí que me gustaría hablaros de algo —dije señalando con la cabeza a Aitor sin que me viera ya que se había distraído con los perros que se habían acercado a nosotros.

—Hablaremos de él lo que quieras. Pero de lo otro también nosotros sí tenemos mucho que decir.

Eneko al decir eso dirigió su mirada a mis brazos donde estaban mis manchas. Eso me hizo fruncir el ceño, no porque las mirara con asco, o de mala manera sino porque me dio a entender que era algo relacionado con eso de lo que querían hablar.

Pero lo que más me extraño de todo fue que no me habían mirado raro ni una sola vez como habían hecho en el pasado.

Me dio la sensación de que me miraron a mí. Solo a mí. Suspiré y asentí con la cabeza.

—¿Mañana? —me preguntó Bosco.

Volví a asentir. Eneko miró el reloj y resopló.

—Tenemos que ir a firmar a Bilbao un proyecto —dijo como si eso le fastidiara.

—Lo sé. Aitor me lo ha dicho.

—Papa… yo no quiero ir.

Eneko cerró los ojos como si le jodiera tener que hacerle a su hijo pasar por algo que no quería.

—Lo siento Aitor, pero, tenemos que ir.

Aitor agachó la cabeza disgustado y dio dos pasos en dirección a su casa.

—Podéis dejarle aquí conmigo.

Bosco y Eneko me miraron alzando las cejas. Y Aitor lo hizo con los ojos brillando como dos soles.

—Sí, papa por favor. Déjame quedarme con Amaia, va a ir a la cafetería de Nerea y quiero ver ese paraíso. Anda por favor, por favor déjame ir —le rogó juntando las dos manos.

—¿Nerea? ¿Cafetería? ¿De qué habla? —preguntó Bosco.

—Nerea es mi mejor amiga. Tiene una cafetería en el centro del pueblo, que está llena de libros. Allí la gente va a tomar algo y a leer.

Bosco soltó una carcajada.

—Ahora entiendo lo del paraíso.

—Es el sitio favorito del pueblo de Amaia y estoy seguro de que será el mío al menos hasta que mamá no se entere.

Vi cómo Eneko y Bosco se tensaban al oírle decir eso y como cruzaban una mirada con la que se dijeron varias cosas.

—¿Entonces qué, puedo quedarme o no? —insistió Aitor.

Eneko me miró. Yo asentí. Y él sonrió dándome las gracias con la mirada.

—Ve a casa a coger el bañador a la tarde nos daremos un baño en la piscina —le dije a Aitor que casi no me dejo ni terminar de hablar antes de salir corriendo.

—Amaia… él es…

—Especial, lo sé. Solo me hicieron falta ayer cinco minutos hablando con él para saberlo. Como también sé que no lo está pasando bien, al sentirse diferente, eso yo lo sé mejor que nadie.

Vi la desolación en sus miradas al oírme, pero callaron. Como habían dicho ya hablaríamos al día siguiente más tranquilos. Aitor volvió y ellos se marcharon a toda prisa porque ya llegaban tarde.

Capítulo 24



Ver a Aitor disfrutar en la cafetería mirando todos los libros que Nerea tenía allí fue una autentica gozada.

Mi amiga y yo no pudimos dejar de sonreír en ningún momento viéndole ir de estantería en estantería, creo que si le hubiéramos llevado a un parque de atracciones no hubiera disfrutado tanto.

Allí estuvimos toda la mañana hasta que a la hora en la que Nerea cerró y junto a Mikel que se nos unió los cuatro nos fuimos a casa a comer.

La mitad de la tarde hasta que Eneko vino a recoger a Aitor los cuatro hasta que Nerea se fue y luego los tres nos lo pasamos estupendamente bañándonos en la piscina.

Fue maravilloso ver la mano que Mikel tenía con los niños, estaba segura de que sería un padre maravilloso.

—Venga Mikel tírame otra vez —le pidió para que le lanzara desde sus brazos al agua.

Mikel le cogió en brazos, pero en vez de tirarle le susurró algo en el oído y el pequeño se echó a reír.

Los dos nadaron hasta mí que estaba sentada en el borde viéndolos jugar a ellos. Vi cómo los dos me miraban con cara de pillos y supe al instante lo que pretendían.

—Ni se te ocurra —dije apuntando a Mikel con el dedo.

Aitor soltó una risita. Ni caso me hizo me agarró de la cintura. Él fue rápido, pero yo también y antes de que me soltará me agarré con las piernas en su cintura.

—No te va a servir de nada, suéltate o te hundo conmigo —dijo riéndose.

—No.

—¡Sí! —animó Aitor riéndose.

—Somos dos contra uno.

—Traidores.

Ni tiempo me dio a decir nada más, Mikel se lanzó hacía delante y nos hundió a los dos. Bajo el agua los dos forcejeamos, pero el muy capullo me ganó la partida cuando me beso para que dejara de moverme.

Cuando subimos a la superficie Aitor se reía a carcajadas.

—Eres un tramposo, usas artes encandiladoras para desarmarme.

Se encogió de hombros riendo.

—Esta te la guardo, te recuerdo que yo también sé algunos trucos —dije mientras, sin que Aitor me viera, metía la mano bajo el agua y le apretaba el miembro por encima del bañador.

—Amaia, eso lo vas a pagar caro, te voy a poner el culo rojo después.

Me encogí de hombros riéndome.

—Deseando estoy de que cumplas tu amenaza.

Seguimos un rato más jugando hasta que una voz desde el otro lado nos hizo pararnos.

—Amaia ya hemos vuelto —dijo Eneko.

Mikel se tensó al momento en cuanto le oyó y la sonrisa que había tenido todo el tiempo en la cara desapareció.

—Pasa estamos en la piscina.

No solo pasó él, sino que Bosco entró también. Los dos venían con camisa y corbata y debían estar asándose de calor pensé al mirarlos.

Mikel fue el primero en salir de la piscina. Aitor y yo le seguimos después. Me lanzó una toalla y con otra que tenía en las manos envolvió al niño.

El momento en el que Eneko y Bosco llegaron hasta nosotros fue tenso. Ellos dos miraban a Mikel con el ceño fruncido y este último a ellos como si estuviera esperando que dijeran algo fuera de lugar para lanzarles por encima de la vaya o directamente a la piscina.

—Bosco, Eneko él es Mikel el hermano de Nerea y uno de los dos médicos del pueblo.

A regañadientes se dieron la mano. Eneko no me había quitado la vista de encima desde que había salido de la piscina y mal no me miraba precisamente, más bien todo lo contrario.

—Papá me lo he pasado super bien. Nerea tiene en la librería quinientos treinta y siete libros, es una maravilla.

Mikel se echó a reír.

—¿Los has contado?

—Sí claro, quería saber del material total del que dispone. Aunque déjame decirte que tu hermana es un poco desastre, no los tiene colocados con mucho orden. Si los pusiera por orden alfabético o de genero mejor, la gente los encontraría con más facilidad.

Mikel se hecho a reír a carcajadas. Bosco y Eneko negaron con la cabeza escondiendo una sonrisa. Y yo me aguante la risa pensando en la cara que pondría Nerea cuando le dijera el desastre de colocación que tenía en la cafetería según el criterio de Aitor.

—Nerea estará encantada de oír tus consejos.

—Sí, eso pensé. Se lo diré cuando la vea. Incluso me ofreceré a ayudarla para que todo quede perfecto.

—Aitor, ya hemos hablado de que hay que decir las cosas con tacto y algunas callárselas, sabes que a la gente puede sentarle mal que otros sean sinceros.

Cuando Eneko le dijo eso muy serio y vi como Aitor agachó la cabeza avergonzado, no me pude quedar callada. Crucé una mirada rápida con Mikel y vi que él pensaba lo mismo.

—No estoy de acuerdo con eso.

—¿Qué? —me preguntó Eneko.

—Que no estoy de acuerdo con lo que le has dicho. Ser sincero es una de las mejores cosas de este mundo. Ojalá todas las personas fueran como Aitor, si dijeran lo que piensan en vez de ser unos hipócritas harían menos daño.

Bosco carraspeo y Eneko me retiró la mirada. Los dos sabían que mis palabras tenían un trasfondo en el que ellos precisamente estaban implicados por lo que pasó en el pasado.

Si hubieran tenido los huevos suficientes para decirme que preferían estar alejados de mí porque se avergonzaban de tener una amiga con algo diferente me hubieran ahorrado muchas lágrimas y mucho sufrimiento.

—Tiene razón.

Al decir eso, Aitor miró primero a Bosco que era el que había hablado y después a mi dándome las gracias con la mirada.

—Bien hablaremos de esto y de otras muchas cosas mañana. Ahora tenemos que irnos. Aitor toca ducha, llamada a los abuelos y después vamos a preparar la cena.

Aitor negó con la cabeza y se giró hacia a mí.

—Amaia, dijiste que hoy harías tortilla de patata de cena ¿verdad?

—Sí.

—Pues si no te importa, guárdame un trozo, porque si ellos hacen la cena me veo yéndome a la cama con el estómago vacío.

Toma sinceridad pensé mientras estallaba en carcajadas a las que Mikel se unió. Bosco y Eneko se pusieron rojos como un tomate por la vergüenza.

—Aitor hijo no es para tanto, sí que sabemos hacer algunas cosas.

El niño miró a su padre alzando una ceja y resopló.

—¿El qué? Los macarrones de anoche que estaban más duros que una piedra, o las tostadas del desayuno que han acabado en el cubo de la basura porque estaban más negras que un agujero del espacio.

Mikel y yo en esos momentos ya llorábamos de la risa y a ellos nos les quedó más remedio que unirse a nosotros. Cuando conseguí calmarme un poco los miré a los tres.

—Aitor.

—Dime.

—Como es la primera vez que vienes a Ea, para darte la bienvenida hoy haré dos tortillas. Una para nosotros y otra para vosotros. Luego os la llevaré ¿te parece bien?

Miró al cielo y levantó las manos.

—Gracias Dios mío por mandar a esta mujer que me salvará al menos hoy de morir de hambre.

—La madre que lo pario… —dijo Bosco entre dientes mientras negaba con la cabeza.

—Amaia, no hace falta de verdad, pediremos comida o ya nos las apañaremos —añadió Eneko avergonzado.

—Calla papá, se ha ofrecido ella, si le hace ilusión hacerme una tortilla no se lo impidas.

—Dios mío… —dijo Eneko llevándose las manos a la cara.

—Luego os la llevaré —añadí zanjando el asunto.

—Estupendo. Ahora ya podemos irnos. Mientras me ducho me vais contando que tal el negocio que habéis cerrado.

Aitor les dijo eso mientras caminaba hacia la vaya y los otros dos le seguían negando con la cabeza. Mikel y yo aun riendo nos quedamos mirándolos hasta que desaparecieron por la vaya.

—Es fabuloso.

—Sí que lo es. Me tiene enamorada.

—Y no solo él ¿no?

Le miré frunciendo el ceño porque no tenía ni idea a que venía esa pregunta y no solo la pregunté sino el tonito en la que lo dijo.

—¿De qué hablas?

—Vamos Amaia que he visto como miras a Eneko, sigues enamorada de él.

Este hombre era gilipollas, de verdad que sí. O estaba ciego que también podría ser.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Y te voy a decir más. No sé por qué escondía lo vuestro en el pasado, pero él te mira igual. Sigue enamorado de ti. Puede que ahora sí que sea el momento para que arregléis las cosas.

Negué con la cabeza antes de darme la vuelta para entrar en casa para ir a darme una ducha.

Ni se podía imaginar el daño que acaba de hacerme con sus palabras. Porque bien claro me estaba diciendo con ellas, que le importaba una mierda lo que teníamos y que le daba igual que me fuera con Eneko o con perico de los palotes.

—Amaia espera, ¿no piensas decir nada?

Le miré por encima del hombro.

—No tengo nada que decir, tú ya pareceres tenerlo todo muy claro.

Segui caminando deprisa pero solo llegué a la cocina. Me agarró del brazo y me giró para que lo mirara.

Había enfado en sus ojos, y algo así como celos. Pero eso no era posible así que pensé que estaba equivocada. Seguramente lo que le pasaba era que si pensaba que yo podría tener algo con Eneko cosa que no iba a pasar de ninguna de las maneras, se le acabaría el chollo de tenerme para follar cuando quisiera.

—¿Qué quieres Mikel? —pregunté con cansancio.

No me contestó, se lanzó a besarme. Ni cinco minutos después estaba sentada en la mesa de la cocina totalmente desnuda mientras Mikel me follaba con fuerza.

Por la manera en la que me miraba y por la manera brusca que me lo estaba haciendo era como si quisiera castigarme por algo. Dos embestidas más y los dos jadeantes llegamos al clímax juntos.

—Con él nunca vas a disfrutar como lo haces conmigo.

Solté una risa amarga. ¿Cómo podía ser posible que me hablara de Eneko estando todavía dentro de mí?

—Sí, en eso tienes razón. En eso sí sois diferentes.

—En eso y en todo. Yo no me parezco a él en nada —contestó enfadado.

Mira en eso sí que estaba equivocado. Porque se parecían mucho más de lo que me gustaría.

—Ojalá eso fuera cierto —murmuré para mí.

—¿Qué quieres decir?

Negué con la cabeza para intentar que las lágrimas que se me estaban formando en los ojos no salieran. Abrí la boca para decirle que por favor me dejara sola, pero ni siquiera hizo falta, su móvil el que había dejado a un lado de la mesa sonó. Arantxa.

Ver su nombre en la pantalla fue como un golpe fuerte en el pecho. Mikel alargó la mano y lo cogió con rapidez.

—Tengo que contestar.

Mis ojos se aguaron todavía más. Lo vio y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Nada que te importe. Pero si vas a hablar con ella mejor que lo hagas cuando no estes dentro de mí ¿no crees?

Vi cómo se le iba todo el color de la cara al darse cuenta de la situación.

—Amaia yo… —dijo mientras salía de mí.

Me bajé de la mesa de un salto y recogí el bikini y la toalla que habían quedado tirados en el suelo con rapidez.

—Deberías volver con ella ya y dejar de perder el tiempo conmigo.

—Amaia…

No me giré, no quería que me viera llorar que era lo que estaba haciendo en esos momentos.

—Estaría bien que al menos uno de los dos acabara con la persona que ama. Y te aseguro que esa no seré yo. Así que hazlo. Y quédate tranquilo ella nunca sabrá que nos hemos acostado, será un secreto siempre.

Capítulo 25



El resto de la tarde no volví a ver a Mikel y fue lo mejor porque no tenía ganas, esa era la pura verdad.

Desde que subir a darme una ducha que fue bastante larga y en la que aproveché para dejar salir todo el dolor que tenía dentro, llorando sentada en el suelo como hacía años que no lo hacía, no salí de mi habitación hasta que no fue la hora de preparar la cena.

Como dije que haría, preparé dos tortillas de patata. Estaba terminando de preparar una ensalada con la que nosotros acompañaríamos la tortilla cuando Nerea entró en la cocina.

—Hola potxola.

—Hola.

Me miró frunciendo el ceño a la vez que se acercaba a mí.

—Amaia, ¿qué te pasa?

—Nada —dije demasiado rápido.

—Amaia, no me jodas. Te conozco y sé que hace días que te pasa algo.

Negué con la cabeza.

—En lo que te duchas voy a llevar una tortilla a Aitor, no tardo nada en volver.

—Amaia, coño, habla conmigo.

Mis ojos se aguaron, pero retiré la mirada para que no me viera. Tarde fue demasiado tarde. Nerea era demasiado rápida.

—¿Esto no tiene nada que ver con ellos no es cierto?

—No me pasa nada de verdad, solo estoy cansada.

No insistió al ver que con mi respuesta le había dicho justamente lo que quería saber que no estaba así por la vuelta de Eneko y Bosco. Así que cambió de tema.

—Solo contéstame algo.

—¿Qué?

—¿Qué has sentido al verlos esta mañana? No hemos podido hablar de ello.

Me quedé pensando unos segundos antes de contestar.

—No lo sé. Siempre pensé que si alguna vez volvía a verlos sentiría rabia, odio y cosas malas. Pero eso no ha pasado. Es raro, no sé cómo explicarlo.

Nerea sonrió.

—Tienes un corazón tan puro que eres incapaz de odiar a nadie. Creo que les has perdonado lo que hicieron. Como suelen decir, el tiempo lo cura todo.

—Me hicieron mucho daño. Más de lo que me ha hecho nadie nunca.

—Y creo que se dieron cuenta de cuánto la cagaron cuando te perdieron. Por eso creo que te han pedido hablar, para pedirte perdón.

Suspiré.

—Puede que tengas razón y sí que les haya perdonado. Pero las cosas nunca podrán volver a ser como antes, eso lo tengo claro.

—Puede que lo mejor sea que no sean como antes. Lo mejor es que sean distintas, pero para bien.

Asentí.

—¿Se te ha removido algo por dentro al ver a Eneko?

Esa respuesta era la más fácil. Porque era una de las que más clara tenía.

—Absolutamente nada. He sentido nostalgia por los niños que fuimos, pero si me estás preguntando si he sentido algo así como amor por él, no, eso no está ahí y te puedo asegurar que nunca más estará.

Soltó una risita y la miré con las cejas alzadas.

—Por supuesto que no has podido sentir nada. Porque tu corazón no está libre para que eso pase.

La miré con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

—No me mires así. No soy tonta, ¿sabes? Y llevo viendo meses cómo miras a mi hermano.

Mierda, mierda y más mierda.

—No le miró de ninguna manera especial, solo como el amigo que es, nada más.

Iba a decirme algo más, pero los pasos de Mikel que bajaba por la escalera hicieron que se guardará sus palabras.

—Voy a llevar la tortilla.

Asintió.

—Y Nerea.

—¿Qué?

—Déjalo estar, por favor.

—Pero…

—Por favor —repetí rogando, y ella esopló.

—Está bien. Pero que sepas que estoy aquí, siempre estaré aquí, para hablar o ayudarte con lo que sea.

Se me encogió el corazón al oírla decirme eso. Porque sabía que era la verdad. Ella era mi amiga pasara lo pasara y sabía que tendría su apoyo siempre.

Pero en este caso, eso no podía ser. Porque era su hermano por el que estaba sufriendo y ella bajo ningún concepto podría saberlo.

—Lo sé. Gracias.

Asintió antes de darse la vuelta para ir a ducharse y yo me di prisa en coger la tortilla para llevársela a los vecinos antes de que Mikel entrara en la cocina.

No quise invadir entrando por el jardín, así que lo hice por la puerta principal. Bosco fue el que me abrió cuando llamé al timbre y al ver que era yo frunció el ceño.

—¿Por qué vienes por aquí y no has entrado por el jardín como siempre?

¿Como siempre? Pensé con pesar. Pues porque nada volverá a ser ya como siempre. Debió de adivinar mis pensamientos porque sus ojos se llenaron de dolor.

—Pasa, por favor —dijo retirándose a un lado.

Cogí aire antes de dar un paso para entrar en esa casa en la que tantas cosas había vivido. Miré el hall y sonreí.

—Está todo igual.

—No todo —contestó muy serio.

Alargó las manos, me cogió la tortilla y la puso en el aparador de la entrada.

—Espero que os guste —dijo dando un paso atrás.

—Amaia, espera. No te la que quitado de las manos para que te vayas. Lo he hecho porque necesito hacer algo.

Le miré confundida.

—¿El qué?

—Algo que llevo queriendo hacer años. Algo que me ha hecho mucha falta y algo que si no lo hago ya no podré seguir.

Ni tiempo me dio a decir nada. Dio dos pasos hacia mí y me envolvió entre sus brazos. Me abrazó tan fuerte que casi me faltaba el aire.

Unos segundos después note como su respiración se aceleraba y como su pecho subía y bajaba. Joder, estaba llorando…

—Lo siento… lo siento tanto. Joder de verdad no sabes cuánto lo siento. Perdóname, Amaia, por favor perdóname por ser un mierda. Yo te quería, te quiero —puntualizó—, eras mi mejor amiga y siempre lo serás.

Diós mío… Estaba totalmente roto en mis brazos. Lloraba como un niño pequeño. Y encima yo que le conocía sabía de sobra que sus palabras eran totalmente sinceras. No es que estuviera arrepentido por lo que hizo, sino que estaba destrozado sabiendo el daño que me hizo.

—Bosco…

—Lo sé, no me merezco ni que me mires a la cara. Pero necesitaba decírtelo, llevo años queriendo decírtelo. He preguntado mil veces por ti y por dónde estabas. Si hubiera conseguido averiguarlo hubiera ido sin dudar, nunca me imaginé que estarías aquí.

—Bosco… —repetí.

—Lo siento, de verdad que lo siento —dijo antes de soltarme y agachar la cabeza, totalmente abatido.

—Mírame —exigí.

Levantó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su mirada llena de dolor.

—Fuiste un cabrón.

—Lo sé.

—Y un mal amigo.

—Lo sé.

—Todos me hicieron daño. Pero no fue comparado al tuyo. De ti era del único que no me esperaba ese trato. Nunca pensé que pudieras reírte de mí por estar enferma. Los demás me hicieron daño, pero tú me destrozaste.

Mis palabras fueron duras pero necesarias, necesitaba sacar de dentro el cómo me sentí. El dolor que tenía por su traición.

—Amaia…

Su llanto al saber de mi boca el cómo me sentía se intensificó. Y no supe por qué, pero verle sufrir así no pude soportarlo. Di el paso que nos separaba y le abracé.

—Sí vuelves a hacerme una cosa así, te mataré, gilipollas.

Su risa se mezcló con su llanto.

—Sé que las cosas nunca volverán a ser como antes, pero dame la oportunidad de redimirme, déjame estar en tu vida, te lo ruego.

Puede que fuera una idiota o una loca, pero no pude negarme a su petición. Era de las que siempre había pensado que todo el mundo se merecía una segunda oportunidad.

Y mucho más si la persona que la había cagado pedía perdón de la manera que Bosco lo estaba haciendo.

—Procura no cagarla esta vez, no habrá una tercera oportunidad.

Separó la cabeza de mí y me miró sorprendido.

—¿Sí?

Asentí, y volvió a abrazarme fuerte.

Sentí que había recuperado al que un día fue mi amigo incondicional me hizo sentir bien, muy bien. Como él acaba de decir las cosas nunca serían igual, pero quizá con el paso del tiempo fueran incluso mejores.

Un carraspeo a nuestra espalda hizo que nos separáramos. Giramos la cabeza al tiempo para ver cómo Eneko nos miraba con una sonrisa en su boca, pero a la vez sus ojos estaban llenos de tristeza.

—Escúchale. También tiene mucho que decir. No volvió a ser el mismo después de aquel día. En realidad, ninguno lo fuimos —me susurró Bosco.

Asentí.

—Nos vemos mañana —dijo antes de darme un beso en la frente, coger la tortilla y desaparecer por el pasillo.

Capítulo 26



Eneko se acercó sin dejar de mirarme. Miré en sus ojos buscando lo que Mikel había insinuado que sentía por mí.

No lo encontré. Y es que no podía encontrarlo porque eso nunca había estado ahí. Hubo cariño, hubo amistad, deseo, atracción, sí, claro que hubo todo eso, pero amor, no. Eneko nunca estuvo enamorado de mí.

—Amaia…

—Eneko.

—Yo…

—¿Tú?

—Quería…

Me dieron ganas de echarme a reír al ver lo nervioso que estaba. Él que siempre había sido el más seguro de sí mismo de todos. El que más temple tenía y el que siempre sabía que decir, estaba totalmente perdido y bloqueado.

Al parecer me estaba ablandando porque decidí ponérselo un poco más fácil. Me acerqué a él la distancia que nos separaba.

—¿Qué te parece si antes de decir nada me das un abrazo?

Sonrió, joder si sonrió. Esa sonrisa preciosa que tenía al igual que su hijo se formó en su boca al oír mi petición.

—Joder sí, claro que sí, ven aquí.

Igual que había hecho Bosco me abrazó fuerte contra su pecho y también lloró, se lamentó, me pidió varias veces perdón. Al retirarnos los dos nos miramos sonriendo.

Me pasó la mano por la cara y me acarició la mejilla para limpiarme los restos de lágrimas que tenía y yo no me pude resistir a hacerle lo mismo.

—Sigues siendo preciosa.

—Y tú tan guapo que duele mirarte.

Nos miramos un segundo más y nos echamos a reír.

—Amaia, ojalá hubieras sido tú la que ocupara mi corazón.

—No era nuestro destino.

Negó con la cabeza.

—No, desgraciadamente no lo era. Siento que pensaras que te escondía. No lo hacía porque me avergonzara de ti, sino por egoísmo. Porque quería que lo que teníamos fuera algo solo nuestro. Desde la primera vez que nos besamos, desee enamorarme de ti, pero eso…

—No pasó, lo sé. Eso no es algo que, porque lo desees, pase. Eso es algo que nace solo. En el corazón no se manda, él no pide permiso ni opinión para elegir.

—Joder no solo sigues siendo preciosa por fuera, siempre lo fuiste por dentro y eso no ha menguado ni un poco sino todo lo contrario.

—Vosotros también lo erais, pero os equivocasteis.

—¿Podemos empezar de cero y ser amigos? Por favor —me rogó.

Al igual que había hecho con Bosco, pensé lo mismo. También se merecía otra oportunidad.

En lo que había dicho tenía toda la razón, me quiso, pero no llegó a enamorarse de mí, aunque lo quisiera, porque las cosas no estaban de pasar así.

—Sí que podemos, además ya no puedo, ni quiero separarme de vosotros. Hay una copia tuya por ahí que me tiene encandilada.

Se echo a reír.

—Y tú a él, no deja de hablar de ti en ningún momento y de tus amigos tampoco.

—Sabes que lo está pasando mal. No me ha contado nada, pero veo en sus ojos que se siente rechazado por ser diferente, por ser especial.

Eneko se tensó. Lo noté en todo su cuerpo porque aún estábamos abrazados.

—Tengo mucho que contarte. Lo haré con calma. Pero lo principal es que no estamos aquí de vacaciones como él cree. Sino para alejarle de Andrea, ella…

—Le está haciendo lo mismo que a mí o parecido. No quiere que destaque, no quiere que la gente se fije en él antes que en ella.

—Joder… así es. Y no pienso consentirlo. No pienso dejar que mi hijo sufra. Bastantes años llevo aguantándola, pero ya no más.

Le miré un segundo a los ojos y vi una verdad que me dejó helada.

—De ella tampoco has estado enamorado nunca.

—No. Me acosté con ella estando borracho, se montó su película en la cabeza, me lio. Luego pasó lo tuyo a la vez que me dijo que estaba embarazada, eso he pensado siempre que lo buscó, pero ahora ya da igual.

—Joder…

—Me quedé con ella por Aitor, pero ya no puedo seguir así. No podemos seguir así. No la soporto. Además…

Vaya… ese además y sus ojos me dijeron algo que no me esperaba.

—Estás enamorado.

Soltó una risita.

—Así es. Lucía es la mujer de mi vida, lo sé. Adora a Aitor y ella también me quiere.

—Pues no la dejes escapar. Lucha lo que haga falta. Si necesitas mi ayuda en lo que sea, cuenta con ella.

—Joder después de cómo me porté, aun así, te ofreces a ayudarme. Eres única. Es imposible no quererte.

La carcajada me salió sola.

—Eso no lo digas nunca más en voz alta, aunque me quieras como amiga, puede meterte en un lío ¿Sabes qué me dijo tu hijo ayer?

—De él me espero cualquier cosa.

—Cuando le dije que os conocía, me dijo: «Claro, tú eres la Amaia de papá».

—No me jodas, la madre que lo parió —dijo riéndose—. Oye conversaciones detrás de las puertas a cachos y se monta unos ciscos en la cabeza del copón.

—Es un niño muy observador y sabe más de lo que crees.

—Lo sé.

Nos miramos y antes de separarnos me dio un beso en los labios. Corto, pero me lo dio.

—Ese era el que te debía antes de decirte adiós.

Me eché a reír.

—Anda, ve a cenar, lo mismo entre tu hijo y Bosco no te han dejado ni las migas.

—Eso ya me lo espero. Los dos comen como limas.

Nos volvimos a echar a reír y me di la vuelta para salir.

—Amaia.

—¿Sí?
—Gracias. Gracias por perdonarnos. Y gracias por dejarnos estar en tu vida.

Levanté la mano y riendo le apunté con el dedo.

—No hagas que me arrepienta. Portaros bien.

Se llevó la mano al pecho como hizo su hijo el día anterior cuando le conté lo de mis libros.

—Lo juro.

Asentí.

—Y Amaia, tú tampoco le dejes escapar, te mereces más que nadie ser feliz.

Le miré confusa.

—He visto esta tarde cómo le miras y cómo te mira él.

Vaya, ahí estaba el Eneko que yo conocía, ese que seguía siendo muy observador sobre todo cuando se trataba de la gente que le importaba. No tuve ningún problema en hablar claramente con él de Mikel.

Sí algo tenía Eneko y lo había tenido siempre, aunque la cagara en su día, era que lo que hablabas con él, se quedaba en él.

—No hay nada ni lo habrá.

—No digas nunca jamás.

Me salió sola una risa amarga.

—Al parecer no suelo elegir bien de quién me enamoro. Lo nuestro no pudo ser porque tú no me correspondías, pues ahora con él pasa otra vez lo mismo.

—He visto cómo te mira.

—Me mira como lo hacías tú. Pero al igual que pasó entonces, no pasará de ahí. Está enamorado de otra mujer que no soy yo.

—Joder pues a mí me ha parecido otra cosa. Me ha parecido ver celos en su mirada cuando me he acercado a vosotros.

Volví a reír, porque al parecer a los dos nos había dado la misma impresión. Pero después de lo que había pasado en la cocina me había dado cuenta de que eso no era así.

Lo que a Mikel le había jodido de la aparición de Eneko había sido que pensó que se le acabarían sus ratos de desahogo y diversión que tenía conmigo, nada más.

—No lo eran, te lo aseguro.

—Pues es una pena, estoy seguro de que a esa otra mujer tú le das mil vueltas.

—No lo creo, pero, aunque así fuera, eso no es lo importante. La quiere a ella y ya está. Lo tengo asumido, lo he aceptado porque no me ha quedado de otra, más bien.

—Joder Amaia…

—Déjalo Eneko.

—Está bien. Pero que sepas que Bosco y yo estamos aquí para lo que haga falta.

—Eso no lo dudes.

Le voz de Bosco nos hizo girarnos a los dos.

—Gracias, pero se me pasará.

Los dos asintieron. Se acercaron a darme un abrazo y un beso antes de que saliera por la puerta en dirección a mi casa.

Y según caminaba por la acera me sentí bien. Muy bien en realidad. Como si me hubiera quitado una gran espina que tenía clavada en el corazón. Me dio la sensación de que algo que había estado descolocado mucho tiempo volvía a su lugar. Volvía a encajar.

Cuando entré en la cocina Nerea ya estaba terminando de poner la mesa.

—Ha ido bien —dijo afirmando.

—Muy bien en realidad.

Nos sentamos a la mesa a esperar a Mikel que, según me dijo, estaba hablando por teléfono, otra vez, y mientras le hice un resumen de lo que había pasado en la casa vecina.

—Si les has perdonado, yo también les daré una oportunidad. Pero si la cagan de nuevo, no tendrán lugar en el mundo para esconderse, los despellejaré vivos.

—No esperaba menos de ti —dije riéndome.

Mikel llegó un par de minutos después y nos sentamos a cenar.

La conversación se centró en la cafetería, en mi libro y en Aitor. Mikel apenas intervino, se le notaba tenso y muy pensativo. Esa noche no se quedó con nosotras a ver una peli, se marchó a su cuarto porque según él estaba cansado, cosa que no me creí en ningún momento, pero no me quedó de otra que dejarlo pasar.

Capítulo 27



Había pasado casi un mes desde que Aitor, Eneko y Bosco llegaron a Ea.

Las cosas entre nosotros desde aquella conversación cuando fui a llevarles la cena habían ido bien, muy bien, de hecho.

No podía decir que teníamos la misma relación que tuvimos en el pasado porque estaría mintiendo. Primero porque lo que teníamos antes era una relación de críos y ahora los tres éramos adultos y las cosas todos las veíamos de otra manera.

Y segundo porque entre Eneko y yo solo había amistad una muy sana, que era mucho mejor que lo que tuvimos siendo adolescentes.

Con Bosco había tenido varias y largas conversaciones. Nos habíamos puesto al día totalmente de nuestras vidas contándonos absolutamente todo los que habíamos vivido desde que la última vez que nos vimos.

Yo le hablé, de mi llegada a Ea, de mi abuela, de Nerea, de cómo estudié la carrera y también le conté mi secretillo de que era la Ratita Azul, aún cada vez que recuerdo la cara que puso y como a continuación se arrodillo a mis pies, la risa se me salé sola.

Él por su parte me había hablado de lo mal que lo pasó cuando Edurne le engañó. De lo mucho que le gustó estudiar arquitectura y lo a gusto que estaba trabajando junto a Eneko.

También con pesar porque pese a todo era su hermana me contó que desde poco después de que me marchara y se diera cuenta de lo dañina que era Andrea su relación se había ido yendo poco a poco a pique y que en la actualidad se hablaban lo justo.

Por último, me dijo que no había vuelto a tener pareja y que solo solía pasar algunas noches con alguna mujer que conocía, teniendo sexo y nada más.

Con Eneko también había hablado bastante. De nosotros no, claro está, ese tema estaba muerto y enterrado.

Con él hable de Aitor, sobre todo, de su relación con Andrea que según dijo había sido un completo desastre desde el principio. También como Bosco me habló de su trabajo y de lo a gusto que estaba en la empresa con nuestros padres.

Y de Lucía, de ella me habló también y me encantó ver el brillo en los ojos que se le ponía cuando decía su nombre.

Ella había entrado a trabajar en la empresa un año atrás como decoradora de interiores y era la que una vez terminados los proyectos que ellos hacían daba el toque final con su magia a sus creaciones.

Durante ese tiempo mi relación con ellos fue subiendo para bien y podría decir que volvíamos a ser amigos.

En cambio, con Mikel las cosas cada día iban a peor, aunque eso nadie lo sabía ya que delante de todos actuábamos de forma normal. Pero cuando estábamos solos la cosa cambiaba.

Sí que habíamos seguido acostándonos los primeros días después de la llegada de mis amigos, pero eso había cambiado dos semanas atrás y aún seguía sin saber por qué, aunque me podía imaginar el motivo.

Mikel se marchó a Bilbao según él a ver a sus amigos de allí una semana completa que cogió de vacaciones. Lo que pasara allí no tenía ni idea de que fue. Pero cuando volvió fue cuando todo de golpe cambió.

Ese día cuando llegó y me vio sentada en el jardín riéndome con Eneko mientras Bosco, Aitor y Nerea se bañaban en la piscina, me miró negando con la cabeza.

Y cuando esa noche recogiendo los platos de la cena nos quedamos solos, me dijo no de muy buenas maneras que de golpe y porrazo había vuelto a mi vida al hombre que quería y que además tenía la suerte de que tuviera un hijo tan especial.

Me deseó lo mejor junto a Eneko y se marchó a su habitación dejándome con la palabra en la boca. Ni la oportunidad de explicarle cómo eran las cosas me dio.

Desde ese día solo me hablaba si había alguien delante y por supuesto no me había vuelto a tocar.

Pero lo peor de todo era que las llamadas con Arantxa aumentaron, también en esas dos últimas semanas había ido al menos tres veces a Bilbao según le dijo a Nerea porque a mí no me diría tal cosa, estaban intentando al menos quedar en buenos términos y ser amigos y que si las cosas después iban bien no descartaba volver con ella.

Nerea no había dejado de preguntarme a diario si estaba bien y yo todas las veces le decía que sí, que solo era cansancio por el calor.

Mentira. Sí mentira, porque no estaba nada bien. Ni física ni mentalmente.

Mentalmente porque por segunda vez del hombre que me había enamorado no era el que estaba destinado a mí y otra vez me iba a tocar verle irse con otra mujer. Porque que Mikel volvería con su ex era algo que cada día tenía más claro.

No había querido hablar con ninguno de mis amigos del tema ¿Para qué? Era mejor comérmelo sola, llorar en la soledad de mi habitación e intentar aparentar que estaba bien delante de todos para no preocuparles.

Y físicamente tampoco estaba bien.

Desde aquel día que me mareé en la playa, me había vuelto a pasar lo mismo varias veces más y si a eso le sumábamos que el estómago lo tenía revuelto prácticamente a diario y que cada día estaba más cansada, eso me hacía pensar que algo no iba como debía.

Ya tenía una ligera sospecha de lo que podía ser, solo llevaba dos días rezando para que no fuera cierto porque si no se iba a liar una y muy gorda. Y precisamente como para bien o para mal no quería seguir con esa incertidumbre dentro de mí, estaba en esos momentos camino de Bilbao sin que nadie lo supiera para salir de dudas.

Aparqué el coche que le había pedido prestado a un vecino justo en la misma calle de la clínica en la que había pedido cita.

En la sala de espera solo tuve que esperar cinco minutos ya que una enfermera muy amable me acompañó a la consulta de la ginecóloga a la que le había pedido cita dos días atrás.

—Buenos días, Amaia, siéntate por favor.

—Buenos días, doctora.

Me senté en la silla frente a ella y durante los siguientes minutos me hizo un montón de preguntas.

Cuando le dije que sospechaba que estaba embarazada pero que había estado tomando anticonceptivos y que no entendía como podían haber fallado si nunca me había olvidado de tomar ninguna dosis, la doctora se echó a reír y me dijo que el único método seguro era la abstinencia lo demás todo podía fallar.

Media hora después salí de la consulta cagada de miedo, con una ecografía del bebe que crecía en mi vientre ese que llevaba allí ya dos meses, alojado, unas cuantas recomendaciones y llorando como una magdalena.

Lloraba por lo emocionada que estaba por ser madre, pero a la vez por lo triste que iba a ser hacerlo yo sola y que mi hijo creciera sin padre.

Llegué a casa y por suerte no había nadie.

Nerea estaba en la cafetería, Mikel en la consulta y en la casa de al lado tampoco había nadie ya que se habían ido también a Bilbao a pasar la mañana para que Aitor viera a sus abuelos antes de que estos cogieran esa misma tarde un avión para irse de vacaciones al caribe.

Vacaciones a las que también iban mis padres, por supuesto.

Lo primero que hice fue subir a mi habitación a darme una ducha y cambiarme de ropa. Cuando baje un rato después para no darle vueltas a la cabeza, cosa que estaba segura de que sería muy difícil empecé a sacar de la nevera y de la despensa los ingredientes para hacer una tarta que necesitaba reposo.

Dicha tarta nos la comeríamos al día siguiente en la fiesta que celebraríamos en el jardín para celebrar el cumpleaños de Nerea.

También haríamos una barbacoa y de la carne dijo Mikel que él se encargaría de recogerla cuando saliera de la consulta ese mismo día así que gracias a dios ya no tendría que salir de casa ese día para nada, y agradecida que estaba porque estaba muy cansada.

La ginecóloga me había dicho que esos mareos que me daban eran porque se me bajaba la tensión debido al embarazo y al calor que hacía.

Me quedé tranquila porque me dijo que era una cosa muy común en mi estado y que con que tuviera cuidado de sentarme o tumbarme cuando lo notara era más que suficiente.

Me llevé la mano al vientre y sonreí. Un bebe….

Diós mío lo que más preocupada me tenía era pensar en cómo decírselo a Mikel, aunque había decidido que esperaría unos días hasta que yo misma lo asimilara para hacerlo. Estaba segura de lo que iba a pasar y eso me tenía de lo más triste. Por como terminaron las cosas entre él y Arantxa y si tenían intención de volver mi hijo no iba a poder formar parte de su vida.

Capítulo 28



Me senté en la cama y cerré los ojos.

Intenté controlar las ganas de vomitar, pero fue imposible. Me tocó salir corriendo al baño para vaciar el agua que era lo único que tenía en el estómago.

Mientras me limpiaba las lágrimas por los esfuerzos sentada en el suelo del baño me lleve las manos al vientre.

—Pequeño dame hoy un poco de tregua, que nos espera un día muy largo y ajetreado.

Y sí el día estaba segura de que sería ajetreado.

La celebración del cumpleaños Nerea empezaría a medio día con la barbacoa, pero con lo bueno que hacía estaba segura de que se alargaría hasta por la noche.

Salí de la ducha y me fui directamente al armario. No eran ni las nueve de la mañana y ya apretaba el calor así que cogí un peto de lino de tirantes y unas sandalias.

Mientras me lo ponía me quedé mirando toda la ropa que tenía en el armario y negué con la cabeza pensando que en poco tiempo tendría que comprarme de todo, porque en cuanto empezara a engordar no me valdría nada.

Bajé a la cocina y ya estaban allí Nerea y Mikel desayunando.

—Iba a subir ahora mismo a buscarte, estaba preocupada.

Arqueé una ceja mirando a Nerea que de verdad me miraba preocupada y no entendía por qué.

—¿Por qué?

—Amaia, desde que yo vivo en esta casa y sé que antes también lo hacías, no has perdonado ni un día el levantarte al amanecer para tomarte un café en el jardín y hoy no lo has hecho. ¿Qué te pasa?

Mierda… era cierto que no había bajado, pero es que me había dormido tan tarde la noche anterior dando mil vueltas a las cosas en la cabeza que cuando me desperté como todos los días antes del amanecer no había tenido ni ganas ni fuerzas para hacerlo.

—No he dormido muy bien, por eso no he madrugado hoy.

Frunció el ceño al verme coger la leche y el cacao.

—Tienes mala cara, tienes ojeras, duermes mal y tu mirada no es la misma de siempre. Sigue diciéndome que estás bien, que lo mismo te creo y todo.

Resoplé.

—Puedo revisarte si quieres, o pásate por la consulta si lo prefieres —me dijo Mikel que hasta ese momento no había abierto la boca.

—No, gracias.

—Mi hermana tiene razón, tienes mala cara.

Solté una risa seca.

—Da gusto con vosotros. Vaya buenos días que me estáis dando.

—Joder Amaia es que me tienes preocupada, verte así me recuerda a…

—No —dije cortándola.

—¿A qué te recuerda? —le preguntó Mikel a su hermana.

Nerea resopló y me miró. Le pedí con la mirada que lo dejara estar de una vez y que cambiara de tema.

Lo hizo, gracias a Dios lo hizo.

—¿Crees que tendremos suficiente comida?

—Claro que sí. Si con todo lo que hemos comprado, parece que nos ha poseído el espíritu de mi madre que es la reina de la exageración.

Me miró y se echó a reír.

Terminamos de desayunar y Nerea se marchó a casa de una de nuestras amigas del grupo que era peluquera. Quería estar mona para su cumpleaños, palabras suyas no mías.

Era una suerte que fuera nuestra amiga y se lo hiciera en su casa, porque al ser fiesta ese día no se habría ningún establecimiento en el pueblo. Mikel se dedicó a decorar el jardín y yo me enfrasque en la cocina.

Estaba cortando unas patatas para la ensaladilla que tenía pensado hacer cuando se me nubló un poco la vista. Me agarré a la encimera y por suerte llegué sin incidentes a sentarme en el taburete que estaba solo a un paso.

—¿Estás bien?

La voz de Mikel a mi lado me sobresaltó, no esperaba que estuviera allí cuando solo un minuto antes le había visto subido en la escalera colgando los últimos globos que le quedaban.

Asentí.

—Te he visto desde fuera y me ha parecido que te mareabas.

—Estoy bien.

—Joder no mientas, estás pálida —dijo enfadado.

—Es el calor, nada más. En cuanto beba un poco de agua fría, se me pasa.

—Quiero que vayas a la consulta para hacerte una revisión, esto no es normal.

Sí, al parecer en mi estado sí que lo es. Eso fue lo que quise decirle, pero no era el momento. Estaba segura de que no se lo tomaría nada bien y no quería chafarle a Nerea el cumpleaños enfadando a su hermano.

—Ya te he dicho antes que no. Estoy bien.

—No lo estás.

—Joder, qué pesado eres. ¿Y a ti qué más te da?

—En eso tienes razón, me da igual lo que te pase. Pero a mi hermana no, y no quiero verla preocupada.

Se me cortó la respiración al oírle decir que le daba igual lo que me pasara, joder que ya sabía que quererme no me quería, pero al menos un poco de aprecio sí que esperaba que me tuviera, pues al parecer ni eso me merecía por su parte.

Pues maravilloso, perfecto y genial.

Los ojos se me aguaron y agaché la cabeza, porque oír de la boca del hombre que amabas una cosa así dolía y mucho. Me giré para seguir contando las patatas dándole la espalda.

—Amaia, yo… no quería decir…

—Sí, sí querías. Pero tranquilo, tampoco has dicho nada que no me esperara o supiera ya.

—Joder yo solo quiero que estés bien y si no me haces caso a mí, ni a mi hermana le dices qué coño te pasa, veremos a ver si a tu noviecito sí que se lo haces.

Resoplé. ¿Noviecito? ¿Pero a este hombre se le estaba yendo la olla o qué? Sí tenía que ser eso porque otra explicación no podía haber.

—¿De qué hablas?

—De que esta tarde hablaré con Eneko y le diré que no estás bien. A ver si diciéndote él que vayas a hacerte una revisión, le haces más caso.

Madre del amor hermoso, este hombre tenía una película montada en la cabeza que era digna de un óscar. Ni le contesté, para qué si ni me iba a escuchar.

Al ver que seguí con las patatas y no le hacía caso se marchó de mala leche hacía las escaleras supuse que para ir a su habitación.

Cinco minutos después bajó con las llaves del coche en la mano.

—Me voy a Bilbao tengo algo que hacer, estaré puntual para la comida.

Sí, ya sabemos los dos cuáles son esas cosas que tienes que hacer, pensé con amargura. Ver a Arantxa. Que era lo que hacía cada vez que iba.

A las dos ya estaban muchos de los invitados en el jardín tomando un vino. Aparte de todos nosotros, también estaban invitados los cuatro amigos de toda la vida de Nerea y algún cliente de la cafetería con los que se llevaba a las mil maravillas.

—¡Amaia, ya estamos aquí!

—Hola, pequeño —dije agachándome para abrazar a Aitor.

Al separarme le miré de arriba abajo y tuve que sonreír. Era imposible no hacerlo.

—Hoy le vas a quitar el protagonismo a la cumpleañera. No se puede estar más guapo que tú, si hasta pajarita y todo te has puesto.

—Es un acto muy importante, la mujer más guapa del pueblo cumple años, había que venir elegante.

Todos los presentes nos echamos a reír.

—Aitor, qué pena que no seas mayor, si no te pediría que te casaras conmigo —le dijo Nerea sin dejar de reírse mientras le daba un abrazo.

—Felicidades, guapetona —dijo dándole dos sonoros besos—. Es mejor que te conformes con uno de tu edad. Y tengo el perfecto candidato para ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es?

Vi cómo Bosco ponía los ojos en blanco y me aguanté la risa. Porque ya me estaba yo imaginando por dónde iban los tiros.

—Pues mi tío Bosco. Hazle un poco de caso, anda, que el pobre se muere por tus huesos.

—La madre que le parió —murmuró Bosco a la vez que se ponía rojo como un tomate.

—Así que tu tío, ¿eh? ¿Y de qué manera crees que debería hacerle caso?

—Podrías empezar por un beso, eso no estaría nada mal.

—Es un buen consejo.

—Pues síguelo.

Todos, incluido Bosco, pensaron que Nerea se iba a quedar parada y que se estaba tomando a broma todo lo que estaba pasando, pero yo la conocía bien y sí Bosco se moría por sus huesos, que era la pura verdad porque yo lo había visto, ella estaba exactamente igual que él.

Con pasos decididos se acercó a Bosco le cogió la cara con las dos manos y le dio un beso corto en los labios.

—¿Así te parece bien?

—Hombre, muy apasionado no ha sido, estoy seguro de que mi tío puede hacerlo mejor y poner un poquito más de entusiasmo. ¿A que sí, tío?

—Por supuesto que sí, pequeño.

Y vaya que si le puso entusiasmo. Como que cogió a Nerea por la cintura y le plantó un señor beso que la dejó con las patas colgando, pero encantada de la vida.

Eneko se acercó a mí con una mujer pelirroja agarrada de su mano en el momento que su hijo, Nerea y Bosco se liaban a hablar de algo que no tenía ni idea de que era.

—Amaia, ella es Lucia, mi chica.

—Encantada, he oído hablar mucho de ti.

—Yo también de ti.

A partir de ahí los tres estuvimos hablando un rato y supe que Lucía sería una buena amiga también. Era majísima, y, además, se la veía muy buena persona.

No me miró a las manchas ni una sola vez, ni hizo alusión a ellas y no porque estuviera advertida, no, lo hizo porque así le nació. Era de las segundas, de las que merecían la pena.

Bosco encendió la barbacoa y nosotras empezamos a sacar las cosas a la mesa del jardín.

—¿Dónde coño estará mi hermano? Solo falta él.

—Estará al llegar, me dijo que se iba a Bilbao, pero que llegaría puntual.

No la dio tiempo a contestarme nada porque justo en ese momento Mikel entró por la puerta del jardín. Pero no venía solo.

Agarrado de su mano venía una chica rubia guapísima que por su cara no parecía muy contenta de estar allí.

—¿Esa es…?

—La tóxica de Arantxa, sí —me contestó Nerea cabreada.

Pues si la había traído y encima habían entrado de la mano, ya era oficial, había vuelto, pensé queriendo que la tierra me tragara y haciendo un esfuerzo enorme por no echarme a llorar allí mismo delante de todos.

Capítulo 29



Nerea y yo nos quedamos mirando como su hermano y a su chica se acercaban primero a los amigos del grupo a saludarlos que eran los que más cerca estaban.

No noté como Bosco, Aitor, Eneko y su novia se unían a nosotras al lado de la mesa de la comida y se quedaban a nuestro lado mirando sin decir ni una palabra como Mikel y Arantxa se acercaban a nosotros.

—Amaia, ¿estás bien? —me susurró Eneko.

Giré la cabeza y le sonreí de manera forzada.

—Sí, ya sabía que esto pasaría antes o después.

—Es un gilipollas y a ella no se la ve muy simpática.

—No lo es o eso dice Nerea.

—De puta madre…

Tuvimos que dejar de hablar entre dientes porque los dos ya habían llegado hasta nosotros.

—Nerea, felicidades.

—Gracias, Arantxa. No esperaba verte, mi hermano no me había dicho que venías.

Soltó una risita.

—Se me olvidó decírtelo —contestó Mikel.

—Perfecto —murmuro Nerea que no estaba muy contenta de tenerla allí.

—Chicos, ella es Arantxa.

Todos dijimos a la vez encantados, hasta Aitor con esa educación tan característica que tenía lo hizo.

Nadie parecía hacer por presentarse así que como anfitriona de la casa no me quedó más remedio que hacerlo a mí.

—Arantxa, yo soy Amaia, una amiga de Nerea. Él es mi amigo Bosco y desde hoy el chico de Nerea.

—¡¿Qué?! Joder, me voy unas horas y cuando vuelvo tengo cuñado —dijo Mikel alucinado.

—Mikel te has perdido el besazo que le ha dado, ha sido genial —dijo Aitor haciéndonos reír.

—Yo soy Eneko, y ella es mi pareja, Lucía.

Cuando Eneko presentó a Lucía como su pareja, la mirada de Mikel buscó la mía, seguramente muy confuso con la situación.

—¿Tu pareja?

Eneko sonrió de medio.

—Mis padres ya no están juntos desde hace mucho tiempo. Lucía es la novia de papá y es genial. Es una buena mujer que lo quiere mucho y a mí también.

Toma, no querías una explicación, pues ahí la tienes.

—¿Y tú eres?

—Soy Aitor.

—¿Hablas mucho para lo pequeño que eres, no?

La pregunta de Arantxa no la hizo de buena manera, sino mirando a Aitor como si fuera una molestia, y eso nos hizo a todos fruncir el ceño.

Mikel carraspeó y Arantxa desvió la mirada de Aitor hacia mí y por cómo me miró supe que lo que iba a decir no era nada bueno.

—Así que tú eres la única soltera del grupo, ¿no?

—Así es.

—Bueno, viéndote no es algo que me extrañe, pero chica, lo mismo tienes suerte y en un futuro encuentras a alguien al que no le importe cómo eres. En esta vida siempre hay un roto para un descosido.

Todo eso lo dijo mirándome las manchas con asco.

Hacía tiempo que nadie me miraba de esa manera y aunque era algo que tenía superado no supe porque, pero me hizo sentir mal y por instinto llevé mis brazos a la espalda para esconderlos.

A ninguno de los presentes le pasó desapercibido mi gesto y la tensión en todos ellos fue muy evidente, hasta a Mikel se le tensó el cuerpo de inmediato.

No quería que la fiesta se chafara así que me eché a reír para aligerar el ambiente antes de contestarla.

—Sí, a lo mejor algún día encuentro a alguien o me quedo siendo la loca de los perros sola en esta casa, el tiempo lo dirá.

Pero la muy zorra no podía quedarse callada y tuvo que seguir abriendo su bocaza, en esos momentos me recordó tanto a Andrea que perfectamente podía haber sido un clon suyo.

—Creo que será más lo segundo.

Al decir eso, la tensión subió de una manera impresionante.

Nerea dio un paso al frente, pero por el rabillo del ojo vi cómo Bosco la agarraba de la cintura para pararla y le di las gracias mentalmente por ello.

Todos esperaron que me defendiera, que dijera algo. ¿Pero qué podía decir al respecto? Nada. Porque no había nada que decir.

Pero al parecer el pequeño del grupo ese que por su condición no tenía filtro no pensaba lo mismo y con el ceño fruncido a la vez que cruzaba los brazos enfadado porque se había dado cuenta de todo fue el que sí que habló.

—Antes has dicho que yo hablo mucho, pero tú hablas de más. Hay cosas que no se pueden decir. Y una de ellas es decir cosas de algo que una persona tiene diferente a los demás, porque no sabes si con lo que dices puedes hacer daño.

Arantxa se echó a reír.

—Joder, no es para tanto. Si no quiere que nadie le diga nada, pues que se tape.

—¡Suficiente! —dijo Eneko en voz alta.

Los ojos se me aguaron al ver la situación que se estaba formando por culpa de mis manchas así que hice lo único que podía hacer para que ese momento tan desagradable pasara.

Me di la vuelta para ir a la cocina.

—Amaia —me llamó Bosco.

—No pasa nada, todos sabemos que no ha dicho ninguna mentira. Voy a sacar lo que falta de comida, ir empezando, por favor, enseguida vuelvo.

Con pasos ligeros me marché.

Llegué a la cocina y me agarré con las dos manos a la encimera conteniendo las lágrimas e intentando calmarme.

—Amaia…

La voz de Mikel a mi espalda hizo que me tensara más de lo que ya estaba.

—Déjame sola por favor.

—Joder siento mucho lo que ha pasado.

Una risa amarga salió sola de mi garganta.

—Pues no deberías. Tu chica no ha dicho nada que no sea verdad.

—Sabes que eso no es cierto.

Segunda risa, esa vez todavía más amarga.

—Sí que lo es. Que a lo mejor no haya tenido mucho tacto al decirlo no quiere decir que no sea verdad.

Se quedó callado unos segundos.

—Yo pensé que estabas con Eneko, me he quedado helado al verle con su pareja.

Tercera risa.

—Nunca he estado con Eneko, Mikel. Solo somos amigos, muy buenos amigos, pero entre nosotros no hay sentimientos de otro tipo. Por su parte, nunca los hubo y por la mía hace años que tampoco los hay.

Suspiré antes de seguir hablando.

—Por eso tu novia tiene razón. Mi destino es quedarme sola con mis perros, ya que tengo la mala suerte de enamorarme de hombres que nunca se enamorarán de mí. Algo entendible, por supuesto, solo hay que verlas a ellas y luego mirarme a mí. Ellas son perfectas y yo…

No me dejó acabar. Dio los dos pasos que nos separaban y, agarrándome del brazo, me dio la vuelta para que le mirara a la cara. Pero no fui capaz de sostenerle la mirada más de un par de segundos.

—¿Qué has dicho?

—Que ellas son…

—Eso no, lo de los hombres.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Has dicho enamorarme de hombres, en plural.

Mierda, vaya metedura de pata, pensé mientras agachaba la cabeza y tiraba de mi brazo para soltarme.

—Tengo que sacar esta comida, están todos esperando.

—Pues que esperen. Contéstame.

—Es que no sé qué quieres que te diga.

—La verdad.

—¿Cuál verdad?

—¿Soy yo uno de esos hombres?

Di un paso atrás.

—Amaia, estoy esperando —insistió.

—¿A qué?

—Joder, a que me digas si estás enamorada de mí.

Una lágrima se me calló por la mejilla y a toda prisa me la limpié con la mano.

—De igual lo que yo sienta.

—No da igual. A mí no me da igual.

—Mikel, déjalo por favor.

—No. No pienso dejarlo. Quiero saberlo, necesito saberlo.

—No.

—Sí.

—Joder, ¿que más te da?

—Pues me da.

Diós, me estaba poniendo de los nervios con su insistencia. ¿Qué más le daría a él saberlo o no?

—¿Qué coño quieres que te diga? Que sí, que estoy enamorada de ti. Que te quiero. Saberlo no hará que las cosas sean diferentes. Así que déjalo estar.

—Lo has dicho. Has dicho que me quieres.

Resoplé.

—Sí, lo he dicho. Ahora déjame en paz.

—No.

Volví a resoplar.

—¡Mikel! Deja de perder el tiempo y sal a comer.

La voz de Arantxa hizo que los dos nos tensáramos.

—Haz caso a tu chica. Sal a comer.

—No.

—Joder Mikel ¿qué más quieres? Ya te he contestado. Ya te he dicho que te quiero, que estoy enamorada de ti. No hay nada más que decir. Y si lo que te pasa es que estás preocupado porque piensas que voy a acosarte o algo parecido, no te preocupes, si hace falta ni siquiera te hablaré.

Se echó a reír. Y esa risa me hizo más daño que las palabras que su chica había dicho minutos antes.

Di dos pasos más atrás y le miré mientras negaba con la cabeza.

—¿Para eso querías saber la verdad? ¿Para reírte de mí?

—¡¿Qué?! No, claro que no.

—Pues es lo que parece.

—Me rio de mí y de lo gilipollas que soy.

Fruncí el ceño.

—¡Mikel, no he venido contigo para que me dejes sola con esta gente!

La voz de Arantxa ya no llegó desde lejos sino desde la misma puerta.

—Ve con ella.

—Amaia…

—Ve con ella —repetí—. Como ha dicho antes, estar aquí hablando conmigo solo te hace perder el tiempo.

Cogí el bol de ensaladilla de encima de la mesa y di dos pasos. Pero Mikel se interpuso en mi camino.

—Hablar contigo no es una pérdida de tiempo. Ni hablar, ni nada de lo que hemos hecho juntos.

Cerré los ojos un par de segundos, la intensidad de la conversación me estaba agotando.

—Mikel… sigue con tu vida y, por favor, olvida toda la conversación que acabamos de tener.

—No pienso olvidarlo. ¿Crees que podría olvidar que me has dicho que me quieres?

—Sí, hazlo.

—No.

—Tu chica te espera. Esto se acabó, ya no hay nada más que decir. Así que vamos a comer.

—Ya te digo yo que sí que hay más que decir. Tú has hablado, yo no.

Pero es que no quería escuchar nada de lo que tuviera que decir. Porque estaba segura de que me diría algo que me haría dañó. Algo como «Lo nuestro solo era sexo, ya sabías que nunca sentiría nada por ti». Sí, seguro que me diría algo así.

—No hace falta que digas nada. Ya sé lo que hay. Así que tranquilo —dije antes de salir por la puerta del jardín.

Capítulo 30



Cuando llegué al jardín todos mis amigos que seguían al lado de la mesa que habíamos puesto para poner toda la comida me miraron preocupados.

Con la mirada les dije que se quedaran tranquilos que estaba bien. Y además añadí una sonrisa que, aunque forzada fue una sonrisa para darle más credibilidad.

—Amaia, tu tortilla es la mejor del mundo.

—Gracias, pequeño. Ya sé que te gusta más que la que te hace tu padre.

Eneko resopló y todos nos echamos a reír.

—No resoples, papá. Tú y el tío sois los mejores haciendo cualquier diseño, pero la cocina reconoce que no es lo vuestro.

—Eneko, cuando tiene razón, la tiene, creo que tenemos que apuntarnos a clases de cocina —le dijo Bosco.

Al oír a su tío, fue Aitor el que resopló.

—No sé si será mejor el remedio que la enfermedad. Menos mal que Lucía también cocina de lujo que, si no…

—Gracias, corazón —dijo ella haciéndole un gesto de cariño en el pelo.

Aitor terminó el trozo que se estaba comiendo y se fue a llevar un trozo a Flos y a Lucky porque según él también tenían derecho a comer comida de cumpleaños.

—Creo que las cosas no están muy bien entre ellos, parece que están discutiendo —dijo Bosco en voz baja, señalando con la cabeza a Mikel y Arantxa que estaban todavía en la puerta del jardín.

—No sé por qué coño la ha traído, que yo sepa, no han vuelto juntos. Se lo pregunté a mi hermano hace unos días y me dijo que no podía volver con ella porque las cosas entre ellos no iban a cambiar nunca.

—Pues eso ha debido de cambiar hoy, si no, no la hubiera traído —dije sin apartar la mirada de ellos.

—Yo creo que la ha traído por otra cosa —dijo Eneko.

—¿Por qué? —preguntó Nerea.

—Porque los celos, pensando que Amaia y yo estábamos juntos, le estaban matando.

—Eso es una chorrada. No hay celos cuando no hay sentimientos —dije poniendo los ojos en blanco.

—Yo os he visto hoy por primera vez, pero creo que Eneko tiene razón. Ese hombre te mira de una manera que, desde luego, dice muchas cosas —añadió Lucía.

—Opino igual —dijo Bosco.

—Yo qué voy a decir. Soy la que mejor los conozco a los dos. Y aparte de saber que han estado liados meses sin decírselo a nadie, desde el primer día están perdidos el uno por el otro.

Las palabras de Nerea hicieron que le mirara con la boca abierta.

—No me mires así, joder. Vivo con vosotros, ¿recuerdas?

Sí, en eso tenía razón. Pero era imposible que hubiera visto nada, ni siquiera un beso o un gesto de cariño por parte de ninguno porque delante de ella nunca los habíamos tenido.

Seguía mirándola alucinada.

—¿Recuerdas el día al mes de llegar mi hermano, que te llamé para pedirte que me llevaras a la cafetería mis pastillas para la migraña?

Fruncí el ceño y busqué ese recuerdo en mi cabeza.

—Sí.

—Pues sabía que estabas terminando el libro con el que estabas en ese momento. Así que cerré un momento la cafetería y yo misma vine a por ellas. Me volví sin ellas porque me impactó tanto lo que vi que no me atreví a subir a mi habitación.

Ay, Dios mío… quise morirme de la vergüenza en ese momento. ¿Qué sería lo que vio para que se marchara sin las pastillas y me llamara después para que se las llevara?

Los cuatro se echaron a reír la ver mi cara de apuro.

—¿Qué viste? —le preguntó Bosco.

Nerea, sin dejar de reírse, le miró y luego a los demás.

—Digamos que no he vuelto a mirar la mesa de la cocina de la misma manera. Haceros una idea de por qué.

—Virgen santa, cállate por Dios.

—Oye, tendremos que probar nosotros esa mesa —dijo Bosco.

Nerea se volvió y le susurró algo al oído que le hizo tragar saliva.

—Lucía, creo que voy a necesitar de tus servicios para redecorar la casa, estos dos van a profanar mis muebles.

—Tus muebles ya están profanados. No creo que la mesa de la cocina sea lo único que os ha sostenido estos meses y, si os falta alguno, seguro que pronto seguirá el mismo camino.

La sonrisa se me borró de la cara.

—Eso se acabó hace semanas y no volverá a pasar.

—Pasará —dijo Eneko muy seguro.

—Dejarlo, chicos, por favor —les rogué.

—No —dijeron todos a la vez.

Resoplé. Quise protestar, pero no tuve opción. Mikel se acercó hasta nosotros.

—Me voy.

—¿Qué? ¿Por qué? —dijo Nerea enfadada.

—Tranquila, en un rato vuelvo. Solo voy a llevarla de vuelta a Bilbao —dijo señalando con la cabeza a Arantxa que seguía en la puerta de la cocina mirándonos a todos como si fuéramos los hijos de Satán.

—¿Qué pasa que la señorita no quiere estar aquí?

—No. Soy yo el que no quiere que esté.

Nerea frunció el ceño.

—¿Entonces para qué coño la has traído?

—Pensé que después de todo y por los años que habíamos estado juntos podríamos ser amigos, pero está claro que eso no va a ser posible.

—¿Amigos? ¿No has vuelto con ella?

Mikel soltó una risa seca.

—¿Volver con ella? Nunca he pensado en volver con ella. No queremos lo mismo, ella no va a cambiar de opinión y yo tampoco. Además, que sus celos patológicos hicieron que lo que sentía por ella ya no esté.

La contestación se la dio a su hermana, pero no dejó de mirarme mientras hablaba en ningún momento.

—Tú no lo has visto porque estabas enamorado de ella, pero es una tóxica, siempre lo ha sido. Y hoy ha demostrado que también es mala persona y una maleducada.

—Lo sé, Nerea, por eso la voy a llevar de vuelta a su casa y le diré adiós para siempre. No quiero ni siquiera una amistad con alguien así.

—Joder menos mal.

Mikel rio ante la salida de su hermana.

—Volveré lo antes posible. No soples las velas sin mí.

—Ve tranquilo, esperaré. Pero ten cuidado en la carretera.

Mikel asintió.

—Y tú y yo tenemos una conversación a medias que pienso terminar cuando acabe esta noche el cumpleaños —me dijo antes de darse la vuelta y marcharse sin dejarme opción a decirle que no.

—Nena, tu cumpleaños va a ser recordado durante años.

—Eso creo yo —le contestó Nerea a Bosco antes de besarle.

Con Mikel y Arantxa fuera de escena y conseguido que dejara el temita de que habíamos estado liados al menos por un rato el ambiente se volvió como el que debería de ser en un cumpleaños.

Todo el mundo disfruto de la deliciosa carne que uno de nuestros amigos se encargó de hacer en la barbacoa.

Aunque Eneko y Bosco se ofrecieron a hacerlo ellos todas en unanimidad nos negamos a tal sacrilegio para no quedarnos sin comer.

También todos disfrutamos del resto de los platos que entre Nerea y yo habíamos preparado entre ese día y el anterior, así como de la sangría, esa sí, que Bosco preparó mientras la carne se acababa de hacer.

Las risas estuvieron presentes en todo momento.

Bosco seguía siendo el mismo payaso de siempre y entre él y las salidas de Aitor que repartió para todos, incluidos los perros tuvimos que limpiarnos las lágrimas por las risas que nos echamos.

Estaba recogiendo algunos de los platos vacíos que había en la mesa cuando Lucía se unió a mí para ayudarme.

—¿Estás más tranquila?

Giré la cabeza para mirarla.

—Sí, gracias.

—Gente como esa mujer, cuanto más lejos, mejor. Me ha recordado con su actitud a…

—Puedes decirlo, a Andrea. A mí me ha pasado lo mismo. Miles de recuerdos de cómo se comportaba se me han venido a la cabeza.

—Eneko me ha contado todo lo que pasó.

Y me alegraba de ello, porque así no estaría perdida en ninguna conversación si salía algo relacionado con el pasado.

—Lo sé, me preguntó si no me importaba que lo supieras y le dije que me parecía perfecto. Así no te extrañará nada de lo que podamos decir.

—Los dos están muy arrepentidos de lo que pasó.

Sonreí.

—Lo sé. Creo que se juntaron muchas cosas ese año y ninguno supo gestionarlas. Yo también tengo parte de culpa de lo que pasó. Creo que si no me hubiera callado cómo me sentía, las cosas no hubieran llegado donde llegaron.

—Puede ser. Eso ya nunca lo sabremos. Pero me alegro de que hayas sido capaz de perdonarlos. No todo el mundo lo hubiera hecho. Eso dice mucho de la gran persona que eres y del gran corazón que tienes.

—Todo el mundo se merece una segunda oportunidad.

—Opino igual. Pero solo si hay verdadero arrepentimiento y las disculpas son sinceras. Y las de los dos lo fueron.

Asintió.

—Me alegro mucho de que Eneko te haya encontrado. Se merece ser feliz los años que ha pasado junto a Andrea han sido un infierno.

—Es una zorra, no hay otra palabra más suave para describirla. Si vieras las cosas que le dice al niño… te darían ganas de darle de bofetadas.

—Me lo puedo imaginar. Pero entre todos haremos un escudo para que no le dañe.

—Sí, es lo mejor. Es un niño muy especial y, aunque no lo parece, es muy sensible. No se queja, pero sufre.

—Lo sé. Lo vi en sus ojos el día que le conocí.

Lucía se echó a reír.

—Te adora.

—Es mutuo. Y a ti también.

—Espero que cuando nos toque ser madres, tengamos la misma suerte y nos salga un tesoro al menos parecido.

Suspiré.

—Bueno, tú no tendrás que esperar mucho para saberlo.

Levanté la cabeza a toda prisa y la miré con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Tengo cuatro hermanas y diez sobrinos. Hay gestos que una mujer embarazada hace sin darse cuenta y los he visto tantas veces en ellas que cuando te he visto varias veces hacerlos desde que he llegado, lo he sabido enseguida.

—¿Gestos?

—Te has llevado las manos al vientre varias veces, inconscientemente, no has bebido ni una gota de alcohol y has arrugado el morro cuando por delante de ti ha pasado uno de tus amigos que lleva una colonia bastante fuerte, porque los olores los notas más que el resto.

—Joder…

—Tranquila, mi boca está sellada. Eso es algo solo tuyo que contarás cuando quieras y estés preparada. Porque intuyo que de los que están aquí no lo sabe nadie. Ni siquiera el padre, si no, no hubiera venido con esa petarda, ¿verdad?

Asentí.

—Llevaba días sospechándolo, pero la confirmación la tuve ayer. Fui sin que nadie lo supiera a una clínica en Bilbao. Estoy de dos meses.

Lucía amplió su sonrisa.

—Enhorabuena —susurró.

—Gracias.

Pero al decirle gracias, su rostro se tornó serio, muy serio, y no era por mí sino por lo que acababa de ver justo detrás de mí.

Me giré para ver qué pasaba y el color se me fue de la cara. Mikel acaba de entrar, pero por segunda vez no venía solo.

Capítulo 31



Como había pasado la vez anterior todos en unos segundos se unieron a Lucía y a mí donde estábamos al lado de la mesa.

—La que faltaba —dijo Bosco cabreado.

—¿Quién coño es esa? —preguntó Nerea.

—Andrea —susurré.

—¿Qué hace aquí esa desgraciada? —dijo entre dientes.

Pero esa no era la pregunta más importante. La que sí que lo era. Era por queé estaba con Mikel. Pero ni dos minutos después salimos de dudas. Porque Mikel caminó con pasos ligeros hasta nosotros.

—Eneko, esa mujer te busca. Estaba en la puerta de tu casa cuando he aparcado. Le he dicho que no había nadie, que estabais aquí y ha insistido en entrar para hablar contigo.

Mikel se puso a mi lado y me puso la mano en la cintura.

—¿Estás bien? Estás un poco pálida.

—Sí, es que vamos de sorpresa en sorpresa.

—¿Qué?

No me hizo falta contestarle, Aitor lo hizo por mí.

—¿Mamá, que haces aquí? Tú no estás invitada al cumpleaños.

—Joder…

—Eso mismo. Verás que ha venido a liarla.

—A ti ni que te sople, porque me dará igual que sea una mujer, la saco arrastras de aquí —dijo muy serio.

Andrea ni siquiera contestó a su hijo, es que ni siquiera le miró. Su mirada estaba centrada en todos nosotros. Sobre todo, en mí.

—Vaya, vaya. Pero mira a quién tenemos aquí. Nada más y nada menos que a la señorita cebra.

Mikel se tensó y vi cómo iba a llamarla de todo, pero le agarré del brazo y negué con la cabeza para que no lo hiciera.

—¿Qué cojones haces aquí Andrea? —le dijo Eneko muy cabreado.

—Te he llamado diez veces en los dos últimos días y no me coges el puto teléfono.

—¿Y eso no te ha dado una pista del porqué? No quiero hablar nada contigo, te lo dejé claro la última vez.

—Pues yo creo que sí que hay cosas pendientes. Te dije que no iba a firmar la renuncia del crio si no me das dinero a cambio.

Nerea, Mikel y yo cruzamos una mirada alucinados. ¿Cómo podía ser así una persona? No solo iba a renunciar a su hijo, sino que encima quería dinero por ello. Como si el niño fuera una moneda de cambio, como si estuviera en venta.

Zorra como la había llamado Lucía se quedaba muy corto para todos los calificativos que se merecía.

—Papá, dale el dinero y que salga de nuestra vida de una vez, estaremos mejor sin ella.

El dolor con el que habló Aitor me estrujó el corazón, bueno, a mí y a todos los presentes.

—Te he dicho mil veces que no hables si no se te pregunta y que no des tu opinión. Siendo así, ¿no ves que todos piensan que eres un bicho raro?

Bueno, que a mí me insultara me daba a estas alturas lo mismo y que le dijera a Eneko lo que fuera también, era mayorcito para defenderse, pero hablarle a Aitor en ese tono y decirle esas cosas para hacerle daño, eso sí que no se lo iba a consentir ni a ella ni a nadie.

Di un paso al frente y me puso delante de todos para enfrentarla.

—Fuera de mi casa.

Se echó a reír.

—Vaya, ahora la cebra va a sacar las uñas.

—Los ojos te voy a sacar si hace falta como no te largues, y las tripas, como vuelvas a hablar a Aitor así.

—Soy su madre, le hablo como me da la gana.

—Esa palabra te queda muy grande. Una madre daría la vida por sus hijos si hiciera falta. Una madre le defiende y le protege de todo y de todos. Y tú haces todo lo contrario.

—¿Y a ti qué coño te importa? Tú eres otro bicho raro como él. Gente así no debería existir, solo molestáis a los demás. Estáis defectuosos.

Solté una risa.

—Aquí la única que está defectuosa de la cabeza eres tú. No te lo voy a volver a repetir, lárgate de mi casa.

Se echó a reír como la loca que era.

—¿Qué pasa que aún estás dolida porque le engañé para quitártelo? Pues jódete porque ni lo tuviste entonces ni lo vas a tener ahora. El muy gilipollas al parecer se ha enamorado de esa coloca muebles.

La madre que la pario, es que no se cansaba, tenía para todos. No me dio tiempo a contestarla. Nerea me sobrepasó. Según era, demasiado se había contenido.

—¡Fuera!

Andrea la miró de arriba abajo.

—¿Y tú quién coño eres? No me lo digas, si estabas agarrada a mi hermano, eres su putita.

Vi cómo Nerea apretaba los puños.

—Bosco, cógela por favor.

Giré la cabeza y vi cómo mi amigo sonreía.

—Déjala, mi hermana se merece un par de hostias y mi chica está deseando dárselas.

—Mira, tarada, vienes aquí, me jodes el cumpleaños, insultas a dos mujeres a las que no les llegas ni a la suela del zapato y para colmo desprecias al mejor niño del mundo al que todos adoramos.

Nerea hizo una pausa para dar otro paso más.

—Te voy a dar la oportunidad de que salgas por tu propio pie. Si en los dos siguientes minutos no lo haces, yo misma te sacaré de aquí arrastras.

—Mamá, vete —dijo Aitor con los ojos aguados.

—Te he dicho que te calles. Solo me faltaba que un mico como tú me echara de ningún sitio.

—Se acabó —dijo Mikel a mi lado.

Y sí que se acabó porque Nerea no se contuvo más. Fue hasta Andrea y la agarró con una mano de la coleta que llevaba y con la otra del brazo.

—Hora de sacar la basura a la calle —dijo mientras la arrastraba.

Todo los demás fuimos detrás por inercia. Al llegar a la calle, la soltó en la acera.

—Ni se te ocurra volver por aquí o la próxima vez no seré tan suave. La próxima vez tendrán que hacerte injertos de pelo y ponerte dientes nuevos.

—Andrea, mi abogado se pondrá en contacto contigo mañana. No vuelvas a llamarme, ni vuelvas a acercarte a mi hijo o te denunciaré.

—Hermana, nunca me he avergonzado más de llevar la misma sangre que tú, eres escoria.

—¡Tú tienes la culpa de todo! —dijo señalándome con el dedo—. Tú me jodiste la vida queriendo ser la protagonista.

—La vida te la has jodido tú. Tus ansias de querer ser siempre el centro de atención, han hecho que te quedes sola.

—Ni siquiera colgar aquella foto para que todos te vieran funcionó más que unas pocas horas, luego siguieron hablando de ti y encima no mal sino compadeciéndote. No sirvió de nada que te echara de nuestras vidas, seguiste presente.

—¡Dijiste que tú no colgaste esa foto! ¡Lo juraste! —rugió Bosco.

Andrea se echó a reír a carcajadas.

—Y vosotros, como los idiotas que sois, os lo creísteis.

—Si te cruzas conmigo por la calle ni me mires, desde hoy estás muerta para mi —dijo Bosco antes de coger a Nerea de la mano y darse la vuelta para entrar en la casa.

—Lo único bueno que has hecho en esta vida ha sido parir a Aitor. Eres la peor persona que he tenido la desgracia de conocer.

Al decir eso, Eneko agarró de una mano a Aitor y de la otra a Lucía y, como había hecho Bosco, se dio la vuelta y entraron en casa.

—¿Y tú qué? Vamos, di lo que tengas que decir. Dime cuánto me odias.

Negué con la cabeza.

—No te odio. Para sentir eso, deberías de importarme algo y no lo haces. Lo único que siento por ti es pena. Tenías todo y lo has despreciado, te mereces estar sola.

No le di opción a contestarme, me di la vuelta cuando Mikel agarró mi mano y entramos en casa cerrando a nuestra espalda de un portazo.

—Joder, estoy muy orgulloso de ti. Le has plantado cara.

—No podía permitir que hablara así al niño.

—Eres maravillosa —dijo mirándome a los ojos.

Me agarró por la cintura y me pegó a él.

—Amaia, tengo muchas cosas que decirte. Cosas que tengo dentro guardadas desde hace tiempo.

—Amaia, Mikel, dice Nerea que vengáis que va a soplar las velas. Dice que no hay dos sin tres y que lo mismo se presenta un tal Sergio y que entonces sí que acabará en el calabozo antes de comerse un trozo de tarta.

Mikel y yo nos echamos a reír.

—Ya vamos. Yo también quiero tarta. Necesito azúcar.

Mikel frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo hambrienta.

—Pues vamos. Estás pálida, te vendrá bien comer ese cacho de tarta.

—Amaia.

—¿Dime?

—Si sobra tarta, me la guardarás para desayunar mañana.

Mikel y yo nos volvimos a echar a reír.

—No.

—¿No? —me pregunto triste.

—No, porque en el frigo tengo una más pequeña solo para ti.

—¡¿En serio?!

—En serio —contesté sonriendo.

—Jolin, eres la mejor. Voy a chinchar al tío Bosco diciéndoselo.

Capítulo 32



Salimos al jardín y todos nos miramos.

Asentimos con la cabeza, decidiendo dejar el tema de Andrea a un lado y seguir celebrando el cumpleaños.

Lucía se ofreció para ir a por la tarta mientras Nerea y yo despejábamos un poco la mesa para ponerla, aunque todos los demás también se unieron para ayudar.

Aitor fue el encargado de colocar las velas.

—¡Venga Nerea, pide un deseo!

Levantó la cabeza ante la petición de Aitor y miró a Bosco guiñándole un ojo antes de coger aire para apagar todas las velas.

—Esta noche más de uno va a dormir acompañado —le dijo uno de nuestros amigos haciéndonos reír a todos.

Repartimos la tarta y en cuestión de minutos en los platos no quedaban ni las migas.

—Aitor, vamos a tener que negociar. ¿Qué quieres a cambio de un cacho de tarta de esa que Amaia solo tiene para ti?

—No me interesa negociar.

—Venga, no seas así, dame un cacho.

—Que no, tío Bosco. Que no hay trato, te llevas un cacho de tortilla que ha sobrado y date por contento.

Todos nos echamos a reír.

—¿Y tú dices que quieres ser médico? Los negocios se te dan de miedo, chaval —le dijo Mikel.

—Puedo ser las dos cosas. Por la mañana, médico como tú, y por la tarde, negociar algo.

—Muy buena idea —le dijo chocando los cinco.

Seguimos charlando un rato más y riendo hasta que Nerea se levantó para recoger los platos. Quise hacer lo mismo, pero cuando me levanté de la silla, del mareo que me dio, si no hubiera sido por Eneko, que estaba justo a mi lado y me agarró por la cintura, me hubiera caído redonda al suelo.

Todos lo vieron y el silencio se impuso mientras me miraban.

—Joder Amaia esto no es normal, no me digas que estás bien y que no te pasa nada, si Eneko no hubiera sido rápido te descocotas contra el suelo —dijo Nerea mirándome muy preocupada.

—Hasta aquí, ahora mismo nos vamos a la consulta.

—Mikel, estoy bien solo me he mareado un poco.

—Si te has mareado, no estás bien, coño.

—Estás enferma y no nos lo quieres decir, ¿es eso? —dijo Bosco mirándome igual de preocupado que el resto.

Negué con la cabeza.

—No está enferma —dijo Aitor poniéndose a mi lado.

—¿Qué sabes tú, pequeño? —le preguntó Lucía.

Nos miró a las dos por turnos y vimos cómo se ponía rojo de la vergüenza. Nos miramos las dos y pensamos lo mismo.

—¿Nos has oído hablar antes? —le pregunté susurrando para que nadie más me oyera.

Asintió. Lucía la verle asentir me miró y negó con la cabeza sonriendo.

Qué cotilla y curioso que nos había salido el crio. Al menos era prudente y lo que oía solía callárselo, pensé mientras le miraba sonriendo.

Mikel no dejaba de mirarme y a cada segundo que pasaba viéndome seguramente lo pálida que estaba se estaba poniendo nerviosismo.

—O se lo dices o le da un chungo —me susurró Aitor.

Mikel se arrodilló a mi lado y me cogió de la mano.

—Amaia, de verdad, deja que te mire. Estás pálida. Vámonos a la consulta y te hago unos análisis y más cosas—me rogó.

—Que no hace falta, que estoy bien.

—Me cago en la leche, que no lo estás.

—Mikel que no está enferma, te lo acabo de decir —insistió Aitor.

Le miró.

—Que sí.

—Que no.

Ya no podía seguir ocultándolo, todos estaban pensando que estaba enferma y me miraban preocupadísimos.

Miré a Aitor y sonriendo le hice un gesto con la cabeza para darle permiso y que fuera él el que le dijera a Mikel la verdad. Se inclinó sobre él para hablarle al oído.

—No está enferma. El bebé que tiene dentro es el que hace que se maree.

Mikel le miró como si acabara de decirle que llegaba el Apocalipsis. Luego me miró a mí y buscó en mis ojos que le confirmara o desmintiera lo que el niño acababa de decirle.

Con mucho miedo a su reacción, me mordí el labio mientras me retorcía las manos y asentí confirmándoselo.

—¿De verdad?

Volví a asentir.

—Joder… —dijo a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Yo…

No me dejó decir nada más. Me abrazó contra él.

—Dios, es maravilloso. Un bebé de la mujer que amo —susurró contra mi cuello.

—¿Qué? —pregunté, pensando que no le había oído bien.

—Que te amo. Que estoy enamorado de ti como un loco desde el primer día. Que no me atrevía a decirte nada porque pensé que amabas a Eneko y que he sido un gilipollas todo este tiempo apartándome de ti.

—Mikel…

—Amaia… Te amo, os amo. ¿Me dejarás quedarme a tu lado?

Joder, cómo no iba a dejarle si yo le amaba también.

—Solo si tú me dejas quedarme al tuyo.

—¿Joder, qué coño pasa? Me va a dar un ataque. Vaya cumpleaños me estáis dando.

Nos reímos al oír a Nerea.

—¿No lo sabe?

—No lo sabía nadie. Lucía se dio cuenta antes y me lo dijo. Aitor nos oyó hablar, por eso lo sabía también.

—¿Puedo?

—Claro —le contesté riendo.

Mikel se separó de mí y, antes de girarse para hablar con su hermana, se limpió las lágrimas y me dejó un suave beso en los labios.

—Mikel —insistió Nerea.

—En unos meses seremos tres Elizondo en este jardín.

Nerea se quedó pensando unos segundos en lo que su hermano le acababa de decir y, cuando lo asimiló, se llevó las manos a la boca.

También vi que Eneko había entendido lo que pasaba y sonreía mirándome con cariño.

—No.

—Sí —dijo él riendo.

—Joder, qué alegría —dijo tirándose a sus brazos para abrazarle.

—¿Qué pasa? No me estoy enterando de nada.

—Tío Bosco, eres el más lento…

—Pues debo serlo porque no sé qué pasa.

—Que Amaia va a tener un bebé —le contestó negando con la cabeza como si fuera un desastre.

—¿No jodas? ¿De verdad? —me preguntó.

—Sí, de verdad.

Se echó a reír a carcajadas a la vez que se agachaba para abrazarme.

—Me alegro mucho Amaia. Joder, otra vez que voy a ser tío.

—Gracias.

—Déjame abrazarla. Aunque no se sí darle una colleja antes por haberme tenido tan preocupada.

Nerea me abrazó mientras las dos llorábamos de alegría.

El siguiente en hacerlo después de dar unas palmadas en la espalda felicitando a Mikel fue Eneko.

—Te dije que no dijeras nunca. Yo tenía razón, te quiere, pero le ha costado verlo —me susurró.

—Gracias por estar, Eneko.

—Gracias a ti por dejarme estar, por dejarme volver a tu vida. Te mereces lo mejor, Amaia. Te quiero, amiga.

—Yo también te quiero.

—¿Papá?

Nos separamos.

—Dime, hijo.

—Tengo una pregunta.

—Bueno… —dijo Bosco.

—¿Qué pregunta?

—Amaia tiene un bebe dentro.

—Sí.

—Pues mi pregunta es. ¿Cómo ha entrado ahí dentro en la barriga?

Todos contuvimos la risa al ver la cara de Eneko. El pobre no sabía ni que contestar. Y es que como le explicas a un niño de cuatro años por muy inteligente que fuera como había llegado a formarse un bebe.

Mikel pareció apiadarse del pobre Eneko, que se le veía que estaba dale que dale pensando qué decir.

—Aitor, mañana te buscaré un libro en el que lo explica perfectamente, ¿te parece bien?

—Claro, si es un libro médico, en él lo explicará muy bien.

—Pues ya está, asunto resuelto.

Aitor asintió y salió corriendo a jugar con los perros.

—Mikel, gracias —le dijo Eneko, soltando el aire que estaba conteniendo mientras los demás nos echábamos a reír.

—Habrá que ir haciéndose con muchos libros que resuelvan las dudas que le vayan surgiendo, porque si no te veo calvo en menos de cinco años.

Eneko resopló ante el comentario de Bosco.

Nos sentamos todos en la mesa y mientras tomábamos algo empezó la rueda de preguntas en las que acabé explicándoles todo lo del embarazo.

Una hora después dimos el cumpleaños por finalizado. Todos se marcharon. Incluida Nerea que se fue con Bosco a su casa para pasar su primera noche juntos.

—Déjalo para mañana. Yo me levantaré pronto y recogeré lo que queda. Ha sido un día muy largo y tienes cara de cansada.

—Sí que ha sido un día largo. Han pasado más cosas que en un mes junto.

—Amaia, siento haber traído a Arantxa.

—No importa. Yo siento que la final no hayáis podido quedar como amigos.

—Ella no era de las segundas. No merece la pena.

No contesté, no había más que añadir.

—Vamos a la cama.

Subimos los dos de la mano y entramos en mi habitación.

Nada más traspasar la puerta, Mikel me besó. Pero fue un beso muy diferente a cualquiera de los muchos que nos habíamos dado en todos los meses que estuvimos juntos.

Fue un beso lento, lleno de cariño con el que me dijo cuanto me quería.

—Te he echado muchísimo de menos. Intentar alejarme de ti ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida. Sé que te he hecho daño, y lo siento muchísimo, amor.

—Yo también lo siento, debería haber sido más valiente y haber hecho que me escucharas, aunque no quisieras.

—Te amo Amaia. Yo siempre te vi solo a ti.

—Yo también te amo.

Ya no hubo más palabras esa noche.

Solo hubo besos, jadeos y miradas por parte de los dos en las que nos dijimos muchas cosas y con las que nos hicimos promesas de futuro.

Capítulo 33

Nada más abrir los ojos, hice lo mismo que llevaba haciendo todas las mañanas los últimos meses.

Giré la cabeza para mirar como dormía el hombre al que amaba.

Mikel seguía con los ojos cerrados y su respiración era regular. Su gesto era totalmente tranquilo, vamos que seguía dormido como un tronco. Me acurruqué un poco contra él y cerré los ojos.

No me volvería a quedar dormida, eso lo sabía de sobra, pero me gustaba disfrutar esos ratos por la mañana pegada al calor de su cuerpo mientras él seguía durmiendo.

Mientras oía el compás relajante de su respiración decenas de imágenes de los meses anteriores pasaron por mi cabeza y todas y cada una de ellas me hicieron sonreír. Todas eran buenas.

Desde el día del cumpleaños de Nerea, del que ya habían pasado siete meses, habían cambiado muchas cosas.

Eneko, una semana después del encontronazo con Andrea consiguió que le firmara la renuncia de la custodia de Aitor y desde entonces vivían mucho más tranquilos.

Andrea, que desde que acabaron la carrera también había trabajado en el despacho de nuestros padres, al ver cómo todos le hacían el vacío por el trato que le había dado al niño, cambió.

Aunque también, cuando nuestros padres, incluidos los suyos, se enteraron de la verdad de que ella fue la culpable de lo que pasó con la foto que me jodió la vida, tuvieron una conversación muy seria con ella y le pusieron los puntos sobre las íes.

Ella al ver que el trato con todos ya no era el mismo y que de ser la princesita había pasado a ser la mala del cuento decidió dejarlo todo e irse a vivir con un "amigo" que tenía en Londres.

Desde entonces y por suerte para todos no habíamos vuelto a saber de ella.

También en el cumpleaños y por fin después de semanas lanzándose miradas incendiarias el uno al otro, Bosco y Nerea empezaron una relación. Y seguían juntos tanto que hacía cinco meses que ella se mudó a vivir con él a la casa de al lado.

Porque, aunque en un principio Bosco y Eneko solo tenían pensado quedarse durante el verano en Ea, no tuvieron que pensarlo mucho al ver lo bien que todos estaban allí y lo feliz que era Aitor, para quedarse definitivamente a vivir en el pueblo.

La relación de Lucía, la que había acabado convirtiéndose en una verdadera amiga para mí, con Eneko seguía siendo maravillosa, se amaban, mucho.

Para que cada uno tuviera la intimidad que le correspondía, Eneko acabó comprando la casa que estaba enfrente a la nuestra cuando surgió la oportunidad, ya que los dueños, que eran muy mayores, se fueron a vivir con una de sus hijas a Bilbao.

En apenas dos meses hicieron una reforma completa y Lucía le decoró de una manera que era imposible no quedarse con la boca abierta cuando entrabas.

En esa casa llevaban viviendo ya tres meses y, sobre todo, Aitor estaba encantado de tenernos a todos tan cerca.

Aitor… Ese niño que me había robado el corazón desde el minuto uno seguía siendo una constante en mi vida y así sería para los restos.

Pasábamos mucho tiempo juntos, ya que Eneko, Bosco y Lucía tenían que seguir yendo casi a diario a trabajar a Bilbao, por lo tanto, yo era la que me encargaba por las mañanas de llevarle al colegio y de recogerlo después.

Comía conmigo, con Mikel y con Nerea hasta que llegaban los demás de trabajar. Y si conmigo se llevaba bien, con Mikel era algo superior. Daba gusto verlos a los dos sentados hablando como si fueran dos adultos que debatían un caso de medicina.

De la que tampoco habíamos vuelto a saber nada era de Arantxa.

Bueno, el primer mes después de que Mikel y yo empezáramos oficialmente nuestra relación sí que supimos, o Mikel lo hizo, porque no dejó de acosarlo con mensajes y llamadas para volver con él.

Hasta que a mi chico se le agotó la paciencia y después de bloquearla y de que ella desde otros números siguiera erre que erre, la amenazó con denunciarla por acoso y ahí fue cuando paró.

—Te oigo pensar.

Abrí los ojos y mi sonrisa se hizo más amplia al ver a Mikel despierto mirándome como si fuera única en el mundo.

Y para él lo era, porque bien que se encargaba de decírmelo todos los días.

—Solo estaba recordando todo lo que ha pasado estos meses.

—Han pasado muchas cosas.

—Sí, pero la mejor está aún por llegar. Y no creo que tarde mucho.

No, no tardaría mucho porque hacía dos días que había salido de cuentas y nuestra niña estaba segura de que ese mismo día, o como mucho al siguiente, llegaría al mundo para completar nuestra felicidad.

En la cabeza tenía grabada la imagen de Mikel llorando a mi lado el día en el que, estando de cinco meses, la ginecóloga nos dijo que íbamos a tener una niña.

«Las dos mujeres de mi vida»

Eso fue lo que dijo mientras me abrazaba y me besaba y yo le acompañaba riendo y llorando al mismo tiempo.

Cuando les dijimos a todos que venía una niña en camino y preguntaron si ya teníamos el nombre elegido y les dijimos que no, como no podía ser de otra manera, Aitor se ofreció a buscar el mejor.

A Mikel y a mí nos pareció buena idea y le dejamos a él elegir el nombre de nuestra niña.

Una semana fue la que tardó, después de repasar listas infinitas de nombres, en elegir uno. Y vaya elección. No podía haber elegido uno mejor porque a todos nos encantó.

Alaia. Ese sería el nombre de nuestra hija. Nombre que significaba felicidad y que fue elegido por Aitor porque, según él, era lo que a todos nos iba a traer la niña, la felicidad más absoluta.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, no noto nada aún.

—Esta niña se está haciendo de rogar —dijo resoplando.

—Mira, en eso se parece a su padre, que mira que se hizo de rogar hasta que quiso quedarse con su madre.

—No seas mala, sabes que los celos, pensando que no me querías, me cegaron.

—Lo sé, solo estoy bromeando. Además, lo importante no es cuánto tardaste en quedarte conmigo, sino que al final lo hiciste.

—Y no podría ser más feliz de compartir mi vida contigo. Te amo, Amaia, con todo mi corazón.

Fruncí el ceño. No era el momento, lo sé. Ante las palabras de Mikel lo que tenía que haber hecho era besarle o decirle que yo también le amaba, pero un dolor en el vientre me hizo hacer ese gesto.

Él, al ver mi reacción, se quedó mirándome sin entender.

—Yo también te amo. No creas que mi gesto ha sido porque no siento lo mismo, sino porque tu hija ha decidido cortar las palabras que te iba a decir avisándome de que está lista.

Se sentó tan rápido en la cama que poco más y si hubiera estado más al borde se hubiera caído de cabeza.

—¡Estás de parto!

—Eh… sí, supongo que sí.

—¡Supones!

—Mikel, tranquilo, ¿vale?

—¿Tranquilo? ¿Cómo quieres que esté tranquilo?

Resoplé.

—Vale, voy a coger la bolsa, y las llaves del coche. Venga, vámonos.

Cogió la bolsa con las cosas que teníamos preparadas de la niña del armario y las llaves del coche que estaban encima de la cómoda.

—Mikel.

—¿Qué más? —pensó un segundo— Ah, sí, llamar a Eneko para decirle que no podrás llevar al niño al cole.

—Mikel —repetí conteniendo la risa.

—¿Qué?

—¿No crees que deberías vestirte?

Se miró de arriba abajo y cuando vio las pintas que tenía, en calzoncillos y con la bolsa cargada al hombro, resopló mientras negaba con la cabeza.

No me pude resistir y me eché a reír a carcajadas. Pero se me cortó la risa de golpe porque una contracción esta vez más fuerte me atravesó en vientre.

Mikel, al verme, perdió todo el color de la cara.

—Amaia… —dijo mientras tiraba la bolsa al suelo y vino corriendo hacia mí.

—Esta ha dolido más. Ayúdame a levantarme, por favor.

Diez minutos después, los dos vestidos salimos por la puerta de casa. Como si nos estuvieran vigilando, que seguramente así era la puerta de la casa de enfrente se abrió y por ella salió corriendo un pequeño torbellino hacía nosotros.

—Amaia, ¿dónde vais?

—¡Aitor! ¿Qué pasa? ¿Por qué corres?

Su padre le voceó desde la puerta, pero al vernos frunció el ceño y a paso ligero también se acercó.

Solo le hizo falta ver mi cara y el estado de nervios en el que estaba Mikel para entender lo que pasaba.

—¿Es la hora?

—Lo es —contesté.

—¿La hora de qué?

—Aitor, corre donde el tío Bosco y dile que Amaia está de parto.

Aitor abrió los ojos como platos. Y ni pensó, solo obedeció a su padre.

—¡Bosco, Nerea! ¡Salir que Alaia va a nacer!

Tales eran sus gritos que ni tres segundos tardaron en salir nuestros amigos de su casa con la cara desencajada.

—¡Joder! ¡Nerea, coge las llaves del coche!

—¡Lucía!

Lucía, que ya estaba en la puerta al oír a Aitor chillar, venía con el bolso al hombro y las llaves del coche en la mano.

Cinco minutos después, todos, porque quisieron venir al hospital con nosotros, los tres coches arrancamos a la vez para ir a Bilbao.

No puedo decir que el parto fuera el mejor del mundo porque estaría mintiendo. Dolió, vaya que si dolió y encima lo hizo hasta el final porque me tocó ser de esas mujeres a las que la epidural no le hizo efecto.

Pero gracias a Dios todo salió bien y a las seis de la tarde nuestra pequeña llegó al mundo, sana y llorando a todo pulmón.

—Dios… Amaia, nunca pensé que se pudiera ser tan feliz. Gracias... Gracias por quererme y gracias por darme la hija más bonita del mundo.

—Gracias a ti por verme a mí, solo a mí.

Los dos llorando nos abrazamos con cuidado para no aplastar a Alaia que lloraba en mis brazos.

Media hora después estábamos instalados en una habitación para nosotras solas, ventajas de que mi chico tuviera enchufe en el hospital, llamaron a la puerta.

Sonreímos sabiendo quienes eran.

Era toda nuestra familia. La de sangre y la de corazón, esa que se elige porque merece la pena.

Mikel les abrió la puerta y entraron todos sonriendo y preguntando mil cosas a la vez.

Allí estaban Nerea y Bosco. Eneko, Lucía y Aitor en brazos de esta última. Mis padres muy emocionados y sus amigos que estaban también de la misma manera.

—Todo ha ido muy bien. Las dos están perfectas, aunque Amaia está un poco cansada.

—¿Puedo verla? —preguntó Aitor ansioso a los pies de la cama.

—Claro que sí campeón, ven que te suba a la cama para que la veas bien.

Mikel le subió y se sentó en la cama a mi lado. Se quedó mirando a la niña muy serio sin decir nada. Todos nos mirábamos expectantes esperando a ver qué era lo que tenía que decir. Porque algo iba a decir eso seguro, sino no hubiera sido nuestro niño especial.

Al ver que tardaba en arrancar, Bosco fue el que se atrevió a preguntar.

—Aitor, ¿no dices nada? ¿Qué te parece?

Giró la cabeza para mirar a su tío, pero un segundo después volvió la mirada otra vez a la niña.

—Es la niña más bonita y perfecta del mundo.

Todos sonreímos.

—Tendrás que cuidármela mucho —le dijo Mikel.

Le miró muy serio.

—No solo te la cuidaré, sino que la querré toda la vida. Ella será mi mujer cuando los dos seamos mayores.

Bosco se echó a reír.

—Hijo, eso no puedes saberlo, acaba de nacer —le dijo su padre.

—Sí que lo sé. Porque solo la he visto un segundo y ya se ha quedado con mi corazón. Tengo muchos años por delante para conquistarla y para que ella me entregue el suyo.

—Pues si tan claro lo tienes, estaré encantada de ser tu suegra. Estoy segura de que mi niña nunca podrá encontrar a nadie mejor que tú para compartir su vida.

Aitor asintió satisfecho y Mikel también lo hizo. Y aunque todos en esa habitación se tomaron las palabras de Aitor como algo que un niño de cinco años había dicho por decir y por la emoción del momento, Mikel y yo no lo hicimos.

Porque en los ojos de Aitor vimos algo que los dos reconocimos enseguida. Solo la veía a ella y eso ni el tiempo ni nada podrían cambiarlo.

Epílogo



Veinticinco años más tarde…

—Mamá, estoy como un flan.

Me eché a reír mientras miraba a mi hija, lo guapísima que estaba vestida de novia.

La novia más guapa que yo había visto en mi vida y no, no era amor de madre, era la más pura verdad.

—Pues estate tranquila, todo va a salir perfecto.

—Tengo ganas de ver a Aitor, seguro que está guapísimo —dijo con los ojos brillantes.

—Es guapo, así que vestido de novio lo estará mucho más.

Nos miramos las dos y sonreímos.

—Siéntate, que te pongo el velo, solo te falta eso y tu padre en dos minutos estará aquí a buscarte.

—Está atacado de los nervios —dijo riendo.

—Está igual que el día en que naciste tú y tus hermanos —contesté, poniendo los ojos en blanco.

Alaia se sentó en la silla que tenía en el tocador de su habitación y de encima de la cama cogí el corto velo que había elegido para ponérselo.

Mientras lo hacía, mi mente no pudo estarse quieta y por ella pasaron muchas de las cosas que habían pasado en los últimos veinticinco años desde que mi hija mayor había nacido.

Desde el mismo momento que llegamos a casa con ella en brazos y, como prometió Aitor, no se separó de ella para acompañarla y cuidarla todos los años después.

Estuvo presente cuando dijo su primera palabra, que a nadie le sorprendió que fuera su nombre. De su mano dio sus primeros pasos y de su mano también fue pasando de niña a adolescente hasta llegar a la mujer en la que se había convertido.

Aitor, como dijo siendo un niño, estudió medicina y en la actualidad trabajaba en el hospital que un día lo hizo Mikel en Bilbao, en la especialización de cirugía pediátrica, que fue desde siempre la que más le llamó la atención.

Mi hija, al igual que su chico, tuvo claro muy pronto también lo que quería. Y lo consiguió. Era enfermera y trabajaba con el que en unos minutos se convertiría en su marido.

Todos menos Mikel y yo aún alucinan cuando piensan en las palabras que dijo Aitor el día que Alaia nació sobre que sería su mujer. Pues sí, al final ese día él solo dijo en voz alta lo que el destino tenía escrito para ellos.

Juntos desde el nacimiento de ella y juntos hasta el final de sus días queriéndose como Aitor predijo.

De mi hija y mi futuro yerno los pensamientos se me fueron hacia otros que también seguían juntos y enamorados.

Eneko y Lucía. Ellos seguían trabajando en el negocio de arquitectura que un día montaron nuestros padres y del que junto a Bosco ahora eran los propietarios.

Además de Aitor, al que Lucía, cuando tenía seis años, adoptó legalmente, habían tenido una hija. Lorena ya tenía veintidós años y era una niña dulce y muy tranquila que había seguido los pasos de sus padres y en unos meses sería la nueva arquitecta de la familia.

Un año antes de llegar su hija a sus vidas, Eneko y Lucía se casaron por el juzgado e hicieron una celebración a la que solo fuimos la tira de invitados con la familia que ella tenía en un hotel de Bilbao.

Dicen que de una boda sale otra, pues de esa salió la de Bosco y Nerea, que allí mismo, en el baile, mi amigo, un poco perjudicado de alcohol, con la corbata atada en la cabeza, después de marcarse un baile de lo más gracioso, hincó rodilla y dejó a Nerea con la boca abierta, pidiéndole que se casara con él.

Se casaron solo seis después y en esa boda también hubo otra noticia que en esa ocasión fue Nerea a Bosco la que lo dejó con la boca abierta.

Allí, mientras partían la tarta, le soltó así de golpe que estaba embarazada de mellizos. Aún nos reímos al recordar la cara que se le quedó al pobre Bosco, que hasta se le cayó la tarta al suelo.

Siete meses después de esa boda llegaron al mundo para ampliar su pequeña familia y la grande de todos los terremotos de la familia.

Los mellizos Julen y Ainhoa ya tenían veintiún años y ambos estaban estudiando. Él, derecho, que era lo que desde niño dijo que le gustaría ser, y ella, al igual que mi hija, haciendo enfermería.

Nuestros dos sobrinos tan solo se llevaban seis meses con nuestro segundo hijo que tenía ya veinte años recién cumplidos y de nombre le pusimos Iker. Y este sí que tenía claro que quería seguir los pasos de su padre y hacer medicina, así que ahí estaba hincando codos todo el día.

Dos años después de llegar Iker a nuestras vidas y sin esperarlo, como nos pasó con Alaia, volví a quedarme embarazada por segunda vez porque los anticonceptivos volvieron a fallar.

Unai era nuestro pequeño de diecisiete años y el que cerraba nuestra maravillosa familia.

Unai ya apuntaba maneras y desde que pudo sostener un libro en las manos no había hecho otra cosa. Ya tenía varios relatos escritos que habíamos mandado a la editorial con la que yo seguía trabajando y estábamos esperando respuesta para saber si se los publicaban.

Cosa de la que estaba segura de que así sería porque eran realmente buenos.

Yo durante todos años había seguido publicando libros infantiles bajo el seudónimo de la Ratita Azul y os juro que hasta había perdido la cuenta de cuantos había escrito, cientos, de eso sí que estaba segura.

Mikel seguía siendo el médico del pueblo y seguía encantado de serlo. Siempre me decía que cambiar su vida de Bilbao en el hospital y venirse a Ea había sido la decisión más acertada que había podido tomar en su vida.

Ya que con ella había encontrado la paz y la tranquilidad que buscaba además de reencontrarse con el amor de su vida.

Porque sí, los dos pensábamos qué, que él fuera el médico que me atendiera en aquel episodio tan desagradable de mi vida fue solo le primer aviso del destino para decirlos que estamos predestinados y que nuestros corazones se fueran preparando para cuando nos reencontramos años después.

Lo único que no habíamos hecho había sido casarnos.

Desde que nació Alaia, lo habíamos hablado varias veces a lo largo de los años, pero lo fuimos dejando, los años pasaron y habíamos llegado a la boda de nuestra hija mayor sin habernos casado nosotros.

Pero era algo que no nos importaba, que nos hubiera gustado, pues sí, pero así se habían dado las cosas y no pasaba nada.

Nosotros nos considerábamos como Mikel, mi marido, y yo, su esposa, sin haber firmado ningún papel; lo que importaba era lo que nos queríamos y eso lo hacíamos todos y cada uno de los días, a más no poder.

Unos toques en la puerta me hicieron volver al presente y ver que ya tenía colocado el velo y que era hora de irnos a celebrar el día más importante de nuestra niña.

—Pasa, amor.

La puerta se abrió y por ella Mikel asomó la cabeza. Solo dos segundos bastaron para que al ver a Alaia se le llenaran los ojos de lágrimas y que a mí al ver la emoción en sus ojos me pasara lo mismo.

—Dios mío… cariño, estás preciosa.

—Jo… papá, gracias.

Vi cómo Mikel me guiñaba un ojo y negué con la cabeza.

—Se lo decía a tu madre, pero tú también estás muy guapa, hija.

—¡Papa! Deja las bromas por un día que estoy de los nervios.

Los tres nos echamos a reír mientras Mikel nos envolvía a las dos entre sus brazos.

—¿Estáis ya listos? Es hora de irse. El novio ya estará de los nervios y cuando se pone nervioso ya sabéis lo que pasa, que habla y habla y a los invitados se les puede desencajar la mandíbula al oírle.

—Iker, no te metas con Aitor, que no habla tanto —se quejó Alaia.

—Pues será cuando duerme, porque despierto no se calla ni bajo amenaza —dijo Unai riéndose.

—Venga, chicos, vamos saliendo nosotros, que papá y Alaia nos seguirán.

Unai, Iker y yo bajamos las escaleras y salimos al jardín que era donde se iba a celebrar la boda por petición de los novios.

Mis hijos se sentaron en los sitios que tenían asignados y yo me acerqué al altar para dar un beso a Aitor, que por primera vez desde que le conocía estaba realmente nervioso.

—Amaia, estás guapísima.

—Tú sí que estás guapo, dame un abrazo, mi niño.

Nos abrazamos y noté como temblaba entre mis brazos.

—Cálmate.

—Joder, estoy de los nervios. Vendrá, ¿verdad?

Me retiré hacia atrás para mirarle a los ojos y sonreí.

—Sabes de sobra que vendrá. Desde el día que nació, como tú mismo dijiste, casarse contigo y quererte más que a nadie es su destino.

Se le aguaron los ojos.

—La quiero más que a nada ni a nadie desde que vi su cara roja y esos ojos grises como los tuyos, el día que nació.

—Lo sé. Nadie creyó que lo que decías era cierto, pero Mikel y yo sí lo hicimos, vimos cómo la mirabas.

—Amaia, gracias por estar siempre a mi lado. Por apoyarme y entenderme desde el principio, ser diferente es duro y haberte tenido a mi lado, sabiendo que te sentías igual que yo ha sido para mí lo mejor que me ha podido pasar.

—Gracias a ti por colarte en mi jardín, ese día cambiaste mi vida. Te quiero mi niño.

Nos dimos un último beso y un abrazo y me marché a sentarme en mi sitio.

Cinco minutos después, mientras a todos los presentes se nos escapaban unas lagrimillas, aunque a Aitor el que más, mi hija caminó por el pasillo del brazo de Mikel para unirse al hombre de su vida.

Mikel se sentó a mi lado y por instinto buscó mi mano y yo la suya como siempre que estábamos el uno al lado del otro.

—Están guapísimos.

—Sí que lo están. Y tú estás preciosa. Corrijo, eres preciosa.

Apoyé la cabeza en su hombro mientras miraba como mis niños se casaban.

—Mikel —susurré.

—Dime, amor.

—Te amo, te amo con todo mi corazón. Cada día al despertar doy gracias por que me eligieras, porque me vieras.

—Yo también te amo. Y da igual quién esté, todo lo demás que tengas o lo que pase alrededor, porque cuando estás a mi lado todo desaparece y yo solo te veo a ti.

Nos miramos. Y nos besamos a la misma vez que lo hacían nuestros niños, ya siendo marido y mujer, volcando en ese beso todo el amor que nos teníamos, ese que ni habiendo pasado los años había descendido un poco, sino que, cada día que pasaba, era más grande.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
